

Hermosos y Malditos
Libro Primero

Francis Scott Fitzgerald

1. Anthony Patch

En 1913, cuando Anthony Patch cumplió los veinticinco, habían transcurrido ya dos años desde que la ironía —el Espíritu Santo de estos últimos tiempos— descendiera, al menos teóricamente, sobre él. La ironía era como el toque final a los zapatos, como la última pasada de cepillo a la ropa, una especie de «¡Ya está!» intelectual; sin embargo, al comienzo de esta historia, Anthony no ha hecho más que alcanzar el uso de razón. La primera vez que lo vemos se pregunta con frecuencia si no será un hombre sin honor y algo chiflado, una sustancia vergonzosa y obscenamente delgada que brilla sobre la superficie del mundo como el aceite sobre un estanque de aguas cristalinas; aunque en otras ocasiones, por supuesto, se considera un joven excepcional, extraordinariamente refinado, bien integrado en su medio ambiente y, en cierto modo, más importante que todas las personas que conoce.

Tal era su actitud si se encontraba bien, y entonces se convertía en una persona jovial, agradable, que resultaba muy atractiva a los hombres inteligentes y a todas las mujeres. Cuando se hallaba en este estado, Anthony estaba convencido de que algún día llevaría a cabo algo sutil y poco ruidoso que los elegidos considerarían meritorio y que al desaparecer él se incorporaría a las mortecinas estrellas de un nebuloso e indeterminado paraíso, situado a mitad de camino entre la muerte y la inmortalidad. Hasta que llegara el momento de realizar este esfuerzo, él seguiría siendo Anthony Patch, no el simple retrato de un hombre, sino el poseedor de una personalidad dinámica y claramente delineada, un individuo obstinado, desdeñoso, que funcionaba de dentro afuera; un hombre consciente de que no puede haber honor, pero sin dejar por ello de ser honorable; al tanto de las ambigüedades de la intrepidez y, sin embargo, valeroso.

Un hombre respetable y un hijo con mucho talento

Ser nieto de Adam J. Patch daba a Anthony tanta seguridad en sus relaciones sociales como si fuera capaz de trazar el árbol genealógico de su familia hasta el otro lado del mar, remontándose incluso a las Cruzadas. Esto es una cosa inevitable; virginianos y bostonianos constituyen — aunque haya excepciones— una aristocracia basada exclusivamente en el dinero, que exige la existencia de una fortuna en cada caso particular.

Adam J. Patch, más familiarmente conocido por «Cross Patch», abandonó la granja de su padre, en Tarrytown, a principios de 1861 para alistarse en un regimiento de caballería de Nueva York. Volvió de la guerra convertido en comandante, se lanzó al asalto de Wall Street, y en medio de considerables

protestas, enojos, aplausos y mala voluntad, consiguió reunir unos setenta y cinco millones de dólares.

Esto mantuvo ocupadas sus energías hasta los cincuenta y siete años. Fue entonces cuando decidió, después de un grave episodio de esclerosis, consagrar el resto de su vida a la regeneración moral del mundo. Adam J. Patch se convirtió en reformador entre los reformadores. Emulando los magníficos esfuerzos de Anthony Comstock (el nieto de Adam se llamó Anthony en honor suyo), Mr. Patch asestó un amplio repertorio de ganchos y puñetazos al cuerpo de las bebidas alcohólicas, de la literatura, del vicio, del arte, de las medicinas curalotodo y de las funciones de teatro en domingo. Su mente, bajo la influencia de ese moho insidioso que acaba por atacar a casi todo el mundo, se dejó arrastrar furiosamente por todas las indignaciones de la época. Desde un sillón en el despacho de su finca de Tarrytown dirigió contra aquel enorme enemigo hipotético, la iniquidad, una campaña que se prolongó por espacio de quince años, durante los cuales demostró ser un monomaniaco lleno de fanatismo, y un pelmazo intolerable. El año en que comienza esta historia lo encuentra ya muy agotado; su campaña ha perdido fuerza; 1861 se va acercando lentamente a 1895; para entonces Mr. Patch dedicaba gran parte de su tiempo a pensar en la guerra civil, bastante menos en su esposa muerta y en su hijo, y prácticamente nada en su nieto Anthony.

Al principio de su carrera Adam Patch se había casado con una anémica dama de treinta años de edad, Alicia Withers, que aportó al matrimonio cien mil dólares y un impecable derecho de entrada en los círculos bancarios de Nueva York. Inmediatamente, y poniendo de manifiesto una considerable dosis de valor, había dado un hijo a Adam Patch y, como si la magnificencia de aquella hazaña la hubiese debilitado por completo, Alicia se ocultó para siempre en la penumbra del cuarto de los niños. Su hijo, Adam Ulysses Patch, se convirtió en un inveterado frecuentador de clubes, experto en buenos modales y conductor de coches de caballos; a la asombrosa edad de veintiséis años comenzó a escribir sus memorias con el título de *La sociedad de Nueva York tal como yo la he visto*. Cuando se extendió el rumor de que estaba en marcha semejante obra, los editores se mostraron interesados, pero como a la muerte de su autor pudo comprobarse que se trataba de un relato inmoderadamente prolijo y terriblemente aburrido, nunca llegó a publicarse, ni siquiera de forma privada.

Este lord Chesterfield de la Quinta Avenida se casó a los veintidós años. Su esposa fue Henrietta Lebrune, la «Contralto de la buena sociedad de Boston», y al único hijo de este enlace se le impuso, a petición de su abuelo, el nombre de Anthony Comstock Patch. Cuando el muchacho se matriculó en Harvard, el Comstock desapareció de su nombre, cayendo en el infierno de las cosas olvidadas, y nunca más volvió a hablarse de él.

El joven Anthony tenía una fotografía de su padre y de su madre juntos: sus ojos tropezaron con ella tantas veces durante la infancia que para él había adquirido el carácter impersonal de un mueble, pero todos los que entraban en su dormitorio la miraban con interés. La fotografía mostraba a un dandi de los años noventa, enjuto y bien parecido, de pie junto a una dama morena y alta, con manguito y un polisón apenas marcado. Entre ellos podía verse a un niño de largos bucles castaños y traje de terciopelo. Era Anthony a la edad de cinco años, poco antes de morir.

Sus recuerdos de la «Contralto de la buena sociedad de Boston» eran nebulosos y musicales. Su madre era una señora que cantaba, y cantaba, y cantaba en el salón de música de su casa de Washington Square: a veces con invitados desparramados a su alrededor, los hombres cruzados de brazos, con aire embelesado, sentados en difícil equilibrio sobre los bordes de los sofás, y las mujeres con las manos en el regazo, quizá susurrando algo a los hombres y siempre aplaudiendo con mucha energía y dejando escapar sonidos arrulladores al final de cada interpretación; aún con más frecuencia Henrietta cantaba para Anthony a solas, en italiano, o en francés, o en un extraño y terrible dialecto que ella imaginaba ser el habla de los negros del sur.

Los recuerdos que Anthony tenía del elegante Ulysses, el primer americano que se alzó las solapas de la chaqueta, eran mucho más precisos. Después de que Henrietta Lebrune Patch se fuera «a formar parte de otro coro», como el viudo decía con voz ronca de cuando en cuando, padre e hijo se trasladaron a la casa del abuelo, en Tarrytown, y Ulysses iba todos los días al cuarto de los niños y de su boca, a veces por espacio hasta de una hora, brotaban palabras agradables, llenas de brillante colorido. Continuamente prometía a Anthony que harían juntos expediciones de caza y de pesca y también excursiones a Atlantic City: «Muy pronto ya, dentro de unos días»; pero ninguno de esos viajes llegaba a materializarse. Aunque hubo uno que sí llevaron a cabo; cuando Anthony cumplió los once años se marcharon al extranjero, a Inglaterra y a Suiza, y allí, en el mejor hotel de Lucerna, su padre murió entre muchos sudores y gruñidos, pidiendo a gritos el aire que sus pulmones echaban en falta. Envuelto en una atmósfera de terror y desesperación, Anthony fue devuelto a América, para sentirse acompañado hasta el final de sus días por un vago sentimiento de melancolía.

Pasado y personalidad del héroe

A los once años le horrorizaba la muerte. Con un intervalo de seis años y en la edad más impresionable, sus padres habían muerto y su abuela se había ido esfumando de forma casi imperceptible, hasta que, por primera vez en su vida de casada, disfrutó durante un día de indudable preeminencia en su propio salón. De manera que la vida de Anthony era un batallar contra la muerte, que estaba a la espera en todos los rincones. Adquirió el hábito de leer

en la cama como una concesión a su imaginación hipocondríaca, ya que la lectura lo tranquilizaba. Leía hasta que se cansaba y a menudo se dormía con la luz encendida.

Hasta los catorce años su diversión favorita fue su colección de sellos, que era enorme y todo lo exhaustiva que pueda serlo la colección de un niño: su abuelo creía tontamente que aprendía geografía con los sellos. De manera que Anthony mantenía correspondencia con media docena de compañías filatélicas, y raras veces el correo dejaba de traerle álbumes nuevos o paquetes de hojas llenas de colorido con las que únicamente tenía que quedarse si daba su aprobación. Había algo de misterioso en la fascinación con que, interminablemente, Anthony trasladaba sus adquisiciones de un álbum a otro. Los sellos eran su mayor fuente de felicidad, y cuando alguien le interrumpía cuando jugaba con ellos, le obsequiaba con un impaciente fruncimiento de entrecejo; los sellos devoraban su asignación mensual, y, por las noches, permanecía despierto en la cama, cavilando incansable sobre su diversidad y policromo esplendor.

A los dieciséis, Anthony había vivido casi por completo dentro de sí mismo, convertido en un muchacho apenas capaz de expresarse, nada americano, y lleno de cortés perplejidad ante sus contemporáneos; después de pasar dos años en Europa, su tutor insistió en que le convenía ir a Harvard. La universidad le «abriría puertas», resultaría un tremendo estimulante y le proporcionaría innumerables amigos devotos y dispuestos por él al autosacrificio. Anthony fue a Harvard: era la única cosa lógica que podía hacer.

Despreocupándose de las relaciones sociales vivió, durante una temporada, solo y sin que nadie fuera a verlo, en una de las habitaciones del piso alto de Beck Hall: un muchacho moreno y esbelto, de estatura media y con una boca que revelaba timidez y sensibilidad. Su asignación era más que generosa. Puso los cimientos de una biblioteca comprando a un bibliófilo errante primeras ediciones de Swinburne, Meredith y Hardy, y una amarillenta e ilegible carta autógrafa de Keats, para descubrir posteriormente que había pagado precios exorbitantes por aquellas reliquias. Anthony se transformó en un dandi exquisito, y reunió una colección más bien patética de pijamas de seda, batas de brocado y corbatas demasiado llamativas para ponérselas; con aquellas galas secretas se paseaba delante de un espejo en su habitación o se tumbaba junto a la ventana contemplando el patio, consciente apenas de aquel intenso clamor, del que, al parecer, a pesar de su proximidad, nunca llegaría a formar parte.

Paradójicamente, Anthony descubrió en su último año de universidad que se había creado un notable prestigio dentro de su promoción. Supo que se le consideraba una figura más bien romántica, un estudioso, un recluso, una torre

de erudición. Esto le divirtió, llenándole también de secreta complacencia: empezó a salir, al principio poco, pero más adelante mucho. Consiguió que le admitieran en The Pudding, la fraternidad literaria más elitista de Harvard. Se aficionó a la bebida: sosegadamente y de acuerdo con las adecuadas tradiciones. Se decía de él que, de no haber empezado tan joven sus estudios, habría podido «destacar extraordinariamente». Al graduarse en 1909 Anthony solo tenía veinte años.

Después otro viaje al extranjero: esta vez Roma, donde el joven Patch flirteó alternativamente con la arquitectura y la pintura, empezó a estudiar violín y escribió unos terribles sonetos en italiano, en teoría las divagaciones de un monje del siglo XIII sobre los goces de la vida contemplativa. Todos sus amigos de Harvard se enteraron de que estaba viviendo en Roma y los que fueron a Europa aquel año lo visitaron, y en su compañía descubrieron, durante numerosas excursiones con luz de luna, muchas cosas en la Ciudad Eterna anteriores al Renacimiento e incluso anteriores a la República. Por ejemplo, Maury Noble, de Filadelfia, se quedó dos meses con él, y juntos captaron el encanto peculiar de las mujeres latinas y disfrutaron de la maravillosa sensación de ser muy jóvenes y libres en una civilización que era muy vieja y también libre. Tampoco le faltaron visitas de los conocidos de su abuelo, y si lo hubiera deseado, Anthony podría haberse convertido en persona grata del mundo diplomático; el joven Patch descubrió, de hecho, que sus inclinaciones lo llevaban cada vez más a la sociabilidad, pero el largo aislamiento de la adolescencia y la subsiguiente timidez aún tenían fuerza suficiente para determinar su conducta.

Regresó a Estados Unidos en 1912 debido a una de las repentinas enfermedades de su abuelo, y después de una aburridísima conversación con el anciano en perpetua convalecencia, Anthony decidió aplazar hasta la muerte del viejo Mr. Patch el proyecto de vivir en el extranjero de manera permanente. Tras prolongada búsqueda, alquiló un apartamento en la calle Cincuenta y dos y, a todas luces, empezó a sentar cabeza.

En 1913 el proceso de adaptación de Anthony Patch al universo estaba a punto de consumarse. Físicamente había mejorado mucho desde sus días en la universidad: seguía estando demasiado delgado, pero sus hombros se habían ensanchado y su rostro moreno había perdido la expresión asustada del primer año. Secretamente era muy ordenado y extraordinariamente pulcro en el cuidado personal; sus amigos aseguraban no haberlo visto nunca despeinado. Tenía la nariz demasiado afilada y su boca, desgraciadamente, era uno de esos termómetros del estado de ánimo, por lo que sus comisuras languidecían perceptiblemente en los momentos de tristeza, pero sus ojos azules resultaban muy atractivos, tanto si brillaba en ellos la inteligencia como si los mantenía medio cerrados, con expresión melancólica.

Aunque desprovisto de la simetría de rasgos esencial en el ideal ario de belleza, a Anthony se le consideraba bien parecido en algunos ambientes; además, su aspecto era muy saludable, con ese aire especial de disfrutar de buena salud que presta la belleza.

El apartamento impecable

Anthony tenía la impresión de que la Quinta y la Sexta avenidas eran los largueros de una gigantesca escalera de mano que se extendía desde Washington Square a Central Park. Subiendo hacia la calle Cincuenta y dos en la imperial de un autobús siempre tenía la sensación de estarse encaramando a fuerza de brazos por una serie de peligrosos peldaños, y cuando el autobús se detenía bruscamente en el suyo propio, descender los empinados escalones de metal hasta llegar a la acera le producía una sensación muy semejante al alivio.

Después, solo tenía que andar media manzana por la calle Cincuenta y dos y alcanzar un aburrido grupo de casas de cuatro pisos, para hallarse en un santiamén bajo los altos techos de su amplia sala de estar. Se trataba de una habitación totalmente satisfactoria. Al fin y al cabo, era allí donde empezaba la vida. En aquella casa Anthony dormía, desayunaba, leía y recibía a sus amigos.

La casa misma estaba hecha de materiales lóbregos y había sido edificada en los años noventa; en respuesta a la creciente demanda de apartamentos pequeños, cada piso había sido completamente reformado y se alquilaba por separado. De los cuatro apartamentos, el de Anthony, en el segundo piso, era el mejor.

La sala de estar era una hermosa habitación de techo muy alto y tres amplias ventanas con una agradable perspectiva sobre la calle Cincuenta y dos. La decoración evitaba sin dificultad el problema de la adscripción a un período determinado, así como la rigidez, la pomposidad, la excesiva desnudez o la decadencia. No olía ni a humo ni a incienso: era una estancia alta y débilmente azul. Había en ella un sofá muy ancho tapizado de suave cuero marrón sobre el que la somnolencia parecía flotar como una neblina. Contaba con un biombo chino de laca, consagrado fundamentalmente a pescadores y cazadores geométricos en negro y oro; esto creaba un nicho en un rincón para un voluminoso sillón escoltado por una lámpara de pie de color naranja. En lo más hondo de la chimenea un escudo acuartelado estaba totalmente oscurecido por el fuego.

Atravesando el comedor, que poseía una magnificencia solo potencial, dado que Anthony únicamente tomaba en casa el desayuno, y después de recorrer un pasillo comparativamente largo, se llegaba al corazón y meollo del apartamento: el dormitorio y el cuarto de baño de Anthony.

Ambos eran inmensos. Bajo el techo del primero, incluso la gran cama con dosel parecía de tamaño normal. La exótica alfombra de terciopelo carmesí que cubría el suelo era tan suave como vellón bajo los pies descalzos de su dueño. El cuarto de baño, en contraste con el carácter un tanto sobrecogedor del dormitorio, era alegre, brillante, extraordinariamente acogedor e incluso levemente humorístico. De sus paredes colgaban las fotografías de cuatro celebradas bellezas teatrales del momento: Julia Sanderson, caracterizada como «La chica rayo-de-sol»; Ina Claire, como «La chica cuáquera», Billie Burke, como «La chica ten-cuidado-con-mi-maquillaje», y Hazel Dawn como «La dama en rosa». Entre Billie Burke y Hazel Dawn estaba colocado un grabado representando una gran extensión nevada presidida por un frío y formidable sol; esto último simbolizaba, según Anthony, la ducha fría.

La bañera, equipada con un ingenioso atril, era baja y muy grande. A su lado, en un armario ropero, se amontonaba suficiente ropa blanca para tres hombres, además de un regimiento de corbatas. Tampoco había allí una toalla vergonzosa con pretensiones de alfombra, sino una pieza magnífica, un milagro de suavidad semejante a la del dormitorio, que casi parecía dar masaje a los pies húmedos que salían del baño...

En conjunto, una habitación donde eran posibles todas las evocaciones; no costaba darse cuenta de que Anthony se vestía allí, de que conseguía allí los peinados perfectos que todos admiraban, y de que, en realidad, hacía allí todo menos comer y dormir. El joven Patch estaba convencido de que si se enamorara a colgaría el retrato de la amada frente a la bañera, de forma que, envuelto en los tranquilizantes vapores del agua caliente, pudiera tumbarse, contemplarla y cavilar tibia y sensualmente sobre su belleza.

El héroe tampoco hila

De la limpieza del apartamento se ocupaba un criado inglés con el nombre —singularmente apropiado, casi teatralmente apropiado— de Bounds, cuya perfección técnica solo quedaba enturbiada por el hecho de usar cuello blando. Si Bounds hubiese pertenecido exclusivamente a Anthony, este defecto habría podido remediarse de forma expeditiva, pero era también el criado de otros dos caballeros de la zona. Desde las ocho hasta las once de la mañana Bounds se consagraba únicamente a Anthony. Llegaba con el correo y preparaba el desayuno. A las nueve y media levantaba el borde de la manta de su señor y pronunciaba unas breves palabras; Anthony nunca las recordaba con claridad pero sospechaba que contenían más bien un mensaje de desaprobación; acto seguido, Bounds servía el desayuno en una mesa para jugar a las cartas en la sala de estar, hacía la cama y, después de preguntar con tono vagamente hostil si se le necesitaba para algo más, desaparecía.

Por las mañanas, al menos una vez a la semana, Anthony visitaba a su

agente de bolsa. Sus ingresos quedaban algo por debajo de siete mil dólares al año, producidos por los intereses del dinero que había heredado de su madre. Su abuelo, que nunca había permitido que su propio hijo disfrutara de más independencia económica de la que le proporcionaba una generosa asignación, consideraba que aquella suma bastaba para cubrir las necesidades del joven Anthony. Todas las navidades le mandaba un bono de quinientos dólares que Anthony, si era posible, se apresuraba a vender, porque siempre andaba un poco apretado de dinero, aunque no demasiado.

Las visitas al agente de bolsa oscilaban entre las charlas de contenido semisocial a los análisis sobre la conveniencia de las inversiones al ocho por ciento, y Anthony siempre disfrutaba con ellas. El edificio del gran banco comercial parecía enlazarle de manera muy definida con las grandes fortunas cuya solidez tanto respetaba Anthony, asegurándole que se hallaba adecuadamente tutelado por la alta jerarquía de las finanzas. Aquellos hombres siempre apresurados le producían la misma sensación de seguridad que la contemplación del dinero de su abuelo, incluso más, porque este último daba vagamente la impresión de ser un préstamo, pagadero a la demanda, que el mundo había hecho a la rectitud moral de Adam Patch, mientras que el dinero de aquellas grandes empresas financieras parecía haber sido conseguido y retenido a base de pura fuerza indomable y tremendas proezas de la voluntad; además, parecía más definida y explícitamente... dinero.

A pesar de que Anthony iba siempre pisando los talones a sus ingresos, los consideraba suficientes para sus necesidades. Estaba claro que algún día dispondría de muchos millones; mientras tanto poseía una *raison d'être* en la teórica creación de ensayos sobre los papas del Renacimiento. Esto nos obliga a volver a la conversación mantenida con su abuelo inmediatamente después de su vuelta de Roma.

Anthony albergaba la esperanza de encontrar muerto al anciano, pero al telefonear desde el muelle descubrió que Adam Patch se hallaba de nuevo relativamente bien; al día siguiente, ocultando su desilusión, Anthony se trasladó a Tarrytown. A cinco millas de la estación su taxi se introdujo por una carretera privada perfectamente cuidada, que atravesaba un verdadero laberinto de vallas y alambradas para proteger la finca; la gente decía que esto era debido a que se tenía la seguridad de que si los socialistas se hacían con el poder, uno de los primeros hombres que asesinaran sería el viejo Cross Patch.

Anthony llegó tarde, y el venerable filántropo lo esperaba en un solarío con paredes de cristal, donde hojeaba los periódicos de la mañana por segunda vez. Su secretario, Edward Shuttleworth — que antes de su regeneración había sido jugador, tabernero y réprobo en el sentido más general de la palabra—, lo hizo entrar en la habitación, mostrando a su redentor y benefactor como si estuviera exhibiendo un tesoro de valor incalculable.

Nieto y abuelo se estrecharon la mano solemnemente.

—Me alegro muchísimo de saber que está usted mejor —dijo Anthony.

El anciano, con aire de haber visto a su nieto la semana anterior, sacó el reloj de bolsillo.

—¿Traía retraso el tren? —preguntó apaciblemente.

Le irritaba que Anthony le hubiese hecho esperar. Se hacía la ilusión no solo de que en su juventud había resuelto todos sus asuntos de índole práctica con la más absoluta escrupulosidad, hasta el punto de no llegar nunca tarde a ninguna cita, sino de que ello había sido la causa directa y primaria de su éxito.

—Este mes ha llegado muchas veces con retraso —hizo notar, con tono de voz vagamente acusador; luego añadió, después de un largo suspiro—: Siéntate.

Anthony contempló a su abuelo con el tácito asombro que siempre le deparaba su presencia. Que aquel anciano débil y poco inteligente poseyera un poder tal que, a pesar de la oposición de los periódicos sensacionalistas, en White Plains no abundasen las almas que él no pudiera comprar, directa o indirectamente, parecía tan imposible de creer como que en otro tiempo hubiese sido un bebé sonrosado.

Los setenta y cinco años de su periplo vital habían actuado como un fuelle mágico: el primer cuarto de siglo lo había llenado de vida, mientras que el último había servido para desinflarlo por completo. Le había hundido las mejillas y el pecho, y disminuido el diámetro de brazos y piernas. Le había quitado, tiránicamente todos los dientes, uno a uno; le había suspendido los ojillos dentro de sacos de un color azulado oscuro; le había arrancado los cabellos, y, finalmente, había cambiado su color de gris a blanco en algunos sitios y de rosado a amarillo en otros, invirtiendo las tonalidades con la indiferencia de un niño que hace ensayos con su nueva caja de pinturas. Luego, a través del cuerpo y del alma le había atacado al cerebro, enviándole sudores nocturnos, lágrimas y sueños infundados, transformando un sólido equilibrio en credulidad y sospechas. Del basto material de su entusiasmo había cortado docenas de mansas pero petulantes obsesiones; de su antigua energía no quedaba más que el malhumor de un niño mimado, y su voluntad de poder se había convertido en un deseo tan pueril como ilusorio de instaurar en la tierra un reino de arpas y cánticos celestiales.

Después de un cauteloso intercambio de cortesías, Anthony comprendió que el anciano esperaba de él un esbozo de sus intenciones para el futuro, y al mismo tiempo, un brillo fugaz en los ojos de su abuelo le previno del peligro que representaría dar a conocer, por el momento, su deseo de vivir

permanentemente en el extranjero. Le hubiese gustado que Shuttleworth tuviera el tacto suficiente para abandonar la habitación —el joven Patch detestaba a Shuttleworth—, pero el secretario se había instalado calmosamente en una mecedora y con ojos descoloridos contemplaba, alternativamente, a los dos Patch.

—Ahora que estás aquí tendrías que hacer algo —dijo el anciano con voz suave—, llevar algo a cabo.

Anthony aguardó a que hablara de «dejar algo terminado cuando desaparezcas». Luego presentó una sugerencia:

—Mi idea... creo que quizá lo que mejor podría hacer sería escribir...

Adam Patch dio un respingo, imaginándose emparentado con un poeta de largos cabellos y tres amantes.

—... historia —concluyó Anthony.

—¿Historia? ¿Historia de qué? ¿De la guerra civil? ¿De la Revolución?

—Bueno... no, señor. Una historia de la Edad Media. —Simultáneamente nació en Anthony la idea de escribir una historia de los papas del Renacimiento, enfocándola desde algún ángulo nuevo. Sin embargo, se alegró de haber dicho «la Edad Media».

—¿La Edad Media? ¿Por qué no de tu propio país... de algo que conozcas?

—Bueno, verá usted, he vivido tanto tiempo en el extranjero...

—No entiendo por qué tendrías que escribir sobre la Edad Media. Solíamos llamarla la Edad del Oscurantismo. Nadie sabe lo que sucedió, y a nadie le importa, excepto que es una cosa pasada. —El anciano continuó hablando unos minutos sobre la inutilidad de semejante información, haciendo referencia, como es lógico, a la Inquisición en España y a la «corrupción de los monasterios». ¿Crees que en Nueva York podrás avanzar en tu trabajo, si es que realmente te propones trabajar? —continuó después, con un tono sarcástico tan suave que casi resultaba imperceptible.

—Sí, claro que pienso trabajar, abuelo.

—¿Cuándo crees que lo terminarás?

—Bueno, primero tendré que hacer un guion, ¿comprende?, y también tendré que leer mucho para documentarme.

—Hubiera jurado que ya habías dedicado suficiente tiempo a eso.

La conversación siguió avanzando a trompicones hacia una conclusión bastante abrupta: Anthony se puso en pie, miró el reloj y explicó que tenía una

cita con su agente de bolsa. Había hecho el propósito de quedarse unos días con su abuelo, pero estaba cansado e irritado porque la travesía no había sido buena y se notaba muy poco dispuesto a dejarse intimidar, aunque fuera de aquella manera tan suave y santurrón. Dijo que volvería al cabo de unos días.

Sin embargo, la idea de trabajar había aparecido de manera permanente en su vida gracias a este encuentro. Durante el año transcurrido desde entonces, Anthony estuvo preparando varias listas bibliográficas e incluso experimentó con títulos de capítulos y con la división de su obra en diferentes períodos, pero no existía aún una sola línea de texto ni parecía probable que llegara nunca a haberla. Anthony no hacía nada, y a despecho de la más acreditada lógica convencional, conseguía divertirse y disfrutar más de lo corriente.

Tarde

Era el mes de octubre de 1913, a mitad de una semana de agradables días, con la luz del sol holgazaneando en los cruces de las calles, y una languidez tal en el aire que la atmósfera parecía sobrecargada con el peso de fantasmales hojas desprendidas de los árboles. Era agradable sentarse indolentemente junto a la ventana abierta terminando un capítulo de *Erewhon*. Era agradable bostezar a eso de las cinco, arrojar el libro sobre una mesa, y avanzar canturreando por el corredor en dirección al baño.

A... ti... her-mo-sa dama,

Cantaba Anthony mientras abría el grifo.

Alzo... los ojos; por... ti... her-mo-sa da- a-ma gime... mi... corazón...

El joven Patch alzó la voz para competir con el ruido del chorro de agua que caía en la bañera, y, mientras miraba el retrato de Hazel Dawn, se colocó en el hombro un violín imaginario y lo acarició suavemente con un arco fantasmal. Sin separar los labios dejó escapar un zumbido que imaginaba vagamente similar al sonido de un violín. Al cabo de un momento sus manos abandonaron la pantomima musical para concentrarse en los botones de la camisa, que Anthony empezó a desabrochar. Una vez desnudo, y adoptando una postura atlética como la del hombre con piel de tigre en el anuncio, se contempló a sí mismo en el espejo con cierta satisfacción, abandonándola para introducir en la bañera un pie exploratorio. Luego de modificar la apertura de un grifo y de permitirse unos cuantos gruñidos preliminares, Anthony se deslizó dentro del agua.

Una vez acostumbrado a la temperatura del baño, se dejó invadir por un somnoliento bienestar. Cuando terminara de bañarse, se vestiría sin prisas y recorrería a pie la Quinta Avenida hasta el Ritz, donde se había citado para cenar con dos de sus más asiduos acompañantes, Dick Caramel y Maury Noble. Maury y él irían después al teatro: Caramel, probablemente, se volvería

a casa para trabajar en su libro, que debería terminar enseguida.

Anthony se alegraba de que él no tuviera que trabajar en su libro. La idea de sentarse a inventar no solo palabras con que vestir ideas, sino ideas dignas de ser vestidas... todo ello resultaba absolutamente ajeno a sus deseos.

Al salir del baño el joven Patch se frotó con la meticulosa atención de un limpiabotas. Luego pasó al dormitorio y, sin dejar de silbar una extraña e incierta melodía, fue de un lado para otro abrochando, ajustando, y disfrutando de la tibia caricia de la gruesa alfombra bajo sus pies descalzos.

Encendió un cigarrillo, arrojó el fósforo por la parte superior de la ventana, que estaba abierta, y luego se detuvo con el pitillo a dos pulgadas de la boca, también ligeramente entreabierta. Sus ojos se habían visto atraídos por una brillante mancha de color en la azotea de una casa, callejón abajo.

Se trataba de una muchacha con una bata roja— de seda, sin duda—, secándose el pelo con el calor del sol, todavía intenso en las últimas horas de la tarde. Su silbido murió en el aire cargado de la habitación; Anthony dio cautelosamente otro paso hacia la ventana con el repentino convencimiento de que se trataba de una mujer hermosa. Junto a ella, sobre el pretil de la azotea, descansaba un cojín del mismo color de su ropa, y la muchacha apoyaba en él los dos brazos, mientras contemplaba el soleado patio donde Anthony oía jugar a los niños.

La estuvo mirando varios minutos. Algo se agitaba dentro del joven Patch, algo que el cálido olor de la tarde o la triunfante intensidad del rojo no bastaban para explicar. Anthony estaba convencido de que la muchacha era hermosa; luego, de repente, comprendió lo que sucedía: era la distancia a que se encontraba, no una singular y delicada distancia anímica, tan solo una distancia en yardas terrestres. El aire del otoño se extendía entre ellos, y también las azoteas y las voces borrosas. Sin embargo, durante un segundo que no llegaba a explicarse del todo, perversamente distendido en el tiempo, se había sentido más cercano a la adoración que el beso más apasionado de toda su vida.

Anthony terminó de vestirse, eligió una corbata negra de lazo, y la anudó cuidadosamente con la ayuda del espejo de tres cuerpos que había en el cuarto de baño. Luego, cediendo a un impulso repentino, entró de prisa en el dormitorio y volvió a mirar por la ventana. La mujer estaba ahora de pie; se había echado el pelo hacia atrás y Anthony pudo contemplarla de cuerpo entero. Era gorda, de más de treinta y cinco años y sin nada que la distinguiera. Chasqueando la lengua, el joven Patch regresó al cuarto de baño y volvió a hacerse la raya.

A... ti... her-mo-sa dama,

cantó, alegremente,

alzo..., los... ojos...

Con una última pasada de cepillo, que convirtió sus cabellos en el puro resplandor de una superficie iridiscente, Anthony abandonó el cuarto de baño y el apartamento y echó a andar Quinta Avenida abajo, camino del Ritz-Carlton.

Tres hombres

A las siete, cuando ya refresca, Anthony y su amigo Maury están sentados a la mesa en la terraza del Ritz. Maury Noble se parece, sobre todo, a un gato grande, cenceño e imponente. Incesantes y prolongados destellos transforman sus ojos semicerrados. Lleva el pelo muy liso y pegado al cuero cabelludo, como si se lo hubiera lamido una hipotética —y, en el caso de existir, hercúlea— madre gata. Durante los años de Anthony en Harvard se le consideraba como la figura más singular de su promoción, el más brillante, el más original: elegante, tranquilo; en suma, uno de los destinados a salvarse.

Este es el hombre que Anthony considera como su mejor amigo. El único, entre sus conocidos, al que admira, y al que también envidia en mayor medida de lo que le gusta reconocerse a sí mismo.

Ahora se alegran de verse: sus miradas están llenas de afecto, porque los dos experimentan la novedad de su reencuentro después de una breve separación. Cada uno se tranquiliza con la presencia del otro, sintiéndose poseedor de una nueva serenidad; a Maury Noble, detrás de ese rostro espléndido y absurdamente gatuno, no le falta más que ronronear. Y Anthony, siempre inquieto, nervioso como un fuego fatuo, recobra la calma.

Mantienen una de esas conversaciones de frases muy cortas a las que únicamente se entregan los hombres de menos de treinta años o los que se ven sometidos a fuertes tensiones.

ANTHONY. Las siete. ¿Dónde está Caramel? (Con gesto impaciente) Me gustaría que acabara de una vez esa interminable novela. He pasado más tiempo hambriento...

MAURY. Le ha encontrado un nuevo título. El amante demoníaco... No está mal, ¿eh?

ANTHONY. (Interesado) ¿El amante demoníaco? Mujer gimiendo... No... ¡no está mal! Nada mal en absoluto... ¿no te parece?

MAURY. Francamente bueno. ¿Qué hora me has dicho que era?

ANTHONY Las siete.

MAURY (Cerrando más los ojos, pero no con desagrado, sino para

expresar una débil censura) Consiguió volverme loco el otro día.

ANTHONY. ¿Cómo?

MAURY. Esa costumbre suya de tomar notas.

ANTHONY. A mí también. Parece que la noche anterior yo había dicho algo que consideraba posible material, pero lo había olvidado... así que la tomé conmigo. Me decía: «¿Por qué no tratas de concentrarte?». Y yo le contestaba: «Me aburres mortalmente. ¿Cómo quieres que me acuerde?».

Maury ríe silenciosamente, mediante una suave y apreciativa distensión de sus rasgos faciales.

MAURY. En realidad, no es que Dick vea más que otras personas. Simplemente, es capaz de poner por escrito una mayor proporción de lo que ve.

ANTHONY. Ese talento suyo tan notable...

MAURY. Sí, desde luego. ¡Muy notable!

ANTHONY. Y energía... energía ambiciosa, bien orientada. Es tan entretenido... tan tremendamente estimulante y excitante. A menudo el estar con él tiene algo de sobrecogedor.

MAURY Sí, es cierto. (Silencio, y después)

ANTHONY. (Con su rostro enjuto y en cierta manera dubitativo, expresando un máximo de convicción) Pero no indomable energía. Algún día, pedazo a pedazo, saltará por los aires, y su notable talento saltará también, dejando tan solo un hombrecillo insignificante, irritable, egoísta y parlanchín.

MAURY (Riendo) Aquí estamos, asegurándonos mutuamente que el pequeño Dick profundiza en las cosas menos que nosotros. Y yo apostaría que él, a su vez, también se siente superior... la mente creativa sobre la mente puramente crítica y todo eso.

ANTHONY. Sí, claro. Pero está equivocado. Caramel tiende a dejarse llevar por un millón de estúpidos entusiasmos. Si no fuera porque está sumergido en el realismo y tiene por consiguiente que adoptar el ropaje del cínico, sería... sería tan crédulo como un líder religioso universitario. Es un idealista. Sí. Él cree que no porque rechaza el cristianismo. ¿Lo recuerdas en la universidad? Se tragaba los escritores enteros, uno tras otro, ideas, técnica y personajes, Chesterton, Shaw, Wells, cada uno con la misma facilidad que el anterior.

MAURY. (Todavía considerando la última observación que ha hecho él mismo) Sí que lo recuerdo.

ANTHONY. Es la verdad. Un congénito adorador de fetiches. Piensa en el arte...

MAURY. Vamos a pedir la cena. Llegará...

ANTHONY. Claro. Pidamos la cena. Le dije...

MAURY. Aquí llega. Fíjate... va a tropezar con ese camarero. (Alza un dedo a manera de señal; lo alza como si fuera una suave y amistosa garra) Hola, Caramel.

UNA NUEVA VOZ. (Con tono desafiante) Hola, Maury. Hola, Anthony Comstock Patch. ¿Qué tal está el nieto del viejo Adam? ¿Siguen asediándote las jovencitas de la buena sociedad?

Richard Caramel es bajo y rubio: se quedará calvo a los treinta y cinco. Ojos amarillentos —uno de ellos alarmantemente diáfano y el otro opaco como un charco fangoso— y una frente tan abultada como la de un bebé de tebeo. Hay en él otros sitios que también sobresalen; su vientre sobresale proféticamente; sus palabras parecen salir hinchadas de su boca; hasta los bolsillos de su esmoquin también abultan más de la cuenta, como por simpatía, merced a una colección muy usada de horarios, programas y fragmentos varios de papel, donde Caramel toma notas con violentas torceduras de sus dispares ojos amarillos y gestos de silencio con la mano izquierda que permanece libre.

Cuando llega a la mesa, estrecha la mano de Anthony y de Maury. Es una de esas personas que siempre estrecha la mano de todo el mundo, incluso de personas que ha visto pocas horas antes.

ANTHONY. Hola, Caramel. Me alegro de que hayas llegado. Nos hacía falta un intermedio cómico.

MAURY. Llegas tarde. ¿Has estado echando carreras con el cartero alrededor de la manzana? Nos hemos dedicado a hacer trizas tu personalidad.

DICK. (Examinando ansiosamente a Anthony con el ojo diáfano) ¿Qué habéis dicho? Cuéntamelo para que lo escriba. Esta tarde he suprimido tres mil palabras de la primera parte.

MAURY. ¡Noble esteta! Mientras, yo me llenaba el estómago de alcohol.

DICK. No tengo la menor duda. Seguro que lleváis una hora aquí sentados, hablando de bebidas alcohólicas.

ANTHONY. Nosotros nunca perdemos el conocimiento, imberbe amigo mío.

MAURY. Nunca volvemos a casa con damas que hemos conocido mientras estamos achispados.

ANTHONY. En conjunto, nuestras fiestas se caracterizan por cierta altiva distinción.

DICK. ¡Vuestra estúpida distinción consiste en presumir de que bebéis como esponjas! Lo malo es que los dos pertenecéis a la Escuela del Viejo Caballero Inglés del siglo dieciocho. Beber en silencio hasta caerse debajo de la mesa. Nunca divirtiéndose. ¿Divertirse? No, no, eso no se hace en absoluto.

ANTHONY. Apostaría algo a que se trata de una cita del capítulo seis.

DICK. ¿Vais al teatro?

MAURY. Sí. Tenemos intención de pasar la velada meditando seriamente acerca de los problemas de la vida. La pieza se llama sucintamente La mujer. Imagino que terminará pagando sus culpas.

ANTHONY. ¡Cielo santo! ¿Se trata de eso? Será mejor que volvamos a los Follies.

MAURY. Estoy cansado de esa revista. La he visto tres veces. (Dirigiéndose a Dick) La primera vez, salimos en el entreacto y encontramos un bar asombroso. Al regresar nos equivocamos de teatro.

ANTHONY. Mantuvimos una larga discusión con una joven pareja muy asustada; pensábamos que nos habían quitado el sitio.

DICK. (Como hablando consigo mismo) Creo... que cuando haya escrito otra novela, una obra de teatro, y quizá una colección de cuentos, intentaré hacer una comedia musical.

MAURY. Ya sé... las letras de las canciones serán tan intelectuales que nadie querrá escucharlas. Y todos los críticos gemirán y gruñirán acordándose de Gilbert y Sullivan. En cuanto a mí, seguiré resplandeciendo como una brillante figura sin sentido en un mundo ininteligible.

DICK. (Pomposamente) El arte carece de sentido.

MAURY. En sí mismo. Pero lo tiene por tratar de hacer la vida más inteligible.

ANTHONY. En otras palabras, Dick, actúas delante de un patio de butacas poblado de fantasmas.

MAURY. De todas formas, haz que sea bueno el espectáculo.

ANTHONY. (Dirigiéndose a Maury) Yo pienso, por el contrario, que si el mundo no tiene sentido, ¿para qué escribir? El intento mismo de darle una finalidad carece de ella.

DICK. Bueno, aun admitiendo todo eso, ten sentido práctico y concédele a un pobre hombre el instinto de vivir. ¿Querías que todo el mundo aceptara

esos estúpidos sofismas?

ANTHONY. Sí, imagino que sí.

MAURY. ¡No, señor! Estoy convencido de que a todos los americanos (con la excepción de un millar de elegidos) se les debe forzar a que acepten un sistema de moralidad muy rígido: el de la Iglesia católica, por ejemplo. No me quejo de la moral convencional. Me quejo más bien de esos herejes mediocres que roban los hallazgos de mentes más refinadas y adoptan una pose de libertad moral a la que su inteligencia no les da derecho en absoluto.

La llegada de la sopa hace que se pierda para siempre lo que Maury hubiese podido decir a continuación.

Noche

Después de cenar visitaron a un revendedor y, pagando un considerable suplemento, consiguieron entradas para una nueva comedia titulada High Jinks. En el vestíbulo del teatro esperaron unos momentos para ver entrar a los habituales de las noches de estreno. Había capas elegantes adornadas con innumerables pieles y sedas de muchos colores; joyas que pendían de brazos, gargantas y sonrosadas orejas; innumerables reflejos en multitud de sombreros de copa; zapatos de oro y bronce, rojo y charol; altos y complicados peinados femeninos y bruñidas cabelleras de hombres muy cuidadosos de su apariencia... pero, sobre todo, el flujo y reflujo, los parloteos y las risitas, la espuma y el efecto como de lento oleaje de aquel jubiloso mar de personas a medida que su torrente deslumbrante se incorporaba al lago artificial de risas...

Después de la representación se separaron: Maury iba a un baile en Sherry's, Anthony camino de casa para acostarse.

El joven Patch avanzó lentamente a empellones entre las masas nocturnas que llenaban Times Square, extrañamente hermosa, brillante e íntima con la animación de los grandes anuncios luminosos. Los rostros se arremolinaban alrededor de Anthony en un calidoscopio de muchachas feas, tan feas como un pecado: demasiado gordas, demasiado delgadas, y, sin embargo, flotando sobre el aire del otoño como si la atmósfera nocturna estuviera formada por sus tibias y apasionadas respiraciones. Allí, a pesar de toda su vulgaridad, se convertían en algo vaga y sutilmente misterioso. El joven Patch inhalaba cuidadosamente, introduciendo en sus pulmones perfumes y el aroma nada desagradable de muchos cigarrillos. Se tropezó con la mirada de una joven belleza morena, a solas en el interior de un taxi cerrado. Sus ojos a media luz hacían pensar en noche y violetas, y por un momento la casi olvidada y remota visión de aquella tarde le turbó de nuevo.

Dos jóvenes judíos pasaron junto a él, hablando en voz muy alta y

estirando el cuello aquí y allá para lanzar fatuas miradas desdeñosas. Llevaban los trajes exageradamente ceñidos, que ya por entonces estaban casi pasados de moda; el cuello de pajarita no lograba cubrirles la nuez; y sus polainas grises hacían juego con los guantes del mismo color, sostenidos por la mano que empuñaba el bastón.

Anthony se cruzó después con una desconcertada anciana, transportada — como una cesta de huevos— entre dos hombres que le lanzaban exclamaciones sobre las maravillas de Times Square, explicándoselas tan deprisa que la anciana, tratando de mostrarse imparcialmente interesada, movía la cabeza de un lado a otro como si fuera una peladura de naranja agitada por el viento. El joven Patch oyó un retazo de su conversación:

—¡Ahí tienes el Astor, mamá!

—¡Mira! El anuncio luminoso con la carrera de cuadrigas...

—Ahí es donde hemos estado hoy. No, ¡allí!

—¡Cielo santo...!

—Si te preocupas demasiado, te quedarás tan delgada como una moneda de diez centavos. —Anthony reconoció, mientras brotaba, estridente, de una de las parejas con las que se codeaba, la ocurrencia más popular del año.

—Y yo le dije, digo...

El suave apresurarse de los taxis que pasaban a su lado, y risas, risas tan ásperas como graznidos de cuervos, incesantes y muy fuertes, con el retumbar del metro por debajo; y, sobre todo, el girar de las luces, el aumento y disminución de las luces; luces dividiéndose como perlas; apareciendo y reapareciendo en barras y círculos luminosos y figuras monstruosamente grotescas, que se destacaban asombrosamente contra el cielo.

Anthony se dirigió aliviado hacia el silencio que soplabla como un viento oscuro desde una calle secundaria; cruzó junto a un restaurante-asador en cuyo escaparate una docena de pollos daban vueltas y más vueltas sobre un espetón automático. Por la puerta salía un olor caliente, pastoso y sonrosado. A continuación un drugstore, con olor a medicinas, gaseosa derramada y un perfume más débil y agradable de los artículos de perfumería; luego una lavandería china, abierta aún, sofocante y llena de vapor de agua, con olor a dobleces y también vagamente a amarillo. Todas estas cosas le deprimieron; al llegar a la Sexta Avenida se detuvo en el estanco de la esquina y salió de allí sintiéndose mejor: era un local agradable, la humanidad en medio de una niebla azul marino, comprando un artículo de lujo...

Ya en su apartamento fumó un último cigarrillo, sentado a oscuras junto a la ventana abierta de la sala de estar. Por primera vez en más de un año se

encontró disfrutando plenamente de Nueva York. Había en ella una extraña intensidad, sin duda; algo que más bien hacía pensar en el sur. Pero era también una ciudad donde uno se sentía solitario. Anthony, que había crecido solo, había aprendido recientemente a evitar la soledad. Durante los últimos meses había tenido buen cuidado — cuando carecía de compromisos para la noche— de ir corriendo a alguno de los clubes de los que era socio para encontrar a alguien que le hiciese compañía. La soledad en Nueva York era una realidad palpable...

Su cigarrillo —cuyo humo envolvía los finos pliegues de la cortina en una suave neblina blanca— siguió brillando hasta que el reloj de St. Anne, calle abajo, dio la una, con campanadas de quejumbrosa belleza. El ferrocarril elevado, media manzana más allá, también rompió el silencio con un redoblar de tambores: si se asomara a la ventana, podría ver el tren como un águila enojada, doblando la esquina envuelto en la oscuridad. Anthony se acordó de una novela fantástica, recientemente leída, en la que se bombardeaba a las ciudades desde trenes aéreos, y por un momento se imaginó que Washington Square había declarado la guerra a Central Park y que aquel ruido era una amenaza en dirección norte, cargada de destrucción y muerte repentina. Pero al pasar el tren la ilusión se desvaneció; el ruido disminuyó hasta convertirse en el más suave de los redobles y finalmente en el aleteo de un águila que se perdía a lo lejos.

Seguían oyéndose campanas y el sonido continuo y entremezclado de las bocinas de los coches en la Quinta Avenida, pero la calle de Anthony estaba en silencio y él a salvo de todas las amenazas de la vida, porque contaba con su puerta y el largo corredor y su dormitorio guardián... ¡a salvo, a salvo! El arco voltaico que iluminaba su ventana parecía ser la luna en aquel momento, aunque una luna más brillante y más hermosa que la verdad.

Una escena retrospectiva en el Paraíso

La Belleza, que nace de nuevo cada cien años, se hallaba sentada en una especie de sala de espera al aire libre, atravesada por ráfagas de viento blanco y de cuando en cuando por una estrella presurosa y sin aliento. Las estrellas al pasar le hacían guiños como de viejas conocidas, y los vientos agitaban incesantemente sus cabellos con mucha suavidad. Se trataba de un ser incomprensible, porque, en ella, alma y espíritu eran una sola cosa: la belleza de su cuerpo era la esencia de su alma, logrando esa unidad buscada por los filósofos durante muchos siglos. En esta sala de espera, hecha de vientos y estrellas, llevaba esperando cien años, sumida en la paz que le proporcionaba su propia contemplación.

Supo finalmente que volvería a nacer. Suspirando, entabló una larga conversación con una voz que surgía del viento blanco, una conversación que

duró muchas horas y de la cual solo puedo dar aquí un fragmento.

LA BELLEZA. (Moviendo apenas los labios, y los ojos, como siempre, vueltos hacia sí misma) ¿Adónde tendré que trasladarme esta vez?

LA VOZ. A un nuevo país... una tierra que no has visto nunca.

LA BELLEZA. (Con petulancia) No me gusta nada tener que irrumpir en esas nuevas civilizaciones. ¿Cuánto tiempo me quedará esta vez?

LA VOZ. Quince años.

LA BELLEZA. ¿Y cómo se llama ese sitio?

LA VOZ. Es la tierra más opulenta y espléndida que hay en el mundo: una tierra donde los sabios son solo un poco más sabios que los estúpidos; una tierra donde los gobernantes tienen la inteligencia de un niño pequeño y los legisladores creen en Santa Claus; donde mujeres feas controlan a hombres fuertes...

LA BELLEZA. (Llena de asombro) ¿Qué?

LA VOZ. (Muy deprimida) Sí, un espectáculo realmente triste, a decir verdad. Mujeres sin barbilla y con narices deformes caminan a plena luz diciendo «¡Haz esto!» y «¡Haz aquello!», y todos los hombres, incluso los que tienen grandes fortunas, obedecen implícitamente a esas mujeres a las que denominan sonoramente «Mistress Fulano de tal» o «la esposa».

LA BELLEZA. Pero ¡eso no puede ser verdad! Comprendo, por supuesto, que obedezcan a mujeres con encanto... pero ¿a mujeres gordas?, ¿a mujeres huesudas?, ¿a mujeres de mejillas chupadas?

LA VOZ. También a esas.

LA BELLEZA. ¿Qué va a ser de mí? ¿Qué posibilidades tendré?

LA VOZ. Será «duro de pelar», si se me permite usar la frase.

LA BELLEZA. (Después de una pausa, expresión de su descontento) ¿Por qué no a las tierras antiguas, la tierra de las uvas y de los hombres con voz dulce, o la de los barcos y los mares?

LA VOZ. Se espera que estén muy ocupadas en breve plazo.

LA BELLEZA. ¡Ah!

LA VOZ. Tu vida sobre la tierra será, como siempre, el intervalo entre dos miradas significativas en un espejo mundano.

LA BELLEZA. ¿Qué voy a ser? Dímelo.

LA VOZ. Al principio se pensó que esta vez te presentarás como actriz de

cine, pero no es aconsejable, después de todo. Durante esos quince años estarás disfrazada de lo que se llama una «chica de la sociedad».

LA BELLEZA. ¿Qué es eso?

El viento produce un nuevo sonido que debemos interpretar como el que hace la voz al rascarse la cabeza.

LA VOZ. (Al cabo de un rato) Es una especie de aristócrata de pacotilla.

LA BELLEZA. ¿Pacotilla? ¿Qué es pacotilla?

LA VOZ. También eso lo descubrirás en ese nuevo país. Te encontrarás con muchas cosas que son de pacotilla. Y tú misma harás muchas cosas así.

LA BELLEZA. (Plácidamente) Todo eso suena muy vulgar.

LA VOZ. Ni la mitad de lo que es realmente. Durante esos quince años se te conocerá como una chica ragtime, como una flapper, como una jazz-baby y como una baby-vamp. Bailarás ritmos nuevos con la misma gracia con que bailabas los antiguos.

LA BELLEZA. (Hablando en un susurro) ¿Se me pagará?

LA VOZ. Sí, como de costumbre... en amor.

LA BELLEZA. (Con una leve risa que solo turba momentáneamente la inmovilidad de sus labios) ¿Y me gustará que me llamen jazz-baby?

LA VOZ. (Serenamente) Te encantará...

El diálogo termina aquí, mientras La Belleza sigue tranquilamente sentada, las estrellas hacen pausas de éxtasis admirativo, y el viento, blanco e impetuoso, le agita el cabello.

Todo esto tuvo lugar siete años antes de que Anthony se sentara junto a la ventana de su apartamento y escuchase las campanas de St. Anne.

2. Retrato de una sirena

Los primeros fríos tonificantes descendieron sobre Nueva York treinta días más tarde, trayendo consigo el mes de noviembre los tres partidos de fútbol americano más importantes del año y un gran rebullir de pieles a todo lo largo de la Quinta Avenida. También trajeron a la ciudad un ambiente de tensión y de agitación que todos trataban de ocultar. Todas las mañanas aparecían varias invitaciones en el correo de Anthony. Tres docenas de virtuosas doncellas de la capa social más alta proclamaban, si no su deseo, sí al menos su idoneidad,

para dar hijos a tres docenas de millonarios. Cinco docenas de virtuosas doncellas de la segunda capa social proclamaban no solo su idoneidad, sino además un tremendo e impávido deseo de conseguir las mismas tres docenas de jóvenes, quienes, por supuesto, estaban invitados a cada una de las noventa y seis fiestas, al igual que el grupo de amigos de la familia, conocidos, universitarios y otros jóvenes deseosos de abrirse camino que se congregaban alrededor de cada una de las señoritas en cuestión. A continuación había una tercera capa de los alrededores de la ciudad, desde Newark y las afueras de Jersey hasta el frío Connecticut y los barrios de Long Island de menor prestigio; y aún era posible seguir bajando capas hasta llegar a los zapatos de la ciudad: muchachas judías que se incorporaban a una sociedad de hombres y mujeres de su misma raza, desde Riverside hasta el Bronx, y que soñaban con un joven y prometedor cambista o un joyero, y una boda de acuerdo con todas las reglas del ritual judío; muchachas irlandesas que lanzaban miradas —con el beneplácito ya de familia e Iglesia— hacia una sociedad de jóvenes políticos municipales, piadosos empresarios de pompas fúnebres y antiguos monaguillos.

Como es lógico, toda la ciudad respiraba también el aire contagioso de la rentrée; las chicas de la clase trabajadora, pobrecillas, que envolvían pastillas de jabón en las fábricas o probaban ropa elegante en los grandes almacenes, soñaban que quizá en la tremenda agitación de aquel invierno podrían conseguir para sí mismas el codiciado varón (de la misma manera que entre el confuso gentío de una verbena el ratero inexperto piensa quizá que son mayores sus posibilidades). Las chimeneas comenzaron a echar humo, y la fetidez del metro se hizo menos agresiva. Las actrices salieron a los escenarios interpretando nuevas obras, los editores dieron a la luz nuevos libros y los Castles popularizaron nuevos bailes. Y los ferrocarriles distribuyeron nuevos horarios que contenían nuevos errores, distintos de los antiguos, a los que los usuarios ya estaban acostumbrados...

¡La ciudad entera salía a la luz!

Anthony, andando una tarde por la calle Cuarenta y dos bajo un cielo gris acerado, se encontró inesperadamente con Richard Caramel, que salía de la peluquería del hotel Manhattan. Hacía frío, era el primer día que hacía frío de verdad, y Caramel llevaba uno de esos chaquetones hasta la rodilla, forrados de piel de oveja, que los trabajadores del Medio Oeste han usado desde tiempo inmemorial y que empezaban por entonces a estar de moda. Su sombrero de fieltro era de un discreto color marrón oscuro y desde debajo de él su ojo transparente fulguraba como un topacio. Caramel detuvo a Anthony lleno de entusiasmo, palmeándole los brazos más por un deseo de calentarse que de mostrarse festivo, y, después del inevitable apretón de manos, prorrumpió en una catarata de sonidos.

—Hace un frío de mil demonios... Santo cielo, he estado trabajando como una fiera todo el día hasta que mi habitación se ha enfriado tanto que estaba seguro de que iba a coger una pulmonía. Mi maldita patrona, que se dedica a economizar carbón, solo subió después de pasarme media hora en la escalera llamándola a gritos. Y enseguida se lanzó a explicarme por qué y todo lo demás. ¡Dios santo! Primero me volvió loco, luego empecé a pensar que era un posible personaje, y tomé notas mientras hablaba... de forma que no pudiera verme, ya sabes, como si estuviera escribiendo distraídamente...

Dick había cogido a Anthony por el brazo y lo hacía avanzar a buen paso por Madison Avenue.

—¿Adónde vamos?

—A ningún sitio en particular.

—Entonces, ¿para qué andar? —preguntó Anthony.

Se detuvieron, mirándose el uno al otro, y el joven Patch se preguntó si el frío daría a su cara un aspecto tan repelente como a Dick Caramel, cuya nariz se había vuelto carmesí, azul la frente voluminosa, y en cuyos desiguales ojos amarillos habían aparecido unos bordes rojizos y acuosos. Al cabo de un momento reanudaron la marcha.

—Estoy contento de cómo avanza mi novela. —Dick miraba y hablaba en dirección a la acera, poniendo mucho énfasis en sus palabras—. Pero tengo que salir de cuando en cuando. —Miró de reojo a Anthony como disculpándose como si estuviese necesitado de que lo animaran—. Tengo que hablar. Imagino que muy pocas personas llegan nunca a pensar de verdad, quiero decir a sentarse y meditar y tener ideas una detrás de otra. Yo pienso escribiendo o conversando. Hace falta tener un punto de arranque, por así decirlo, algo que defender o refutar... ¿no te parece?

Anthony dejó escapar un gruñido y retiró suavemente el brazo.

—No me importa llevarte, Dick, pero con ese chaquetón...

—Quiero decir —continuó Richard Caramel con mucha gravedad— que sobre el papel tu primer párrafo contiene la idea que vas a rechazar o ampliar. Al hablar con otra persona consigues una última formulación, pero cuando simplemente te dedicas a meditar, entonces tus ideas se suceden unas a otras como las imágenes de una linterna mágica y las nuevas expulsan a las anteriores.

Cruzaron la calle Cuarenta y cinco y disminuyeron ligeramente de velocidad. Ambos encendieron un pitillo y lanzaron al aire tremendas nubes de humo y de aliento congelado.

—¿Por qué no vamos andando hasta el hotel Plaza y nos tomamos un

ponche? — sugirió Anthony—. Te sentaría bien. El aire fresco expulsará toda la nicotina que tienes en los pulmones. Vamos, te dejaré hablar de tu libro durante el camino.

—No, si te aburres. Quiero decir que no tienes que hacerlo como un favor. —Las palabras salieron precipitadamente de su boca, y aunque procuró mantener una expresión indiferente, la incertidumbre le hizo torcer la cara.

Anthony se sintió obligado a protestar:

—¿Aburrirme? ¡Claro que no!

—Tengo una prima... —empezó Dick, pero Anthony le interrumpió extendiendo los brazos y dejando escapar un débil grito exultante.

—¡Hermoso tiempo! —exclamó—, ¿no es cierto? Hace que me sienta como si tuviera diez años. Quiero decir que hace que me sienta como debería de haberme sentido cuando tenía diez años. ¡Devastador! ¡Dios santo! Un minuto el mundo es mío y al minuto siguiente soy el bufón del mundo. Hoy el mundo es mío y todo es fácil, muy fácil. ¡Hasta la Nada resulta fácil!

—Tengo una prima en el Plaza. Una chica fuera de lo corriente. Podemos subir para que la conozcas. Pasa aquí el invierno (lo viene haciendo últimamente, por lo menos) con su madre y su padre.

—No sabía que tuvieras primos en Nueva York.

—Se llama Gloria. Es de mi ciudad... Kansas City. Su madre es una bilfista practicante, y su padre una persona más bien aburrida pero, eso sí, un perfecto caballero.

—¿Qué son? ¿Material literario?

—Tratan de serlo. Lo único que hace el viejo es decirme que acaba de conocer a un personaje estupendo para una novela. Luego me habla de algún estúpido amigo suyo y añade: «¡Ahí tienes un personaje! ¿Por qué no lo utilizas? Todo el mundo se interesaría por él». O bien me cuenta cosas sobre Japón o París, o algún otro sitio igual de conocido, y comenta: «¿Por qué no escribes una historia sobre ese sitio? ¡Sería un magnífico escenario para una novela!».

—¿Qué me dices de la chica? —preguntó Anthony con aire indiferente—. Gloria... Gloria ¿qué?

—Gilbert. Seguro que has oído hablar de ella... Gloria Gilbert. Va a los bailes universitarios... ese tipo de cosas.

—He oído su nombre.

—Guapa... extraordinariamente atractiva, si quieres que te diga la verdad.

Habían llegado a la calle Cincuenta y torcieron en dirección a la avenida.

—Por regla general no me interesan las jovencitas —dijo Anthony, frunciendo el entrecejo.

Esta afirmación no era del todo exacta. Si bien le parecía que la mayoría de las jovencitas de la buena sociedad empleaban cada hora del día pensando y hablando sobre lo que el gran mundo les tenía preparado para la hora siguiente, cualquier chica que se ganaba la vida sin otro recurso que su belleza le interesaba extraordinariamente.

—Gloria es muy simpática... tiene la cabeza de chorlito.

Anthony rio dejando escapar un breve bufido.

—¿Quieres decir con eso que no está al tanto de la jerga literaria?

—No, no es eso lo que quiero decir.

—Dick, todos sabemos lo que consideras inteligencia tratándose de una chica. Muchachas muy serias que se sientan contigo en un rincón y hablan seriamente sobre la vida. El tipo de chica que a los dieciséis años discutía con rostro solemne sobre si besarse estaba bien o mal... y si era inmoral que los estudiantes bebieran cerveza en el primer año de universidad.

Richard Caramel se sintió ofendido. Su ceño adquirió tantos pliegues como un papel arrugado.

—No... —empezó, pero Anthony le interrumpió sin piedad.

—Ya lo creo que sí; el tipo de chica que en el momento presente se sienta en un rincón y cambia impresiones sobre el último Dante escandinavo que ha sido traducido al inglés.

Dick se volvió hacia él, y toda su fisonomía revelaba un curioso desmoronamiento. Su pregunta fue casi una súplica.

—¿Qué os pasa a Maury y a ti? Habláis a veces como si yo fuera una especie de ser inferior.

Anthony se desconcertó, pero tenía frío y se sentía un poco incómodo, de manera que se refugió en el ataque.

—Creo que en tu caso el cerebro carece de importancia, Dick.

—¡Claro que tiene importancia! —replicó Caramel enfadado—. ¿Qué quieres decir? ¿Por qué no tiene importancia?

—Podrías saber más cosas de las que convienen a tu pluma.

—Eso es imposible.

—Me resulta fácil imaginar —insistió Anthony— un hombre que sepa más cosas de las que su talento es capaz de expresar. Como yo. Supón, por ejemplo, que tuviera más sabiduría que tú, y menos talento. Eso tendería a hacer de mí una persona incapaz de expresarse. Tú, por el contrario, tienes suficiente agua para llenar el cubo y un cubo lo suficientemente grande para que quepa el agua.

—No te sigo en absoluto —se lamentó Dick, con tono abatido.

Infinitamente desalentado, dio la impresión de hincharse en protesta. Mientras miraba fijamente a Anthony fue tropezando con una sucesión de peatones que se lo reprocharon con furiosas miradas, llenas de resentimiento.

—Quiero decir simplemente que un talento como el de Wells podría impulsar la inteligencia de un Spencer. Pero un talento inferior solo podría resultar elegante si tuviera que alimentar ideas inferiores. Cuanto más limitadamente se ve una cosa, tanto más ameno se puede ser acerca de ella.

Dick se puso a reflexionar, incapaz de decidir el grado exacto de intención crítica que contenían las observaciones de Anthony. Pero el joven Patch, con la facilidad que con tanta frecuencia parecía manar de él, siguió hablando, los ojos negros brillando en su rostro enjuto, alzada la barbilla, y con ella la voz y toda su realidad corporal:

—Digamos que soy orgulloso y sano y sabio; un ateniense entre los griegos. Bien; cabe que fracase donde un hombre con menos cualidades triunfaría. Esa otra persona podría imitar, adornar, mostrarse entusiasta, ser esperanzadoramente constructivo. Pero mi yo hipotético tendría demasiado orgullo para imitar, sería demasiado equilibrado para mostrarse entusiasta, demasiado refinado para aceptar utopías y demasiado clásico para adornar.

—Entonces, ¿no crees que el artista trabaje a partir de su inteligencia?

—No. Se limita a mejorar, si puede, lo que imita en el terreno del estilo, eligiendo, a partir de su propia interpretación de las cosas que se hallan a su alrededor, lo que constituye su material. Pero a fin de cuentas todo escritor escribe porque es su manera de vivir. ¿No irás a decirme que te gusta eso de la «Función divina del Artista»?

—Ni siquiera estoy acostumbrado a hablar de mí mismo como artista.

—Dick —dijo Anthony, cambiando de tono—, quiero pedirte perdón.

—¿Por qué?

—Por toda esa parrafada, lo siento sinceramente. Lo he hecho para causar efecto.

Ablandado hasta cierto punto, Dick replicó:

—Yo he dicho muchas veces que en realidad eras una persona inculta.

Anocheía y el frío era más intenso cuando entraron bajo la blanca fachada del Plaza y saborearon lentamente la espuma y la amarilla densidad del ponche de huevo. Anthony contempló a su acompañante. La nariz y la frente de Richard Caramel iban aproximándose lentamente a una pigmentación uniforme; el rojo abandonaba una y el azul se retiraba de la otra. Observándose en un espejo, Anthony se alegró al descubrir que su piel no había perdido la coloración natural. Por el contrario, un suave rubor encendía sus mejillas; se imaginó que nunca había tenido tan buen aspecto.

—Yo ya tengo bastante —dijo Dick, con tono de atleta que está entrenándose—. Quiero subir y ver a los Gilbert. ¿Vienes conmigo?

—Sí, claro. Si no me abandonas con los padres y te vas a un rincón con Dora.

—Dora no, Gloria.

Un recepcionista los anunció por teléfono y, subiendo al décimo piso, siguieron un corredor serpenteante y llamaron al 1088. Una señora de mediana edad les abrió la puerta: mistress Gilbert en persona.

—¿Cómo están ustedes? —Hablaban el convencional lenguaje americano de las señoras de buena posición social—. Vaya, ¡cuánto me alegro de verte...!

Apresuradas interjecciones de Dick, y a continuación:

—¿Mr. Patch? Bueno, pasen y dejen ahí sus abrigos. —Señaló una silla y luego cambió la modulación de su voz hasta convertirla en una risa como de disculpa, llena de diminutos jadeos—. Esto es realmente encantador, maravilloso. ¡Hacía tanto tiempo que no venías por aquí, Richard...! ¡No! ¡No! —Estos últimos monosílabos servían en parte como respuesta y en parte como punto final a algunos imprecisos intentos de hablar por parte de Dick—. Bueno, siéntense, por favor, y tú cuéntame lo que has estado haciendo.

Uno cruzaba y recruzaba las piernas; uno se erguía y se inclinaba con la mayor suavidad posible; uno sonreía una y otra vez con expresión inevitablemente estúpida; uno se preguntaba si mistress Gilbert llegaría alguna vez a sentarse... y por fin uno se deslizaba lleno de agradecimiento en una silla y se acomodaba para una agradable visita.

—Imagino que no venías porque estabas ocupado... tanto como cualquier otra cosa —sonrió mistress Gilbert de manera bastante ambigua. El «tanto como cualquier otra cosa» lo utilizaba para equilibrar las frases que le quedaban cojas. Tenía otras dos expresiones más: «por lo menos, así es como yo lo veo» y «pura y simplemente»; las tres, alternándose, daban a sus observaciones el aire de ser reflexiones de carácter general sobre la vida, como

si mistress Gilbert hubiese examinado todas las causas, para, finalmente, poner el dedo en la última.

Anthony observó que el rostro de Richard Caramel había vuelto a la más absoluta normalidad. La frente y las mejillas tenían color de carne y la nariz había recobrado su conveniente anonimato. Dick contemplaba a su tía con el ojo de color amarillo brillante, prestándole la intensa y más bien exagerada atención que los jóvenes suelen consagrar a todas las mujeres carentes de cualquier otro valor adicional.

—¿Usted también es escritor, Mr. Patch...? Bueno, quizá la fama de Richard sea suficiente para todos. —Suaves risas, dirigidas por mistress Gilbert—. Gloria ha salido —añadió su madre con aire de sentar un axioma del que procedería inmediatamente a derivar consecuencias—. Está bailando en algún sitio. Gloria sale, y sale y sale. Yo le digo que no entiendo cómo lo aguanta. Baila toda la tarde y toda la noche, y llega a hacerme pensar que se desgastará y se convertirá en una sombra. Su padre está muy preocupado.

Sonrió mirando sucesivamente a uno y otro. Los dos jóvenes sonrieron a su vez.

Mistress Gilbert se componía, percibió Anthony, de una sucesión de semicírculos y parábolas, como esas figuras que las personas habilidosas hacen con la máquina de escribir: cabeza, brazos, caderas, muslos y tobillos constituían una desconcertante hilera de curvas sucesivas. No se le podían hacer reproches en cuanto a limpieza y arreglo personal; sus cabellos eran de un intenso color gris, artificialmente conseguido; su ancho rostro, que albergaba unos ojos de color azul deslucido, estaba adornado por la sombra casi imperceptible de un bigote blanco.

—Siempre digo —exclamó, volviéndose a Anthony— que Richard tiene un alma muy antigua.

Durante la tensa pausa que se produjo después de aquella observación, Anthony consideró la posibilidad de hacer un comentario ingenioso... algo sobre lo mucho que Dick se había visto pisoteado.

—Todos tenemos almas de diferentes edades —continuó mistress Gilbert con expresión radiante—; por lo menos eso es lo que yo digo.

—Quizá sea así —asintió Anthony con aire de sentirse estimulado por una idea esperanzadora. La voz de la anfitriona siguió adelante, llena de efervescencia:

—Gloria tiene un alma muy joven... irresponsable tanto como cualquier otra cosa. Carece del sentido de la responsabilidad.

—Gloria es una criatura radiante, tía Catherine —dijo Richard afablemente

—. El sentido de la responsabilidad la echaría a perder. Es demasiado bonita.

—Bueno —confesó mistress Gilbert—; todo lo que yo sé es que sale, y sale y sale...

El número total de salidas en descrédito de Gloria quedó ahogado por el ruido de la puerta al abrirse y dar paso a Mr. Gilbert.

Mr. Gilbert era un hombre de corta estatura con un bigote que descansaba como una nubecilla blanca bajo una nariz que nada tenía de especial. El padre de Gloria había llegado a una etapa en que su valor como criatura social era totalmente negativo. Sus ideas eran las mentiras que habían gozado de popularidad veinte años antes; su mente trataba de mantener una vacilante y anémica trayectoria siguiendo la estela marcada por los editoriales de los diarios. Después de terminar sus estudios en una pequeña pero aterradora universidad del oeste, había entrado en el negocio del celuloide, y como esta ocupación requería tan solo la minúscula dosis de inteligencia que él aportaba, cumplió satisfactoriamente en ella durante varios años... de hecho hasta 1911 aproximadamente, cuando empezó a ceder contratos a cambio de vagos acuerdos con la industria cinematográfica. Hacia 1912 la industria cinematográfica había decidido tragárselo, y en aquel momento lo mantenía, por así decirlo, en precario equilibrio sobre la lengua. Mientras tanto, Mr. Gilbert era el inspector gerente de la Compañía Asociada de Materiales Cinematográficos del Medio Oeste, y pasaba seis meses al año en Nueva York y el resto en Kansas City y en San Luis. Estaba crédulamente convencido de que su situación profesional iba a mejorar de un momento a otro, y lo mismo pensaban su mujer y su hija.

Mr. Gilbert no aprobaba el comportamiento de Gloria: su hija volvía tarde a casa, no comía nunca a las horas establecidas, andaba siempre metida en líos; en una ocasión había conseguido irritarla y Gloria utilizó contra él expresiones que Mr. Gilbert no creía que formaran parte de su vocabulario. Con su mujer las cosas eran más fáciles. Después de quince años de incesante guerra de guerrillas había logrado conquistarla; se trataba de una guerra entre el alocado optimismo de una y la estupidez organizada de otro, y en la victoria final había tenido mucha importancia el número de síes con que Mr. Gilbert conseguía envenenar cualquier conversación.

—Sí, sí, sí, sí —decía—, sí, sí, sí, sí. Vamos a ver. Eso fue el verano de... vamos a ver... noventa y uno o noventa y dos... Sí, sí, sí, sí...

Quince años de síes habían vencido a mistress Gilbert. Quince años más de aquellas incesantes partículas afirmativas que nada afirmaban, acompañadas del perpetuo sacudir de la ceniza de treinta y dos mil cigarros puros habían acabado con ella. A aquel marido suyo mistress Gilbert le hacía la última concesión de la vida conyugal, que es más completa y más irrevocable que la

primera, y que consistía en escucharle. Ella se decía a sí misma que los años la habían hecho tolerante: en realidad habían asesinado su parte alícuota de coraje moral.

Mistress Gilbert procedió a presentar a Anthony a su marido.

—Este es Mr. Patch —dijo.

El joven y el hombre de edad se dieron la mano; la de Mr. Gilbert era blanda, como si se hubiera desgastado hasta adquirir la pulposa apariencia de un pomelo exprimido. A continuación marido y mujer se saludaron: él le dijo que hacía frío en la calle; había ido andando hasta un quiosco de la calle Cuarenta y cuatro para comprar un periódico de Kansas City. Su intención era regresar en el autobús, pero había descubierto que hacía demasiado frío, sí, sí, sí, sí, demasiado frío.

Mistress Gilbert añadió sabor a la aventura manifestándose impresionada por la audacia de su marido al enfrentarse con aquel aire tan áspero.

—¡Vaya, eres muy valiente! —exclamó admirativamente—. Realmente valiente. Yo no hubiese salido por nada del mundo.

Mr. Gilbert, con auténtica indiferencia masculina, ignoró el temor reverente que había despertado en su esposa. Volviéndose hacia los dos jóvenes los encaminó triunfalmente hacia el tema del tiempo. A Richard Caramel se le pidió que recordara el mes de noviembre en Kansas. Pero tan pronto como tuvo el tema ante sí, le fue violentamente arrebatado por su promotor para extenderse acerca de él, manosearlo, alargarlo y, en términos generales, privarle de toda vitalidad.

La tesis inmemorial de que en algún sitio los días eran calurosos pero las noches muy agradables, fue satisfactoriamente expuesta, y también decidieron entre todos la distancia exacta entre dos puntos de una línea férrea muy poco conocida que Dick había mencionado sin darse cuenta. Anthony se quedó mirando fijamente a Mr. Gilbert cayendo en una especie de trance de donde, al cabo de un momento, vino a sacarle la sonriente voz de mistress Gilbert:

—Parece, sin embargo, como si el frío fuera aquí más húmedo... tengo la impresión de que se me mete dentro de los huesos.

Como esta observación, con su adecuado complemento de síes, la había tenido también Mr. Gilbert en la punta de la lengua, no se le puede juzgar con dureza por el hecho de que cambiara bruscamente de tema.

—¿Dónde está Gloria?

—Debería estar aquí de un momento a otro.

—¿Conoce usted a mi hija, Mr...?

—No he tenido el placer. Dick me ha hablado de ella con frecuencia.

—Richard y Gloria son primos.

—¿Sí? —Anthony tuvo que hacer un esfuerzo para sonreír. No estaba acostumbrado al trato social de las personas de edad, y tenía la boca cansada de tanta jovialidad superflua. Era una idea muy agradable que Gloria y Dick fueran primos. Antes de que pasara otro minuto el joven Patch consiguió lanzar a su amigo una mirada llena de angustia.

Richard Caramel se temía que no les quedaba otro remedio que marcharse.

Mistress Gilbert lo sentía muchísimo.

Mr. Gilbert opinó que era una lástima.

Mistress Gilbert tuvo aún otra ocurrencia: algo acerca de alegrarse de que hubiesen venido, en cualquier caso, incluso aunque solo hubiesen visto a una señora demasiado vieja para flirtear con ellos. Evidentemente Anthony y Dick consideraron que se trataba de un comentario muy ingenioso porque rieron durante todo un compás al ritmo del tres por cuatro.

—¿Volverían pronto?

—Claro que sí.

¡Gloria lo sentiría tanto!

—Hasta la vista...

—Hasta la vista...

Ruido de puerta que se cierra.

Dos jóvenes desconsolados que caminan por el corredor del décimo piso del Plaza en dirección al ascensor.

Las piernas de una dama

Detrás de la atractiva indolencia de Maury Noble, de su impertinencia y de su actitud burlona se escondía una sorprendente e inflexible madurez de propósito. Su intención —tal como la formulara en la universidad— había sido dedicar tres años a viajar, otros tres al ocio más absoluto, y después hacerse inmensamente rico lo más deprisa posible.

Sus tres años de viajes habían concluido ya. Maury había recorrido el mundo con una intensidad y una curiosidad que en cualquier otro hubieran parecido pedantes, sin rasgos compensatorios de espontaneidad, casi como la autopreparación de un Baedeker humano; pero en su caso todo ello adquiría un aire de misteriosa finalidad y de proyecto significativo: como si Maury Noble fuese un futuro Anticristo, impulsado por un designio previo a ir a todos los

sitios de la tierra que podían visitarse y ver los miles de millones de seres humanos que se reproducen, lloran y se matan unos a otros aquí y allá sobre su superficie.

De vuelta a América, Maury se había lanzado a la búsqueda de la diversión con la misma perseverante intensidad. Él, que nunca había tomado más de unos pocos cócteles o una pinta de vino de una vez, aprendió a beber como podría haber aprendido griego; al igual que el griego, el arte de beber sería la puerta de entrada a un caudal de nuevas sensaciones, de nuevos estados psíquicos, de nuevas reacciones de alegría o de dolor.

Sus costumbres daban materia para esotéricas especulaciones. Contaba con tres habitaciones de un apartamento para solteros en la calle Cuarenta y cuatro, pero muy raras veces se le encontraba allí. La telefonista había recibido instrucciones muy estrictas de que nunca se le pusiera en comunicación con nadie sin que el posible interlocutor diera antes su nombre. Tenía también una lista de media docena de personas para las que nunca estaba en casa, y otras tantas para las que sí estaba. Esta última lista la encabezaban Anthony Patch y Richard Caramel.

Mistress Noble vivía con un hijo casado en Filadelfia, y habitualmente Maury se trasladaba allí los fines de semana, de manera que un sábado por la noche cuando Anthony, después de vagar por calles heladas presa de un ataque de mortal aburrimiento, probó fortuna en Molton Arms, se sintió lleno de júbilo al enterarse de que su amigo estaba en casa.

Su estado de ánimo se elevó más deprisa que el ascensor. ¡Era tan agradable, tan extraordinariamente agradable ir a hablar con Maury, quien, por su parte, se sentiría igualmente feliz de verlo! Se mirarían con mutua conciencia de un profundo afecto que los dos disimularían con alguna broma sin importancia. En verano hubieran salido juntos a saborear indolentemente dos Tom Collins, mientras sus cuellos duros se marchitaban y ellos observaban el ir y venir —no demasiado divertido— de algún lento cabaret del mes de agosto. Pero fuera hacía frío, con el viento colándose entre los altos muros de los edificios y diciembre a la vuelta de la esquina, de manera que era mucho mejor pasar la velada bajo la suave luz de una lámpara de pie, y beberse un whisky o dos o una copita del Grand Marnier de Maury, con los libros brillando como adornos contra las paredes, y Maury irradiando una maravillosa inercia mientras descansaba, voluminoso y gatuno, en su sillón favorito.

¡Allí lo tenía! La habitación acogió a Anthony en su seno, transmitiéndole su calor. La irradiación de aquella robusta mente tan persuasiva, de aquel temperamento casi oriental por su aparente indiferencia, caldeó el alma inquieta de Anthony, proporcionándole una paz que solo podía compararse

con la paz que proporciona una mujer estúpida. Uno tiene que entenderlo todo o, de lo contrario, darlo todo por sabido. Maury llenaba la habitación, semejante a un tigre y también semejante a un dios. Los vientos exteriores se habían calmado; los candelabros de bronce sobre la repisa de la chimenea brillaban como cirios delante de un altar.

—¿Qué te ha hecho quedarte aquí hoy? —Anthony se tendió en un mullido sofá y con los almohadones se fabricó un saliente donde apoyar el codo.

—Solo hace una hora que he vuelto. Fui a un baile... luego me quedé hasta tan tarde que perdí el tren para Filadelfia.

—Extraño que te quedaras tanto tiempo —comentó Anthony, interesado.

—Más bien. ¿Qué has hecho tú?

—Geraldine. La acomodadora de Keith's. Te he hablado de ella.

—¡Ah!

—Fue a visitarme a las tres y se quedó hasta las cinco. Una criatura muy peculiar... su absoluta estupidez me tiene fascinado.

Maury guardó silencio.

—Aunque parezca extraño —continuó Anthony—, por lo que a mí se refiere e incluso hasta donde alcanzan mis conocimientos, Geraldine es un dechado de virtud.

Hacía un mes que la conocía; era una muchacha de costumbres indefinidas y nomádicas. Alguien se la había pasado a Anthony de manera fortuita, y el joven Patch la encontraba divertida y había disfrutado con los castos y etéreos besos que le dio la tercera noche de su amistad, cuando paseaban en taxi por Central Park. Geraldine tenía una imprecisa familia: unos nebulosos tíos que compartían con ella un apartamento en la laberíntica zona de las calles cien. Era útil para hacerle compañía: un objeto familiar, tranquilizante e incluso vagamente íntimo. Anthony no sentía deseos de llevar más lejos el experimento: no por escrúpulos morales, sino por el temor de permitir que cualquier enredo enturbiara la creciente serenidad de su vida, serenidad que ya sentía como una realidad palpable.

—Tiene dos trucos —informó a Maury—; uno de ellos es echarse el pelo sobre los ojos y luego apartarlo soplando, y el otro, decir «¡Estás completamente loco!» cuando alguien hace un comentario por encima de sus posibilidades. Es una cosa que me fascina. Me paso horas y horas con ella, interesadísimo por los síntomas maníacos que Geraldine descubre en mi imaginación.

Maury cambió ligeramente de posición y habló:

—Es sorprendente que una persona entienda tan poco y, sin embargo, sea capaz de vivir en una civilización tan compleja. Una mujer así toma el universo entero de la manera más prosaica. Desde la influencia de Rousseau al impacto de las tarifas arancelarias en su cena, los complejos fenómenos de la civilización le resultan totalmente extraños. Se ha visto transportada desde una edad de puntas de lanza y ha venido a caer aquí, tan bien preparada como un arquero para tomar parte en un duelo a pistola. Se podría hacer desaparecer toda la corteza de la historia y nunca notaría la diferencia.

—Me gustaría que nuestro buen Richard escribiera acerca de ella.

—Anthony, estoy seguro de que no crees que merezca la pena escribir sobre esa chica.

—Lo mismo que sobre cualquier otra persona —contestó el joven Patch bostezando—. Precisamente hoy pensaba en la gran confianza que me inspira Dick. Mientras se ocupe de personas y no de ideas, y su inspiración nazca de la vida y no del arte, y siempre dando por sentado que se produzca el natural crecimiento, creo que llegará a ser un gran hombre.

—Yo pensaría que la aparición del cuaderno de notas con pastas negras prueba que ya está saliendo al encuentro de la vida.

Anthony se alzó apoyándose en el codo y respondió con vehemencia:

—Trata de salir al encuentro de la vida. Eso es algo que hacen todos los autores a excepción de los peores, pero en realidad la mayoría de ellos vive de alimentos predigeridos. La anécdota o el personaje pueden estar tomados de la vida, pero habitualmente el escritor los interpreta de acuerdo con el último libro que ha leído. Por ejemplo, supongamos que conoce a un capitán de la marina mercante y le parece un personaje original. La verdad es que ve el parecido entre este y el último capitán de la marina mercante creado por Dana, o por quienquiera que sea que crea capitanes de barco, y por consiguiente ya sabe cómo transportar al papel a su propio capitán. Dick, por supuesto, es capaz de poner por escrito cualquier personaje conscientemente pintoresco y parecido a otros personajes, pero ¿podría describir a su propia hermana con precisión?

Después estuvieron divagando durante media hora sobre literatura.

—Un clásico —propuso Anthony— es un libro con éxito que ha sobrevivido la reacción del período o de la generación inmediatos. Entonces se convierte en una cosa segura, como un estilo en arquitectura o en mobiliario. Ha adquirido una pintoresca dignidad que pasa a ocupar el lugar de la moda...

Al cabo de un rato el tema perdió momentáneamente su atractivo. El interés de los dos jóvenes no era especialmente técnico. Estaban enamorados

de las generalidades. Anthony había descubierto recientemente a Samuel Butler y sus aforismos llenos de vida le parecían la quintaesencia de la crítica. Maury, con una mente sazónada por la misma dureza de su plan de vida, parecía inevitablemente el más juicioso de los dos, pero en realidad, considerando los materiales que integraban sus respectivas inteligencias, no cabía decir que se diferenciaban en lo fundamental.

Fueron derivando de las letras a detalles anecdóticos de sus respectivas jornadas.

—¿Quién daba el baile?

—Una familia llamada Abercrombie.

—¿Por qué te quedaste hasta tan tarde? ¿Has conocido a una deliciosa joven recién presentada en sociedad?

—Sí.

—¿Lo dices en serio? —La voz de Anthony se alzó, denunciando sorpresa.

—No una recién presentada en sociedad, exactamente. Dijo que había ido a su primer baile hace ya dos inviernos en Kansas City.

—¿Algo así como un resto de temporada?

—No —contestó Maury con tono levemente divertido—. Creo que esa es la última cosa que se me ocurriría decir de ella. Parecía... bueno, daba la impresión de ser la persona más joven que había allí.

—No demasiado joven para hacerte perder el tren.

—Lo suficientemente joven. Una chica muy hermosa.

Anthony rio entre dientes dejando escapar su gruñido monosilábico.

—Maury, Maury, estás en la segunda infancia. ¿Qué quieres decir con muy hermosa?

Maury contempló el vacío sintiéndose impotente.

—Bueno, no sabría cómo describirla, excepto diciendo que es hermosa. Estaba... llena de vida. Masticaba pastillas de goma.

—¿Qué?

—Una especie de vicio menor. Tiene un temperamento nervioso. Dijo que siempre masticaba pastillas de goma en las meriendas con baile porque tenía que estar mucho tiempo en el mismo sitio.

—¿De qué hablasteis? ¿Bergson? ¿Bilfismo? ¿La inmoralidad de los bailes modernos?

Maury no se inmutó; su piel de felino no parecía conocer el contrapelo.

—A decir verdad, sí que hablamos de bilfismo. Su madre pertenece a la secta, por lo que parece. Pero, sobre todo, hablamos de piernas.

Anthony se echó a reír, subrayando su regocijo con amplios movimientos corporales.

—¡Dios santo! ¿Las piernas de quién?

—Las suyas. Habló mucho sobre sus piernas. Como si se tratara de un bibelot muy caro. Consiguió que sintiera un gran deseo de verlas.

—¿A qué se dedica? ¿Es bailarina?

—No; me enteré de que es prima de Dick.

Anthony se incorporó tan de repente, que el almohadón que estaba debajo se puso en pie como si estuviera vivo, para caer luego al suelo.

—¿Se llama Gloria Gilbert? —exclamó.

—Sí. ¿No es una chica extraordinaria?

—No podría decirlo, pero, si quieres un ejemplo de pesadez sin paliativos, su padre...

—Bueno —interrumpió Maury con implacable convicción—, su familia quizá resulte tan triste como una troupe de plañideras profesionales, pero yo me inclino a creer que ella es un personaje absolutamente auténtico y original. Tiene todos los signos externos de la típica madrina de una promoción de Yale, ya lo sé... pero es diferente, completamente diferente.

—¡Sigue, sigue! —le instó Anthony—. En cuanto Dick me dijo que tenía cabeza de chorlito, imaginé que sería alguien fuera de lo corriente.

—¿Fue eso lo que dijo?

—Me lo juró —replicó Anthony con otra de sus risas que eran como un bufido.

—Bueno, lo que él entiende por inteligencia en una mujer es...

—Lo sé perfectamente —interrumpió Anthony con vehemencia —; se refiere a unos superficiales conocimientos literarios llenos de errores.

—Eso es. El tipo de persona convencida de que el descenso anual de la moralidad en el país es una cosa muy buena o un signo ominoso. Una de dos: personas con quevedos o personas con pose. En cambio, esta chica hablaba de piernas. También habló de piel... la suya propia. Siempre de la suya. Me contó el tipo de bronceado que le gusta conseguir durante el verano y lo cerca que está de conseguirlo habitualmente.

—¿De manera que te quedaste embelesado por su voz de contralto?

—¡Su voz de contralto! No, ¡por el bronceado! Empecé a pensar en estar moreno. Traté de recordar el color que tenía la última vez que lo intenté hace cosa de dos años. Se me daba bastante bien y conseguía un color muy agradable, si no recuerdo mal.

Anthony volvió a hundirse entre los almohadones, agitado por la risa.

—¡Ha conseguido impresionarte, Maury!

Maury el guarda de playa de Connecticut. ¡Extra! ¡Heredera se escapa con socorrista debido a su voluptuosa pigmentación! ¡Descubierta después la existencia de sangre tasmana en su familia!

Maury suspiró; levantándose, se llegó hasta la ventana y alzó la persiana de hule.

—Nieva con fuerza.

Anthony, todavía riendo para sus adentros, no respondió.

—Otro invierno. —La voz de Maury desde la ventana era casi un susurro—. Nos hacemos viejos, Anthony. ¡Tengo veintisiete años, santo cielo! Me faltan tres para los treinta, y después seré ya eso que los estudiantes universitarios llaman un hombre de mediana edad.

Anthony guardó silencio un momento.

—Eres viejo, Maury —asintió finalmente—. Han aparecido las primeras señales de una senectud temblorosa y extraordinariamente disoluta: te has pasado la tarde hablando de tomar el sol y de las piernas de una dama.

Maury bajó la persiana de hule con un violento chasquido.

—¡Estúpido! —exclamó—. ¡Que tú me digas eso! Aquí me tienes, mi querido Anthony, como me tendrás durante una generación o más, consagrado a contemplar cómo unos seres alegres como tú o Dick o Gloria me dejáis atrás bailando y cantando, amándoos, odiándoos y conmoviéndoos eternamente. Y a mí solo me conmueve mi falta de emoción. Seguiré aquí sentado, llegará otra vez la nieve (algo digno de un Caramel que tomase notas), vendrá un nuevo invierno y yo cumpliré los treinta y tú y Dick y Gloria seguiréis emocionándoos eternamente y pasaréis a mi lado bailando y cantando. Pero después de que os hayáis ido todos, seguiré diciendo cosas para que las escriban otros Dicks, y seguiré escuchando las desilusiones y los comentarios cínicos y las emociones de nuevos Anthonys... sí, y hablaré con otras Glorias sobre los bronceados de nuevos veranos que todavía no han sido.

El fuego de la chimenea se agitó repentinamente. Maury, abandonando la ventana, removi6 las brasas con un atizador y puso otro leño sobre los

morillos. Luego volvió a sentarse en su sillón y lo que quedaba de su voz fue creciendo en volumen sobre el nuevo fuego que lanzaba destellos rojos y amarillos por toda la corteza del tronco recién añadido.

—Después de todo, tú eres el más joven y romántico, mi querido Anthony. Tú eres infinitamente más frágil que yo y te asusta mucho más que tu calma se vea turbada. Soy yo quien intenta conmoverse una y otra vez, quien quisiera abandonarse en mil ocasiones, pero sigue siempre siendo el mismo. Nada... consigue... estimularme. Y sin embargo —añadió Maury después de otra larga pausa—, había algo en esa chiquilla y en su absurdo bronceado que era eternamente viejo... igual que yo.

Turbulencia

Anthony se dio la vuelta en la cama, todavía medio dormido; sobre la contraventana había una mancha de sol, cuadriculada por las sombras de los nervios de plomo que sujetaban los cristales. La habitación estaba llena de luz matutina. La cómoda tallada del rincón y el insondable armario ropero ocupaban la habitación como oscuros símbolos de la indiferencia de la materia; solo la alfombra hacía señas a Anthony y se mostraba perecedera bajo sus pies percederos, y Bounds —horriblemente fuera de lugar con su cuello blando— estaba hecho de una sustancia tan evanescente como las gasas de aliento helado que salían de su boca. Se hallaba muy cerca de la cama, con la mano aún a la altura del sitio donde había estado tirando de la manta, con ojos de color castaño oscuro imperturbablemente fijos en su amo.

—¡Bows! —murmuró el soñoliento dios—. ¿Es usted, Bows?

—Sí, señor, soy yo.

Anthony movió la cabeza, hizo un esfuerzo para abrir los ojos y parpadeó triunfalmente.

—Bounds.

—¿Diga, señor?

—¿Podría usted...? —Un inevitable bostezo lo obligó a detenerse, mientras el contenido de su cerebro parecía revolverse en densa mezcolanza. Lo intentó de nuevo.

—¿Puede usted venir a eso de las cuatro y servir té y sándwiches o algo parecido?

—Sí, señor.

Anthony se dedicó a meditar con desoladora falta de inspiración.

—Unos sándwiches —repitió impotente—; de queso, de jalea y de pollo con aceitunas, por ejemplo. No se preocupe del desayuno.

El esfuerzo creador resultó excesivo. Anthony cerró los ojos agotado, dejó caer la cabeza hasta que descansó como un peso inerte, y renunció inmediatamente al control muscular reconquistado. Por una grieta de su mente se filtró el impreciso pero inevitable espectro de la noche anterior, que en este caso resultó ser únicamente una conversación —aparentemente interminable— con Richard Caramel, que había ido a visitarlo a medianoche; se habían bebido cuatro botellas de cerveza y masticado distraídamente cortezas secas de pan mientras Anthony escuchaba la lectura de la primera parte de *El amante demoníaco*...

Después de muchas horas llegó una voz hasta él. Anthony la ignoró, notando que el sueño lo rodeaba, descendía sobre él, se introducía por los caminos más apartados de su mente.

De repente se halló otra vez despierto, diciendo:

—¿Qué?

—¿Para cuántos, señor? —Era de nuevo Bounds, pacientemente inmóvil al pie de la cama. Bounds, que dividía sus irreprochables modales entre tres caballeros.

—¿Cuántos qué?

—Creo, señor, que sería conveniente saber el número de invitados. Tengo que hacer el cálculo de los sándwiches.

—Dos —murmuró Anthony con sequedad—; una dama y un caballero.

—Muchas gracias, señor —dijo Bounds, alejándose y llevándose consigo su humillante y reprobador cuello blando, reprobador para cada uno de los tres caballeros, que solo exigían de él una tercera parte.

Al cabo de mucho tiempo Anthony se levantó y cubrió su esbelta y agradable figura con una bata irisada de color marrón y azul. Con un último bostezo se trasladó al cuarto de baño y, encendiendo la luz del tocador (el cuarto de baño carecía de ventanas al exterior), se contempló en el espejo con cierto interés. Un aspecto desastroso, pensó; eso era lo que pensaba habitualmente por las mañanas: el sueño daba a su rostro una palidez anormal. Procedió a encender un cigarrillo y estuvo ojeando varias cartas y la edición matutina del *Tribune*.

Una hora más tarde, afeitado y vestido, se hallaba sentado en su escritorio examinando un trozo de papel que llevaba en la cartera, y en el que había tomado varias notas con letra semilegible: «Ver a Mr. Howland a las cinco. Cortarme el pelo. Ver qué pasa con la cuenta de Rivers. Ir a la librería».

Y debajo de la última: «Dinero en el banco, \$ 690 (tachado), \$ 612 (tachado), \$ 607».

Finalmente, en el extremo inferior y escrito precipitadamente: «Dick y Gloria Gilbert a tomar el té».

Esta última nota le produjo evidente satisfacción. Su día, habitualmente una entidad de consistencia gelatinosa, una cosa sin forma ni columna vertebral, había logrado la estructura del mesozoico. Se dirigía con paso seguro, incluso con gallardía, hacia un momento culminante, como debe suceder con una obra de teatro, y también con un día. A Anthony le asustaba el momento en que fuera necesario romper la espina dorsal del día, cuando por fin hubiera conocido a la muchacha y hablado con ella, y hubiera que cerrar la puerta tras de su risa con una inclinación de cabeza, volviendo a los melancólicos posos en las tazas de té y al aspecto cada vez más marchito de los sándwiches sobrantes.

Había una creciente falta de color en los días de Anthony. Lo sentía constantemente y a veces lo relacionaba con una conversación entre Maury Noble y él celebrada un mes antes. Que algo tan ingenuo y tan pedante como una sensación de tiempo malgastado le angustiara, era absurdo, pero no cabía negar el hecho de que alguna inoportuna supervivencia fetichística lo había empujado tres semanas antes hasta la biblioteca pública, donde, haciendo entrega de la tarjeta de Richard Caramel, recibió media docena de libros sobre el Renacimiento italiano. Que los libros citados permanecieran apilados sobre su escritorio todavía en el mismo orden, y que contribuyeran diariamente a aumentar el conjunto de sus deudas en doce centavos, no desvirtuaba su valor probatorio. Eran testigos en tela y piel de su apostasía. Anthony había vivido varias horas de intenso y sorprendente pánico.

Como justificación de su existencia figuraba en primer lugar, por supuesto, La Insensatez de la Vida. Como ayudantes y ministros, pajes y escuderos, mayordomos y lacayos de este gran Khan existían mil libros resplandeciendo en sus estantes; estaba su apartamento y todo el dinero que sería suyo cuando el anciano de Tarrytown se asfixiara con su última lección moral. Tenía la suerte de haberse librado de un mundo donde le amenazaban por doquier las jóvenes recién presentadas en sociedad y la estupidez de una multitud de Geraldines; lo que le correspondía hacer a él era más bien emular la felina inmovilidad de Maury y exhibir orgullosamente los resultados de una sabiduría acumulada durante sucesivas generaciones.

Por encima y contra todas estas cosas aparecía algo que su cerebro analizaba con perseverancia, considerándolo un molesto complejo, pero que, a pesar de ser rebatido con ayuda de la lógica, y valientemente pisoteado, le había hecho salir a la calle y atravesar la nieve derretida de finales de noviembre camino de una biblioteca donde no se encontraba ninguno de los libros que más deseaba. Resulta legítimo analizar a Anthony hasta donde él mismo era capaz de analizarse; ir más allá no sería, por supuesto, más que

presunción. El joven Patch descubrió dentro de sí un horror y una soledad crecientes. La idea de comer solo le asustaba; a menudo prefería hacerlo con personas que aborrecía. Viajar, que en otro tiempo le había encantado, le parecía, en último extremo, insoportable, algo con color pero sin sustancia, una caza fantasmal tras la sombra de sus propios sueños.

Si soy esencialmente débil, pensó, necesito un trabajo que pueda hacer. Le preocupaba la idea de ser, después de todo, nada más que una mediocridad con facilidad de palabra, sin contar siquiera con el aplomo de Maury o el entusiasmo de Dick. No querer nada parecía una tragedia, y sin embargo él quería algo. En ocasiones, durante breves instantes, sabía lo que era: una senda de esperanza que le condujera hacia lo que consideraba una inminente y ominosa ancianidad.

Después de unos cócteles y de almorzar en el Club de la Universidad, Anthony se sintió mejor. Había coincidido con dos de sus compañeros de promoción de Harvard, y, en contraste con la gris pesadez de su conversación, la vida del joven Patch pareció llenarse de color. Los dos estaban casados: uno de ellos dedicó la sobremesa a relatar una aventura extraconyugal ante las discretas y apreciativas sonrisas del otro. Ambos, pensó Anthony, eran Mr. Gilbert en embrión; el número de sus síes tendría que cuadruplicarse, sus caracteres avinagrarse con el paso de veinte años más; llegado el momento, no serían más que máquinas anticuadas que habrían dejado de funcionar, poseedoras de una pseudosabiduría y sin ningún valor, y que alcanzarían la completa senilidad gracias a los cuidados de mujeres que ellos mismos habrían destruido.

Él era más que aquello, pensó, mientras paseaba sobre la larga alfombra del salón de fumadores después del almuerzo, deteniéndose a veces junto a la ventana para contemplar el apresuramiento de la calle. Él era Anthony Patch, brillante, lleno de magnetismo, heredero de muchos años y muchos hombres. Aquel era su mundo ahora: y la última y definitiva ironía que anhelaba estaba a punto de convertirse en realidad.

Con juvenil inconsciencia se vio a sí mismo como un poder sobre la tierra; con el dinero de su abuelo podría edificar su propio pedestal y ser un Talleyrand, un lord Verulam. La claridad de su mente, su refinamiento, su polifacética inteligencia, llevados a la madurez y dominados por algún propósito todavía nonato, terminarían por proporcionarle una tarea. Al llegar a este punto su sueño se desvaneció... algún importante quehacer: intentó imaginarse a sí mismo en el Congreso, hozando en la porquería de aquella increíble pocilga entre las estrechas y porcinas frentes que veía a veces retratadas en las secciones de rotograbado de los periódicos dominicales, ¡entre los exaltados proletarios que impartían a la nación balbuceantes ideas de estudiantes de último curso de bachillerato! ¡Hombrecillos con ambiciones

triviales que mediante la mediocridad habían creído salir de la mediocridad al opaco y prosaico paraíso del gobierno por el pueblo; y los mejores, los doce hombres astutos situados en la cima, cínicos y egoístas, se contentaban con dirigir aquel coro de corbatas blancas y pasadores de alambre en la interpretación de un himno tan discordante como asombroso, integrado por una extraña mezcla de riquezas como recompensa de la virtud y riquezas como prueba del vicio, y también por continuos vítores a Dios, a la Constitución y a las Montañas Rocosas!

¡Lord Verulam! ¡Talleyrand!

De nuevo en su apartamento el ambiente gris volvió a imponerse. El efecto euforizante de los cócteles había desaparecido, dejándolo somnoliento, algo confundido y con inclinación al malhumor. ¿Lord Verulam, él? La simple idea resultaba penosa. Anthony Patch, sin historial de éxitos, sin valor, sin firmeza para aceptar la verdad cuando la tenía delante de los ojos. No era más que un tonto pretencioso, que se inventaba porvenires brillantes a base de cócteles y mientras tanto lamentaba, a escondidas y sin fuerzas para hacer otra cosa, el hundimiento de un insuficiente y lastimoso idealismo. Se había engalanado el alma de acuerdo con los gustos más sutiles y ahora echaba de menos los viejos desperdicios. Estaba vacío, tan vacío como una botella usada...

Sonó el timbre de la puerta. Anthony, poniéndose en pie, se acercó el auricular al oído. Era la voz de Richard Caramel, pomposa y humorística:

—Ha llegado miss Gloria Gilbert.

La hermosa dama

—¿Qué tal? —dijo el joven Patch, sonriendo y con la puerta entreabierta.

Dick hizo una inclinación de cabeza.

—Gloria, te presento a Anthony.

—¡Vaya! —exclamó ella, extendiendo una mano enguantada. Bajo el abrigo de pieles, su vestido era de un azul Alicia-en-el-País-de-las-Maravillas, con encajes blancos tiesamente serpenteantes alrededor de la garganta.

—Dame el abrigo.

Anthony extendió los brazos y una suave masa de piel marrón se derramó sobre ellos.

—Gracias.

—Bueno, Anthony, ¿qué te parece? —preguntó Richard Caramel de la manera más bárbara que imaginarse pueda—. ¿No la encuentras hermosa?

—¡Vaya! —exclamó la muchacha con expresión desafiante y sin embargo

impasible.

Era cegadora como una hoguera, y resultaba inútil tratar de abarcar su belleza con una mirada. Sus cabellos, llenos de celestial fascinación, se transformaban en un grito de alegría frente al color invernal del cuarto.

Anthony, moviéndose de aquí para allá como un mago, transformó en esplendor anaranjado la lámpara con forma de seta. El fuego recién avivado dio lustre a los morillos de cobre.

—Me he convertido en un bloque de hielo —murmuró Gloria con tono indiferente, mirando alrededor con ojos cuyas córneas eran de un blanco azulado extraordinariamente delicado y transparente—. ¡Qué fuego tan delicioso! Hemos encontrado un sitio donde se podía estar de pie sobre una especie de parrilla con barras de hierro por donde salía aire caliente... pero Dick no ha querido esperar allí conmigo. Le he dicho que se fuera solo y me dejara ser feliz.

Aquello resultaba suficientemente convencional. Gloria parecía hablar porque disfrutaba haciéndolo, sin esfuerzo alguno. Anthony, sentado en un extremo del sofá, examinó su perfil sobre el fondo que proporcionaba la lámpara: la exquisita regularidad de la nariz y del labio superior, la barbilla delicadamente proporcionada, en perfecto equilibrio sobre un cuello más bien corto. En fotografía debía de resultar totalmente clásica, casi fría... pero el resplandor de sus cabellos y sus mejillas, frágiles y encendidas al mismo tiempo, hacían de ella la persona más viva que Anthony había visto nunca.

—... Creo que tienes el mejor nombre de todos los que conozco —estaba diciendo y, al parecer, seguía hablando consigo misma; su mirada se posó un instante sobre él y luego siguió adelante, deteniéndose en las lámparas de brazo de estilo italiano que colgaban a intervalos de las paredes como luminosas tortugas amarillas, en las hileras de libros, y finalmente en su primo, situado al otro extremo—. Anthony Patch. Pero deberías tener cierto aspecto de caballo, con una cara muy larga y estrecha... e ir vestido con harapos.

—Esa es la parte que corresponde a Patch. ¿Cuál sería el aspecto de Anthony?

—Tienes pinta de Anthony —le aseguró ella con gran seriedad; a él le parecía que Gloria apenas le había visto—; bastante majestuoso —continuó—, y solemne.

Anthony se permitió una sonrisa de desconcierto.

—Solo que a mí me gustan los nombres aliterados —continuó Gloria—, todos menos el mío, que es demasiado llamativo. Conocía a dos chicas que se

llamaban Jinks, e imagínate lo que hubiera sido si no llegan a llamarse como se llaman: Judy Jinks y Jerry Jinks. Bonito, ¿verdad? ¿No te parece? —Su boca infantil quedó entreabierta, esperando una respuesta.

—En la próxima generación —sugirió Dick—, todo el mundo se llamará Peter o Barbara, porque en el momento actual todos los personajes literarios atractivos se llaman así.

Anthony continuó la profecía:

—Por supuesto, Gladys y Eleanor, después de haber adornado la anterior cosecha de heroínas y de encontrarse ahora ocupando los mejores puestos de la sociedad, serán relegadas a la próxima generación de dependientas...

—Desplazando a Ella y Stella —interrumpió Dick.

—Y a Pearl y Jewel —añadió Gloria cordialmente—, y a Earl, Elmer y Minnie.

—Y luego vendré yo —hizo saber Dick—, y recogiendo ese nombre pasado de moda, Jewel, se lo pondré a algún personaje pintoresco y fascinante, e iniciará de nuevo todo el ciclo.

La voz de Gloria recogió el hilo de la conversación y fue tejiéndola con una entonación levemente más aguda y semihumorística al final de cada frase — como para evitar interrupciones— y con intervalos de risas incorpóreas. Dick le había dicho que el criado de Anthony se llamaba Bounds: aquello a Gloria le parecía maravilloso. Dick había hecho un chiste malísimo con los apellidos de amo y sirviente, pero si había algo peor que un chiste sin gracia, dijo ella, era una persona que, como inevitable respuesta, obsequiaba al culpable con una mirada de fingida severidad.

—¿De dónde eres? —preguntó Anthony. Lo sabía, pero su belleza le había incapacitado para pensar.

—Kansas City, Missouri.

—La pusieron en circulación al mismo tiempo que prohibían los cigarrillos.

—¿Prohibieron los cigarrillos? Veo en eso la mano de mi santo abuelo.

—Es un reformador o algo parecido, ¿no es cierto?

—Hace que me ruborice por él.

—A mí me sucede lo mismo —dijo ella—. Detesto a los reformadores, sobre todo a los que tratan de reformarme a mí.

—¿Es que son muchos?

—Docenas. Desde «Querida Gloria», fumando tantos cigarrillos te echarás a perder el cutis a «Gloria, ¿por qué no te casas y te haces más juiciosa?».

Anthony se mostró totalmente de acuerdo con ella mientras se preguntaba interiormente quién podía haber tenido la temeridad de hablar así a semejante personaje.

—Y luego —continuó la muchacha—, vienen esos otros reformadores más sutiles que te cuentan las increíbles historias que han oído acerca de ti y cómo han luchado por defender tu reputación.

Anthony vio, por fin, que Gloria tenía los ojos grises, serenos y fríos, y cuando se posaron en él comprendió lo que Maury había querido decir al afirmar que miss Gilbert era muy joven y muy vieja al mismo tiempo. Siempre hablaba sobre sí misma como podría hacerlo una encantadora niña, y sus comentarios sobre sus gustos y aborrecimientos eran espontáneos y sin afectación alguna.

—He de confesar —dijo Anthony con mucha seriedad— que hasta yo he oído algo acerca de ti.

Inmediatamente interesada, Gloria se irguió en el asiento. Sus ojos, tan grises y eternos como un risco de granito erosionado, se apoderaron de los de Anthony.

—Cuenta. Me lo creeré. Siempre creo las cosas que me cuentan acerca de mí misma. ¿A vosotros no os pasa eso?

—Invariablemente —concedieron sus dos interlocutores al unísono.

—Bueno, cuéntamelo.

—No estoy seguro de que deba hacerlo —bromeó Anthony, sonriendo a pesar suyo. Gloria estaba a todas luces interesada, en un estado de ensimismamiento casi risible.

—Se refiere a tu apodo —dijo su primo.

—¿Cuál? —quiso saber Anthony, cortésmente sorprendido.

Gloria se asustó primero, y luego empezó a reír, recostándose contra los cojines y alzando los ojos al cielo mientras hablaba:

—Gloria de Costa a Costa. —Su voz estaba llena de risas, risas tan sutilmente distintas como las diferentes sombras que fuego y lámpara creaban sobre su pelo—. ¡Cielo santo!

Anthony seguía tan sorprendido como antes.

—¿Qué significa eso?

—Soy yo. Es el nombre que unos tontos se inventaron para mí.

—¿No lo entiendes, Anthony? — explicó Dick—, viajera de fama nacional y todo eso. ¿No es lo que tú habías oído? Hace años que se lo llaman... desde que tenía diecisiete.

Los ojos de Anthony se entristecieron burlonamente.

—¿Quién es este Matusalén femenino que me has traído, Caramel?

Gloria ignoró aquel comentario, y hasta es posible que más bien le molestara porque volvió inmediatamente al anterior tema de conversación.

—¿Qué es lo que has oído acerca de mí?

—Algo acerca de tu físico.

—Ah —dijo ella, con tranquila desilusión—, ¿nada más?

—Tu bronceado.

—¿Mi bronceado?

Estaba sorprendida. Se llevó la mano a la garganta y la mantuvo allí un instante, como si sus dedos estuvieran apreciando variaciones de color.

—¿No te acuerdas de Maury Noble? Un sujeto que conociste hace cosa de un mes. Le causaste una gran impresión.

Gloria estuvo pensando un momento.

—Sí, ya recuerdo... pero no vino a verme después.

—Le dio miedo, estoy seguro.

Fuera, la oscuridad era ya completa y Anthony se preguntó si su apartamento había parecido gris alguna vez: tan cálidos y amistosos eran los libros y los cuadros en las paredes, y el bueno de Bounds ofreciendo el té desde una respetuosa penumbra, y tres personas tan agradables derramando oleadas de interés y de risas a un lado y otro de un fuego tan alegre.

Insatisfacción

El jueves por la tarde Gloria y Anthony tomaron juntos el té en la parrilla del Plaza. El traje con adornos de miss Gilbert era gris —«porque con gris hay que ponerse mucho maquillaje», le explicó ella— y llevaba además un sombrerito graciosamente inclinado, que permitía flamear en toda su gloria a algunos de sus rizos dorados. Bajo aquella luz más fuerte a Anthony le parecía que su personalidad era infinitamente más dulce: Gloria parecía muy joven, apenas cumplidos los dieciocho; su silueta, bajo la ajustada envoltura que la cubría —conocida por entonces como falda de medio paso—, era asombrosamente flexible y esbelta, y sus manos, ni «artísticas» ni rechonchas,

eran tan pequeñas como las manos de una niña.

Al entrar ellos, la orquesta estaba atacando los primeros gemidos de una machicha brasileña, un aire lleno de castañuelas y de superficiales armonías de violín vagamente lánguidas, apropiado para la abarrotada parrilla de invierno, llena de excitados universitarios de muy buen humor por la proximidad de las vacaciones. Gloria consideró cuidadosamente diferentes posibilidades, y condujo a su acompañante dando un rodeo hasta una mesa para dos en el ángulo más apartado del salón, cosa que Anthony encontró más bien irritante. Alcanzada la mesa, Gloria se detuvo de nuevo a reflexionar. Ella, ¿se sentaría a la derecha o a la izquierda? Sus hermosos ojos y labios estaban llenos de seriedad mientras hacía su elección, y Anthony pensó de nuevo en lo ingenuos que eran todos sus gestos; Gloria consideraba que podía escoger y distribuir todas las cosas de la vida como si continuamente estuviera recogiendo regalos para sí misma de un depósito inagotable.

Contempló abstraídamente a los que bailaban por unos momentos, comentando en susurros al acercárseles una pareja:

—Ahí tienes a una chica bonita vestida de azul. —Y al volver Anthony la vista obedientemente—: Allí no, detrás de ti, ¡ahí!

—Sí —asintió él débilmente.

—No la has visto.

—Prefiero mirarte a ti.

—Ya lo sé, pero era bonita. Aunque tenía unos tobillos demasiado gruesos.

—¿Sí? —dijo él con tono indiferente.

Desde una pareja que bailaba cerca de ellos les llegó la voz de la muchacha:

—¡Gloria! ¡Hola, Gloria!

—Hola, ¿qué tal?

—¿Quién es? —preguntó Anthony.

—No lo sé. Alguien. —Enseguida descubrió otro rostro—. ¡Hola, Muriel!
—Luego, volviéndose a Anthony—: Esa es Muriel Kane. Creo que es atractiva, aunque no mucho.

Anthony dejó escapar una risita ahogada.

—Atractiva, aunque no mucho —repitió.

Gloria sonrió, inmediatamente interesada.

—¿Qué tiene de divertido? —La intensidad de su interés tenía algo de

patético.

—Era divertido, sencillamente.

—¿Quieres bailar?

—¿Quieres tú?

—Me parece que sí. Pero será mejor seguir sentados —decidió enseguida.

—¿Y que hablemos de ti? Te encanta hablar de ti misma, ¿no es cierto?

—Sí. —Sorprendida en un rasgo de vanidad, se echó a reír.

—Imagino que tu autobiografía se convertirá en una obra clásica.

—Dick dice que no tengo biografía.

—¡Dick! —exclamó Anthony—. ¿Qué sabe él de ti?

—Nada. Pero dice que la biografía de toda mujer empieza con el primer beso que cuenta, y termina cuando coge en brazos a su último hijo.

—Puedes estar segura de que citaba una frase de su libro.

—Dice que las mujeres sin amor no tienen biografía, sino historia.

Anthony rio de nuevo.

—¡No creo que tú pretendas ser una mujer sin amor!

—Bueno, imagino que no.

—Entonces, ¿por qué no tienes biografía? ¿Nunca te han dado un beso que contar? —Mientras las palabras salían de sus labios, Anthony contuvo bruscamente la respiración como para evitar pronunciarlas. ¡Aquella criatura!

—No sé lo que quieres decir con «contar» —objetó Gloria.

—Me gustaría saber los años que tienes.

—Veintidós —dijo ella, mirándole a los ojos con mucha seriedad—. ¿Cuántos creías que tenía?

—Unos dieciocho.

—Voy a volver a tener esa edad. No me gusta tener veintidós. Es lo que más odio en el mundo.

—¿Tener veintidós años?

—No. Hacerme vieja y todo eso. Casarme.

—¿No quieres casarte nunca?

—No quiero responsabilidades ni tener que cuidar a un montón de niños.

Evidentemente Gloria no albergaba dudas de que todo lo que salía de sus labios era siempre bien recibido. Anthony esperó, casi conteniendo la respiración, a que dijera algo más, suponiendo que seguiría hablando de lo mismo. Su sonrisa era amable pero distante, y al cabo de unos momentos, de sus labios cayeron media docena de palabras en el espacio que los separaba:

—Me gustaría tener pastillas de goma.

—¡Las tendrás! —Anthony llamó a un camarero y le mandó por ellas.

—¿Te importa? Me encantan las pastillas de goma. Todo el mundo me toma el pelo porque siempre estoy masticando alguna... cuando mi padre no está delante.

—En absoluto... ¿Quiénes son todos estos chicos? —preguntó de repente —. ¿Los conoces a todos?

—¿Por qué? No, pero son de... bueno, de todas partes, supongo. ¿No vienes nunca aquí?

—Raras veces. Las «chicas de buena familia» no me interesan especialmente.

Aquellas palabras le ganaron inmediatamente la atención de Gloria. Dio claramente la espalda a los que bailaban, se acomodó en el asiento y preguntó:

—¿A qué te dedicas tú?

Gracias al cóctel que había tomado, a Anthony le agradó la pregunta. Tenía ganas de hablar y, además, deseaba causar impresión en aquella muchacha cuyo interés parecía tan exasperantemente escurridizo, en aquella muchacha que se detenía a ramonear en inesperados pastos y que pasaba a toda prisa sobre lo evidente aunque pareciera no serlo. Anthony quería exhibirse. Aparecer repentinamente ante ella con nuevos y heroicos colores. Sacarla de la indiferencia que manifestaba hacia todas las cosas con excepción de sí misma.

—No hago nada —empezó, dándose cuenta al mismo tiempo de que a sus palabras iba a faltarles el aire desenvuelto que anhelaba para ellas—. No hago nada, porque nada de lo que pueda hacer merece la pena.

—¿Bien? —No la había sorprendido, y ni siquiera interesado, pero sin duda le había entendido, si es que en realidad Anthony había dicho algo que mereciera entenderse.

—¿No te parecen bien los hombres perezosos?

Gloria movió la cabeza afirmativamente.

—Imagino que sí, si son elegantemente perezosos. ¿Es eso posible para un americano?

—¿Por qué no? —preguntó él, desconcertado.

Pero la mente de la muchacha había abandonado aquel tema, trasladándose diez pisos más arriba.

—Mi padre está enfadado conmigo — hizo notar desapasionadamente.

—¿Por qué? Pero antes quiero saber por qué es imposible para un americano ser elegantemente perezoso. —Las palabras de Anthony fueron ganando convicción—. Me sorprende muchísimo. Es..., es... no entiendo por qué la gente piensa que todos los jóvenes tienen que venir al centro y trabajar diez horas diarias durante los mejores veinte años de su vida para llevar a cabo tareas aburridas sin pizca de imaginación y en ningún caso altruistas.

Anthony se interrumpió. Ella lo contemplaba con ojos insondables. Estuvo esperando a que se mostrara de acuerdo o disintiera, pero Gloria no hizo ni lo uno ni lo otro.

—¿Nunca haces juicios acerca de las cosas? —le preguntó finalmente, algo exasperado.

La muchacha movió la cabeza y sus ojos contemplaron de nuevo la pista de baile mientras contestaba:

—No lo sé. No sé nada sobre... lo que debas hacer o sobre lo que deba hacer cualquier otra persona.

Su respuesta lo dejó confundido, impidiendo el flujo de sus ideas. Dar expresión a los propios pensamientos nunca le había parecido a Anthony tan deseable y tan imposible al mismo tiempo.

—Bueno —admitió él, como disculpándose—, yo tampoco, claro está, pero...

—Lo único que noto de las personas —continuó ella— es si parecen estar bien donde se hallan y encajan en la escena. No me importa que no hagan nada. No veo por qué tendrían que hacerlo; de hecho, siempre me asombra que alguien haga algo.

—¿Tú no deseas hacer nada?

—Quiero dormir.

Anthony se sobresaltó por un instante, como si Gloria hubiese dicho aquello literalmente.

—¿Dormir?

—Algo así. Solo quiero vivir indolentemente y que algunas de las personas a mi alrededor estén haciendo cosas, porque eso hace que me sienta cómoda y segura... y también quiero que otras no hagan nada, para que puedan ser

elegantes y me hagan compañía. Pero nunca quiero cambiar a la gente ni acalorarme por causa suya.

—Eres una determinista muy peculiar —rio Anthony—. El mundo es tuyo, ¿no es eso?

—Bueno... —dijo ella, alzando los ojos muy deprisa—, ¿no crees que sí? Mientras sea... joven.

Gloria había hecho una breve pausa antes de la última palabra y Anthony sospechó que había empezado a decir «hermosa». Sin duda alguna era esa su intención.

Los ojos de la muchacha brillaron con más fuerza, y Anthony aguardó a que hiciera algún otro comentario sobre aquel tema. Al menos había conseguido provocar sus confidencias... Anthony se inclinó ligeramente hacia delante para no perderse sus palabras.

Pero lo que dijo fue «¡Vamos a bailar!».

Admiración

Aquella tarde de invierno en el Plaza marcó el comienzo de una serie de «citas» que Anthony concertó con Gloria en los confusos y estimulantes días que precedieron a la Navidad. Miss Gilbert estaba invariablemente ocupada. Anthony tardó mucho tiempo en descubrir cuál era el particular estrato de la vida social de la ciudad que la reclamaba. Era un detalle que parecía tener muy poca importancia. Gloria asistía a bailes de caridad semipúblicos en los grandes hoteles; Anthony la vio varias veces en las cenas de Sherry's, y una vez, mientras esperaba a que se vistiese, mistress Gilbert, a propósito de la costumbre de «salir» de su hija, le recitó un asombroso programa para las vacaciones que incluía media docena de bailes a los que también Anthony estaba invitado.

En varias ocasiones almorzaron y tomaron juntos el té, pero los almuerzos eran siempre con prisas y, al menos para Anthony, oportunidades bastante poco satisfactorias, porque Gloria tenía los ojos cargados de sueño y se mostraba muy poco interesada, incapaz de concentrarse en nada ni de seguir el hilo de las observaciones que hacía su acompañante. Cuando al cabo de dos o tres comidas incoloras, Anthony acusó a la muchacha de ofrecerle tan solo los despojos del día, ella se echó a reír y accedió a que tomaran el té juntos tres días más tarde. Aquello resultó infinitamente más satisfactorio.

Un domingo por la tarde, justo antes de Navidad, Anthony fue a visitarla y la encontró en la pasajera calma inmediatamente posterior a una importante pero misteriosa pelea: Gloria le informó en un tono de voz mitad iracundo y mitad humorístico que acababa de expulsar a un hombre de su apartamento —

aquí Anthony se dedicó a hacer las cábalas más frenéticas—, que la persona en cuestión iba a dar una cena íntima en su honor aquella misma noche y que, por supuesto, no tenía intención de asistir. De manera que Anthony la llevó a cenar.

—¡Vayamos a ver algo! —propuso ella mientras bajaban en el ascensor—. Me apetece un espectáculo. ¿A ti no?

Pero al preguntar en el mostrador del hotel, solo supieron darles razón de dos «conciertos» para el domingo por la noche.

—Son siempre los mismos —se quejó ella amargamente—; los mismos viejos comediantes con acento y yiddish. ¡Vayamos a algún otro sitio!

Para ocultar la desagradable sospecha de que tendría que haber organizado algún espectáculo para lograr la aprobación de Gloria, Anthony adoptó un aire de despreocupada suficiencia.

—Iremos a un buen cabaret.

—He estado en todos los de la ciudad.

—Bueno, encontraremos uno nuevo.

Gloria estaba de pésimo humor; eso era evidente. Sus ojos grises eran realmente de granito en aquel momento. Cuando no hablaba, se limitaba a mirar hacia delante, como si contemplara alguna desagradable abstracción localizada en el vestíbulo del hotel.

—De acuerdo, vámonos entonces.

Anthony la siguió —siempre grácil aunque fuese envuelta en pieles— hasta el taxi y, con el tono de quien tiene en mente un lugar determinado, indicó al chófer que siguiera hasta Broadway y luego torciera en dirección sur. Hizo varios intentos de entablar conversación, pero como ella adoptó una impenetrable coraza de silencio y le contestó con frases tan adustas como la fría oscuridad del interior del taxi, Anthony abandonó la lucha y, adoptando un talante similar, se hundió en un mortecino abatimiento.

Después de recorrer una docena de manzanas de Broadway, los ojos de Anthony tropezaron con un desconocido anuncio luminoso de grandes proporciones en el que se leía la palabra «Marathon» en gloriosas letras amarillas, adornada con hojas y flores eléctricas que brillaban y se desvanecían alternativamente sobre la húmeda y resplandeciente calzada. Se inclinó hacia delante, dio unos golpes en el cristal de separación y un momento después el portero negro se acercó para informarles. Sí, era un cabaret. Un cabaret estupendo. ¡El mejor espectáculo de la ciudad!

—¿Lo intentamos?

Dando un suspiro, Gloria arrojó el cigarrillo por la portezuela abierta y se dispuso a seguirlo; luego pasaron bajo el rótulo que parecía dar gritos, bajo la amplia entrada, y finalmente llegaron gracias a un sofocante ascensor a aquel ignorado palacio de placeres.

Los alegres ambientes de los más ricos y de los más pobres, de los más elegantes y de los más delincuentes —para no mencionar a los más bohemios, tan explotados últimamente—, se dan a conocer a las asombradas colegialas de Augusta, en Georgia, y de Redwing, en Minnesota, no solo gracias a las fascinantes páginas dobles, cubiertas de fotografías, de los suplementos teatrales de los periódicos dominicales, sino también a través de los ojos sobresaltados y llenos de alarma de Mr. Rupert Hughes y otros cronistas del desquiciado caminar de América. Pero las excursiones de Harlem a Broadway, las picardías de los aburridos y las parrandas de los respetables se convierten en materia de saberes esotéricos, reservados únicamente a los mismos participantes.

Circula un rumor, y en el sitio discretamente mencionado se reúnen —los sábados y domingos por la noche— las clases bajas en reservas morales: los hombrecillos angustiados que las historietas de los periódicos designan como «el Consumidor» o «el Público». Previamente se han asegurado de que el lugar reúne estas tres condiciones: es barato; imita con una especie de rutinaria y vulgar nostalgia las resplandecientes decoraciones de los grandes cafés del distrito teatral; y, lo más importante, es un sitio adecuado para «llevar a una chica decente», lo que quiere decir, por supuesto, que todos ellos —gracias a la falta de dinero y de imaginación— se han convertido en seres igualmente inofensivos, tímidos y carentes de interés.

Ahí se reúnen los domingos por la noche gentes crédulas, sentimentales, mal pagadas y que trabajan más de la cuenta: contables, oficinistas, vendedores, empleados de telégrafos, empleados de correos, empleados de banco, dependientes de tiendas de comestibles... Con ellos están sus mujeres, que ríen como colegialas, gesticulan exageradamente y resultan patéticamente presuntuosas; que engordarán en su compañía, les darán demasiados hijos y flotarán desvalidas y descontentas sobre un incoloro océano de tareas monótonas y esperanzas perdidas.

A estos cabarets chillones se les ponen nombres de coche cama. ¡El Marathon! No son para ellos los símiles salaces que proporcionan los cafés de París. Aquí es donde una dócil clientela trae a sus «chicas decentes», cuya famélica imaginación les predispone a creer gustosamente que el escenario es comparativamente alegre y bullicioso, e incluso hasta un poquito inmoral. ¡Esto es vivir! ¿A quién puede preocuparle el mañana?

¡Pobres gentes abandonadas!

Anthony y Gloria se sentaron y miraron a su alrededor. En la mesa vecina, a un grupo de cuatro se estaba incorporando otro de tres, dos hombres y una muchacha que llegaban evidentemente tarde; y los modales de la chica permitían hacer todo un estudio de sociología nacional. Le estaban presentando a los otros hombres, y fingía de la manera más desesperada. Mediante gestos, palabras y movimientos apenas perceptibles de los párpados fingía pertenecer a una clase un poco superior a aquella con la que ahora tenía que relacionarse; daba a entender que muy poco antes había formado parte de una atmósfera más elevada y selecta y que muy pronto volvería a esa situación superior. Resultaba casi penosamente refinada, y llevaba un sombrero del año anterior, cubierto con violetas tan anhelantemente pretenciosas y palpablemente artificiales como ella misma.

Fascinados, Anthony y Gloria contemplaron cómo la muchacha se sentaba y conseguía irradiar la impresión de que solo estaba condescendentemente presente. Para mí, decían sus ojos, esto es prácticamente una expedición a los barrios bajos, y exige inevitablemente risas de menosprecio y una actitud como de disculpa.

Y las otras mujeres también irradiaban apasionadamente la impresión de que a pesar de estar en una multitud no formaban parte de ella. Aquel no era el tipo de local al que estaban acostumbradas; habían entrado allí porque estaba a mano y resultaba conveniente: todos los grupos del restaurante irradiaban la misma impresión... quizá no fuera del todo falsa. Todos ellos cambiaban constantemente de clase: las mujeres casándose mejor de lo que presagiaban sus escasas oportunidades, los hombres hallando de repente una veta de opulencia mediante una campaña publicitaria suficientemente absurda o la divinización de un cucurucho para helados. Mientras tanto, se reunían allí para comer, cerrando los ojos al significado de indicios tales como el infrecuente cambio de los manteles, la indiferencia de los músicos y actores del cabaret, y sobre todo del descuido en la forma de hablar y exceso de familiaridad por parte de los camareros. Era evidente que aquellos camareros no tenían en gran estima a sus clientes. Uno tenía la impresión de que muy pronto se sentarían con ellos a la mesa...

—¿Te parece mal esto? —preguntó Anthony.

El rostro de Gloria se animó, sonriendo por primera vez aquella noche.

—Me encanta dijo con toda franqueza. Era imposible poner en duda sus palabras.

Sus ojos grises vagaban de aquí para allá, deteniéndose, perezosos o despiertos, sobre cada grupo, para pasar luego al siguiente sin ocultar su satisfacción, de manera que Anthony tuvo ocasión de apreciar los diferentes méritos de su perfil, las expresiones maravillosamente vivas de su boca, y la

auténtica distinción de rostro, figura y modales que hacían de ella una flor única entre aquella colección de fruslerías sin valor. Al presenciar su felicidad, un delicioso sentimiento inundó sus ojos, le hizo difícil la respiración, le provocó un hormigueo nervioso por todo el cuerpo y le llenó la garganta de una emoción robusta y vibrante. Se produjo un silencio en la sala. Los descuidados violines y saxófonos, las quejas chirriantes y agudas de un niño cercano, la voz de la chica con violetas en el sombrero de la mesa vecina, todo empezó a moverse lentamente, alejándose, hasta desaparecer como reflejos incorpóreos sobre el suelo resplandeciente; y ellos dos —le parecía a Anthony— estaban solos e infinitamente distantes, tranquilos. Seguramente la frescura de las mejillas de Gloria era la sutil proyección de una tierra de delicadas sombras todavía por descubrir; su mano, brillante sobre el mantel manchado, era una concha salida de un mar remoto y exóticamente virginal...

Luego la ilusión se quebró bruscamente como un hilo demasiado tenso; la sala se reagrupó de nuevo a su alrededor, voces, caras, movimiento; el resplandor chillón de las luces del techo se hizo real, prodigioso; se reanudó la lenta respiración que Gloria y él compartían con aquel dócil centenar de personas, el alzarse y descender de los pechos, la eterna y absurda acción e interacción, el eterno y absurdo arrojar y repetir palabras y frases: todas estas cosas abrieron los sentidos de Anthony a la sofocante presión de la vida; y finalmente le llegó la voz de ella, fresca como el sueño en suspenso que Anthony había dejado atrás.

—Este es mi sitio —murmuró ella—. Soy como esta gente.

Por un instante, a Anthony le pareció aquello una sardónica e innecesaria paradoja, arrojada a través de la distancia infranqueable que Gloria creaba a su alrededor. Su embelesamiento se había hecho más profundo; tenía los ojos fijos en un violinista semítico que balanceaba los hombros al ritmo del fox-trot más acaramelado del año:

Something... goes

Ring-a-ting-a-ling-a-ling

Right in your ear ...

Gloria habló de nuevo, desde el centro de aquella ilusión suya que lo llenaba todo. Anthony se sintió lleno de asombro. Era como oír una blasfemia de la boca de un niño. —Soy como ellos; soy como las linternas japonesas y las tiras de papel, y como la música de esa orquesta.

—¡Eres una joven estúpida! —exclamó él con vehemencia.

—No, no es cierto. Soy como ellos... Tendrías que verme... No me conoces. — Gloria vaciló y sus ojos se volvieron hacia él, deteniéndose

bruscamente, como finalmente sorprendida de verlo allí—. Tengo una veta de eso que tú llamarías mezquindad. No sé de dónde procede, pero está ahí... cosas como esta y colores vistosos y vulgaridad chillona. Este parece ser mi sitio. Esas personas podrían apreciarme y considerarme como una más, y esos hombres se enamorarían de mí y me admirarían, mientras que los tipos inteligentes que conozco se limitan a analizarme y a decir que soy esto por esta razón o que soy aquello por aquella otra razón.

Anthony, de momento, deseaba pintarla más que ninguna otra cosa, fijarla tal como era, tal como con cada inevitable segundo dejaría de ser para siempre.

—¿En qué pensabas? —preguntó ella.

—Tan solo que no soy realista — dijo él, y añadió—: No; solo el romántico preserva las cosas que merecen ser preservadas.

Surgida del profundo refinamiento de Anthony se estaba formando la convicción, que nada tenía de atávica u oscura y que, incluso, apenas era física (convicción ligada a las fantasías de muchas generaciones de mentes), de que mientras Gloria hablaba, mientras se le quedaba mirando y movía aquella exquisita cabeza suya, le conmovía como nada le había conmovido nunca antes. La envoltura que contenía su alma había adquirido significado: eso era todo. Gloria era un sol radiante, que crecía recogiendo luz y almacenándola, para luego, al cabo de una eternidad, derramarla con una mirada, con el fragmento de una frase, sobre aquella parte de sí mismo que valoraba por encima de toda la belleza y la ilusión.

3. Experto en besos

Desde sus días de director del Harvard Crimson en la universidad, Richard Caramel había sentido deseos de escribir. Pero en su último año de estudiante se había dejado seducir por el espejismo de que algunos hombres estaban llamados a «servir» y que, al lanzarse al mundo, habían de llevar a cabo un algo impreciso pero muy ansiado que, a su vez, tendría como efecto una eterna recompensa o, al menos, la satisfacción personal de haber procurado el mayor bien posible para el mayor número posible de seres humanos.

Este ideal ha arrullado durante mucho tiempo a las universidades americanas. Surge, por regla general, ligado a la inmadurez y a las impresiones superficiales del primer curso; a veces, incluso, en los últimos años de bachillerato. Prósperos apóstoles conocidos por su emotiva manera de predicar recorren las universidades y, asustando a las mansas ovejas y embotando el

despertar de la curiosidad intelectual que es el fin de toda educación, destilan un misterioso sentimiento de pecado mediante su insistencia en los delitos de la infancia y en la omnipresente amenaza de las «mujeres». A estas conferencias acuden los jóvenes revoltosos a reírse y a hacer chistes y los tímidos a tragarse las sabrosas píldoras, píldoras que no harían ningún daño si se recetaran a mujeres de granjeros o a devotos mancebos de botica, pero que se convierten en medicina más bien peligrosa para estos «futuros dirigentes».

Esta enfermedad resultó ser lo suficientemente contagiosa como para afectar a Richard Caramel, logrando que empleara el primer año después de terminar sus estudios perdiendo el tiempo en los suburbios de Nueva York, junto con un grupo de perplejos italianos, como secretario de una Asociación para el Auxilio de Jóvenes Extranjeros. Trabajó en aquello más de un año antes de que la monotonía de sus tareas acabara por desanimarlo. Los extranjeros seguían llegando, inagotables —italianos, polacos, escandinavos, checos, armenios—, con los mismos agravios, con los mismos rostros extraordinariamente desagradables y hasta con los mismos olores, aunque Richard tenía la impresión de que estos últimos crecían en intensidad y se iban diversificando con el paso de los meses. Sus conclusiones finales sobre la utilidad del «servicio a los demás» fueron algo imprecisas, pero tajantes en lo relativo a su personal dedicación. Cualquier joven de buena voluntad, en cuya mente resonaran aún los ecos de la última cruzada evangélica, estaba en condiciones de conseguir tantos éxitos como él con los desechos de Europa... y ya era hora de que Richard Caramel empezara a escribir.

Había estado viviendo en un establecimiento del YMCA en el centro de la ciudad, pero cuando abandonó la tarea de redimir a los irredimibles, se trasladó a la parte alta de Nueva York y entró a trabajar inmediatamente como reportero del Sun. Se dedicó a esto durante un año, escribiendo de manera esporádica en los ratos libres, con muy poco éxito, hasta que cierto día un desafortunado incidente concluyó con brusquedad su carrera periodística. Una tarde de febrero se le asignó la confección de un reportaje sobre el desfile del Escuadrón A de la policía municipal. Ante la amenaza de una tormenta de nieve, Richard optó por dormirse delante de un buen fuego, y cuando despertó produjo una columna muy bien escrita sobre el apagado resonar de los cascos de los caballos sobre la nieve... y procedió a entregarla en el periódico. A la mañana siguiente, al director de la sección municipal le llegó un ejemplar del diario con el artículo de Caramel encuadrado en rojo y una breve nota explicatoria: «Despida a la persona que escribió esto». Al parecer, el Escuadrón A también se había percatado de que amenazaba nieve, y optado por posponer el desfile hasta otro día.

Una semana después Richard empezó El amante demoníaco...

En enero, el lunes de los meses, la nariz de Richard Caramel estaba de

color azul constantemente, un azul sardónico, que hacía pensar vagamente en llamas envolviendo a un pecador. Su libro estaba casi listo, y a medida que crecía en extensión parecía crecer también en exigencias, exprimiéndolo, subyugándolo, y Richard se limitaba a ir en seguimiento de su obra, demacrado y vencido. Caramel no confiaba sus esperanzas, fanfarronadas e indecisiones únicamente a Anthony y Maury, sino a cualquiera que conseguía convencer para que lo escuchara. Richard visitaba a corteses pero desconcertados editores y discutía su libro con cualquier persona que se le ponía enfrente en el Harvard Club; Anthony llegaba incluso a asegurar que se le había visto, un domingo por la noche, debatiendo la transposición del capítulo segundo con un revisor aficionado a la literatura en los fríos y deprimentes recovecos de una estación de metro en Harlem. Y la última de sus confidentes era mistress Gilbert, que se pasaba con él las horas muertas alternando entre bilfismo y literatura en un intenso fuego cruzado. — Shakespeare era bilfista —aseguraba la madre de Gloria, obsequiando a su interlocutor con una imperturbable sonrisa—. ¡Sí, sí! Era bilfista. Está demostrado.

Dick tendía a desconcertarse un poco ante aquello.

—Si has leído Hamlet, lo has tenido que notar forzosamente.

—Bueno, Shakespeare... vivió en una época más crédula... más religiosa.

Pero mistress Gilbert no se conformaba con tan poco.

—Sí, sí, claro, pero en realidad el bilfismo no es una religión. Es la ciencia de las religiones —explicaba con sonrisa desafiante. Aquella era la frase feliz de su credo. Había algo en la disposición de las palabras que se apoderaba de su mente de tal forma que la afirmación quedaba por encima de cualquier necesidad de definirse a sí misma. No es improbable que mistress Gilbert hubiese aceptado cualquier idea que encajara en aquella fórmula radiante, que quizá no fuera una fórmula, sino la reducción al absurdo de todas las fórmulas.

Finalmente, pero con gran esplendor, le llegaba su oportunidad a Dick.

—Has oído hablar del nuevo movimiento poético, ¿verdad? ¿No lo conoces? Se trata de un grupo de jóvenes poetas que están rompiendo con las viejas formas y haciendo mucho bien. Bueno, lo que yo iba a decir es que mi libro va a iniciar un nuevo movimiento en la prosa, una especie de renacimiento.

—Estoy segura de que así será —dijo mistress Gilbert rebosante de felicidad—. Estoy completamente segura. Fui a ver a Jenny Martin el martes pasado, ya sabes, la quiromántica que tanto le gusta ahora a todo el mundo. Le dije que mi sobrino estaba escribiendo una obra y ella respondió que sin duda me gustaría saber que iba a tener un éxito extraordinario. Pero no te ha visto

nunca ni sabe nada de ti... ni siquiera cómo te llamas.

Después de emitir los sonidos apropiados para expresar su asombro ante aquel sorprendente fenómeno, Dick apartó a un lado el tema propuesto por su tía como si él fuera un arbitrario guardia de tráfico y, por así decirlo, hizo señas a su propio tráfico para que avanzara.

—Estoy totalmente enfrascado, tía Catherine —le aseguró a mistress Gilbert—. Te lo aseguro. Todos mis amigos me toman el pelo... sí, claro, me doy cuenta de que tiene un lado humorístico y no me importa. Creo que todo el mundo debe saber aceptar una broma. Pero a mí me mantiene una especie de convicción —concluyó sombríamente.

—Siempre digo que tienes un alma antigua.

—Quizá sea así. —Dick había llegado a la etapa en que dejaba de luchar y se sometía. Tenía que tener un alma antigua, supuso ridículamente; tan antigua como para estar absolutamente podrida. Sin embargo, la repetición de la frase todavía le causaba cierta turbación y desagradables escalofríos por la espalda. Así que cambió de tema.

—¿Dónde está mi distinguida prima Gloria?

—Ha ido con alguien a algún sitio.

Dick hizo una pausa, meditó, y luego, torciendo la cara en una mueca que empezó siendo una sonrisa pero que terminó en un terrorífico fruncimiento de entrecejo, permitió que saliera de su boca el siguiente comentario:

—Creo que mi amigo Anthony Patch está enamorado de ella.

Mistress Gilbert se sobresaltó, sonrió satisfecha medio segundo demasiado tarde, y dejó escapar un «¿Es cierto?» en el tono susurrante adecuado para una obra policíaca.

—Al menos eso opino yo —corrigió Dick muy seriamente—. Nunca lo he visto salir tan asiduamente con otras chicas.

—Por supuesto —dijo mistress Gilbert con meticulosa indiferencia—. Gloria nunca se confía conmigo. Es una chica muy reservada. Entre tú y yo —se inclinó hacia delante con muchas precauciones, claramente decidida a que tan solo el cielo y su sobrino fuesen partícipes de su confesión—, entre tú y yo, me gustaría verla casada.

Dick se puso en pie y recorrió la habitación con pasos rápidos: un joven de corta estatura, activo, un tanto regordete, con las manos metidas en los abultados bolsillos de la chaqueta.

—No pretendo estar en lo cierto, compréndelo —le aseguró al grabado en acero que le sonreía con afectación—. No te cuento esto porque quiera que

Gloria lo sepa. Pero creo que el Loco Anthony está interesado, y muchísimo. Habla de ella constantemente. En cualquier otro eso sería una mala señal.

—Gloria tiene un alma muy joven... — empezó mistress Gilbert animadamente, pero su sobrino la interrumpió con una frase a gran velocidad:

—Gloria sería una estúpida muy joven si no se casara con él. —Luego se detuvo y se encaró con ella, su expresión un campo de batalla de líneas y hoyuelos, comprimidos y forzados hasta el máximo de sus posibilidades, como queriendo compensar con sinceridad cualquier posible indiscreción de sus palabras—. Gloria es una criatura de mucho cuidado, tía Catherine. No hay manera de controlarla. No sé cómo lo ha hecho, pero últimamente se ha buscado un grupo de amigos curiosísimos. No parece importarle. Y los tipos con los que solía pasearse por Nueva York eran... —Dick hizo una pausa para respirar.

—Sí, sí, sí —intervino mistress Gilbert, en un débil intento de ocultar el inmenso interés con que lo escuchaba.

—Bueno —continuó Richard Caramel con gran seriedad—, eso es lo que pasa.

Quiero decir que los tipos, y en general todas las personas con las que salía, eran de primera clase. Ahora no lo son.

Mistress Gilbert parpadeó muy deprisa; su pecho tembló, se alzó, manteniéndose así durante un instante, y al expulsar el aire sus palabras fluyeron también en un torrente.

Lo sabía, susurró; sí, claro, las madres se dan cuenta de estas cosas. Pero ¿qué podía hacer ella? Richard conocía bien a Gloria. Sabía lo suficiente como para no ignorar que era imposible razonar con su hija. Gloria había estado muy mimada, mucho más de lo corriente, desde luego. Por ejemplo, le habían seguido dando de mamar hasta los tres años, cuando probablemente ya estaba en condiciones de comer de todo. Quizá —nunca se sabe— era eso lo que había dado salud y aguante a toda su personalidad.

Y luego, desde que cumplió los doce, había tenido tantos chicos a su alrededor... tantos que casi era imposible moverse. A los dieciséis empezó a ir a los bailes en los institutos, y después a los de las universidades; y dondequiera que Gloria iba aparecían chicos y más chicos. Al principio, bueno, hasta que cumplió dieciocho, hubo tantos que ninguno parecía destacar sobre los demás, pero luego empezó a escoger.

Mistress Gilbert estaba al tanto de la existencia de toda una cadena de amoríos a lo largo de tres años, quizá una docena en total. Algunas veces habían sido universitarios; otras, chicos con la carrera recién terminada; cada

uno duraba varios meses por término medio, con aventuras más breves entre medias. En una o dos ocasiones las relaciones se habían prolongado más y la madre de Gloria había albergado la esperanza de que llegara a prometerse en matrimonio, pero siempre aparecía un nuevo chico, y luego otro...

¿Sus admiradores? Los hacía desgraciados, literalmente. Tan solo hubo uno que mantuviera una actitud relativamente digna, pero no era más que un niño, el joven Carter Kirby, de Kansas City, tan engreído que se había marchado una tarde empujado únicamente por su vanidad y al día siguiente salió para Europa con su padre. Los demás habían sufrido mucho. Nunca parecían darse cuenta de cuándo Gloria estaba ya cansada de ellos, y por otra parte la muchacha se mostraba muy pocas veces deliberadamente cruel. La seguían telefoneando, escribiéndole cartas, tratando de verla, haciendo largos viajes para seguirla por todo el país. Algunos habían hecho confidencias a mistress Gilbert, explicándole con lágrimas en los ojos que nunca podrían olvidarse de Gloria... pero al menos dos de ellos ya se habían casado... Ella, desde luego, parecía tirar a matar: Mr. Carstairs continuaba telefoneando una vez por semana y mandándole flores que Gloria ya no se molestaba en rechazar.

Mistress Gilbert estaba al tanto de que en varias ocasiones —por lo menos en dos— Gloria había llegado incluso a decir que sí: una vez a Tudor Baird y otra a un tal Holcome, en Pasadena. Mistress Gilbert estaba segura porque —aquello no debía salir de la habitación— ella volvió a casa inesperadamente y se encontró a Gloria comportándose, bueno, como alguien que ya ha dado el sí. Mistress Gilbert no había hablado con su hija, claro está. No le parecía del todo delicado y, además, estaba convencida en cada ocasión de que tardarían muy poco tiempo en anunciar públicamente su compromiso. Pero el anuncio nunca llegaba a producirse; lo que llegaba, en cambio, era un muchacho distinto.

¡Escenas! ¡Jóvenes paseándose por la biblioteca como tigres enjaulados! ¡Jóvenes lanzándose miradas feroces en el vestíbulo cuando uno llegaba y el otro se iba! ¡Jóvenes que seguían llamando por teléfono hasta que finalmente no quedaba otro remedio que colgar, interrumpiendo la comunicación! ¡Jóvenes que amenazaban con marcharse a Sudamérica...! ¡Jóvenes escribiendo las cartas más patéticas imaginables! (Tía Catherine no dijo nada en este sentido, pero Dick imaginó que sus ojos se habían posado sobre algunas de aquellas cartas).

... Y Gloria, entre lágrimas y risas, pesarosa, alegre, indiferente y enamorada, desgraciada, nerviosa, serena, en medio de una complicada devolución de regalos, trueque de fotografías en marcos inmemoriales, tomando baños calientes, dispuesta a empezar de nuevo... con el siguiente.

Esta situación se prolongó hasta adquirir un aire de permanencia. Nada hería, ni cambiaba, ni conmovía a Gloria. Hasta que, de pronto, un buen día, informó a su madre de que los universitarios la aburrían.

No volvería nunca a un baile en la universidad.

De esta forma había empezado el cambio... cambio no tanto en sus costumbres —porque seguía bailando y saliendo igual que antes— como en su actitud. Hasta entonces todo había sido una cuestión de orgullo, de vanagloria. Gloria había sido, probablemente, la joven belleza más celebrada y solicitada del país. ¡Gloria Gilbert de Kansas City! Ella se había alimentado de toda aquella admiración sin el menor miramiento, disfrutando de las multitudes a su alrededor, de cómo se fijaban en ella los hombres más atractivos, de los celos de las otras chicas; disfrutando de los fabulosos, por no decir escandalosos y (su madre se alegraba de poder desmentirlo) totalmente infundados rumores acerca de ella: por ejemplo, que una noche se había lanzado a la piscina de Yale con un traje de gasa.

Y después de disfrutar de todo ello con una vanidad que era casi masculina —había tenido todas las características de una deslumbrante carrera llena de triunfos—, el interés de Gloria se transformó repentinamente en estético, apartándose del mundo. Ella, que había sido la figura central en incontables fiestas, que se había deslizado llena de fragancia por innumerables salones de baile recogiendo el delicado tributo de tantos ojos, daba la impresión de haber perdido por completo el interés. A los que ahora se enamoraban de ella los despedía sin contemplaciones, casi enfadada. Salía sin oponer resistencia con los hombres más insignificantes. Rompía compromisos continuamente, no como en el pasado, debido a un sereno convencimiento de que no podía hacersele ningún reproche, de que el hombre al que insultaba volvería a ella como un animal doméstico, sino indiferentemente, sin desprecio ni orgullo. Raras veces se enfadaba con sus admiradores: se limitaba a bostezar en su presencia. A su madre le parecía —y era algo muy extraño— que se estaba convirtiendo en una mujer fría.

Richard Caramel escuchaba. Al principio permaneció de pie, pero al ver que el largo monólogo de su tía iba adquiriendo más contenido (aquí aparece reducido a la mitad, sin todas las referencias marginales a la juvenil alma de Gloria y a las angustias mentales de la propia mistress Gilbert) se apoderó de una silla y estuvo pendiente de sus palabras mientras la otra se deslizaba, entre lágrimas y quejas de impotencia, por la larga historia de la vida de Gloria. Cuando mistress Gilbert llegó finalmente al relato de aquel último año, a la historia de las colillas dejadas por todo Nueva York en ceniceros con inscripciones como «Midnight Frolic» y «Justine Johnson's Little Club», Richard empezó a asentir con la cabeza, primero despacio, luego cada vez más deprisa, hasta que, mientras ella concluía su narración con voz entrecortada, el

balanceo era ya tan desenfrenado que hacía pensar absurdamente en la cabeza de un muñeco articulado con alambre, y podía significar... casi cualquier cosa.

En cierto sentido el pasado de Gloria era una vieja historia para él. Lo había seguido con ojos de periodista, porque estaba decidido a escribir un libro sobre ella algún día. Pero en el momento presente su interés era exclusivamente familiar. Quería saber, específicamente, quién era aquel Joseph Bloeckman que había visto acompañando a Gloria en varias ocasiones; y aquellas dos muchachas que iban siempre con ella, «una tal» Rachel Jerryl y «cierta» miss Kane: ¿estaba claro que miss Kane no era de las personas que a uno se le ocurriría asociar con Gloria!

Pero el momento había pasado. Mistress Gilbert, después de ascender la colina de las confidencias, se disponía a deslizarse cuesta abajo a toda prisa por el trampolín del derrumbamiento. Sus ojos eran como un cielo azul visto a través de dos redondos marcos de ventana pintados de rojo. Le temblaba la boca.

Y en aquel momento se abrió la puerta, dando paso a Gloria y a las dos jóvenes recientemente mencionadas.

Dos mujeres jóvenes

—¡Vaya!

—¿Qué tal está usted, mistress Gilbert?

Miss Kane y miss Jerryl son presentadas a Mr. Richard Caramel.

—Este es Dick (risas).

—He oído hablar muchísimo de usted —dice miss Kane, entre una risita y un grito.

—¿Qué tal está usted? —dice miss Jerryl tímidamente.

Richard Caramel trata de moverse por la habitación como si su figura fuese mejor de lo que es. Se encuentra dividido entre su innata cordialidad y el hecho de que considera bastante vulgares a estas chicas... muy lejos del tipo Farmover, el centro de enseñanza donde había estudiado su prima.

Gloria ha desaparecido en el dormitorio.

—Haced el favor de sentaros —sonríe amablemente mistress Gilbert, que ya se ha recuperado por completo—. Quitaos los abrigos.

Dick teme que su tía haga algún comentario sobre la edad de su alma, pero olvida sus aprensiones mientras realiza un examen concienzudo, como corresponde a un novelista, de ambas jóvenes.

Muriel Kane procedía de una familia en alza de East Orange. Era baja más

que pequeña, y se hallaba audazmente situada entre la redondez y la gordura descarada. Tenía el pelo negro y llevaba un peinado muy complicado. Esto, en unión de sus hermosos ojos, algo bovinos, y de sus labios encendidos, contribuía a darle un parecido con Theda Bara, la conocida actriz cinematográfica. La gente le decía constantemente que era una vampiresa, y ella se lo creía. Abrigaba la esperanza de que le tuvieran miedo, y hacía siempre todo lo que podía en cualquier circunstancia para dar impresión de peligro. Un hombre con imaginación era capaz de ver la bandera roja que miss Kane llevaba siempre consigo, agitándola con gran violencia, suplicante, pero, a decir verdad, sin obtener éxitos espectaculares. También estaba tremendamente al día: conocía las últimas canciones, todas las últimas canciones; cuando cualquiera de ellas sonaba en el fonógrafo se ponía en pie, movía los hombros hacia atrás y hacia delante y chasqueaba los dedos; y si faltaba la música se acompañaba a sí misma tarareando.

Su conversación también estaba muy al día.

—No me importa —decía—; las preocupaciones me echarían a perder la figura. —Y enseguida—: No puedo tener los pies quietos cuando oigo esta melodía. ¡Vamos, chico!

Sus uñas eran demasiado largas y cuidadas, abillantadas hasta conseguir un extraño color rosado, como de fiebre. Llevaba una ropa demasiado ajustada, demasiado a la moda, de colores demasiado intensos; sus ojos resultaban demasiado pícaros, su sonrisa demasiado modesta. Toda ella casi no era otra cosa que una penosa exageración de pies a cabeza.

La otra muchacha tenía, evidentemente, una personalidad más sutil. Era una judía exquisitamente vestida, de cabellos oscuros y cutis lechosamente pálido. Parecía tímida y llena de dudas, y esas dos características acentuaban cierto delicado encanto que flotaba a su alrededor. Su familia era «episcopaliana», poseía tres boutiques muy elegantes en la Quinta Avenida, y vivía en un magnífico apartamento de Riverside Drive. A Dick le dio la impresión, al cabo de unos momentos, de que trataba de imitar a Gloria, y se preguntó por qué invariablemente todo el mundo quería imitar a las personas inimitables.

—¡Ha sido de lo más excitante! —estaba exclamando Muriel con gran entusiasmo—. Había una mujer muy rara detrás de nosotras en el autobús. ¡Completamente loca, estoy segura! No hacía más que hablar consigo misma sobre algo que le gustaría hacerle a alguien o algo parecido. Yo estaba muerta de miedo, pero Gloria, simplemente, no quería apearse.

Mistress Gilbert abrió la boca, convenientemente sorprendida.

—¿De verdad?

—Estaba completamente loca, desde luego. Pero no había razón para preocuparse, no nos hizo ningún daño. ¡Qué fea era, cielo santo! El hombre que estaba enfrente dijo que su cara le iría bien a una enfermera del turno de noche en una residencia para ciegos, y nos dio un ataque de risa, claro, así que el tipo aquel trató de ligar con nosotras.

Gloria salió enseguida de su dormitorio, y todas las miradas se volvieron hacia ella al unísono. Las otras dos muchachas retrocedieron a un oscuro segundo plano sin que nadie se diera cuenta ni las echara de menos.

—Hemos estado hablando de ti —dijo rápidamente—, tu madre y yo.

—Vaya —dijo Gloria.

Un silencio... Muriel se volvió hacia Dick.

—Usted es un gran escritor, ¿no es cierto?

—Soy escritor —reconoció él tímidamente.

—Siempre digo —continuó Muriel hablando con mucha seriedad— que si alguna vez tuviera tiempo de escribir todas mis experiencias conseguiría un libro maravilloso.

Rachel dejó escapar una risita aprobatoria; la inclinación de cabeza de Richard Caramel resultó casi majestuosa.

—Pero lo que no entiendo —siguió Muriel— es cómo puede usted sentarse y escribir. ¡Y poesía! Señor, ¡yo no consigo hacer que rimen dos líneas, aunque no creo que eso deba preocuparme!

Richard Caramel apenas logró sofocar una carcajada. Gloria masticaba una pastilla de goma de tamaño sorprendente con la mirada fija en la ventana y expresión de malhumor. Mistress Gilbert se aclaró la garganta, animándose de repente.

—Lo que sucede —dijo, haciendo una especie de comentario con valor universal—, es que no tienes un alma antigua, como Richard.

El poseedor del Alma Antigua respiró aliviado: ya no tenía que preocuparse, la frase estaba dicha.

Luego, como si hubiera estado meditándolo durante cinco minutos, Gloria hizo una repentina declaración:

—Voy a dar una fiesta.

—¿Vas a invitarme? —exclamó Muriel con burlona audacia.

—Será una cena. Siete personas: Muriel, Rachel y yo; y tú, Dick, y Anthony, y ese amigo vuestro, Noble, que me fue muy simpático... y

Bloeckman.

Muriel y Rachel cayeron en suaves y runruneantes éxtasis de entusiasmo. Mistress Gilbert parpadeó y sonrió luego con expresión radiante. Con aire indiferente, Dick intervino para preguntar:

—¿Quién es ese tal Bloeckman, Gloria?

Advirtiendo indicios de hostilidad, Gloria se volvió hacia él.

—¿Joseph Bloeckman? Trabaja en el cine. Vicepresidente de Films Par Excellence. Mi padre y él hacen muchos negocios juntos.

—Ah.

—Bueno, ¿venderéis o no venderéis?

Todos dijeron que sí. Se fijó una fecha para aquella misma semana. Dick se levantó, se puso el sombrero, el abrigo y la bufanda, y obsequió a todos por igual con una sonrisa.

—Hasta pronto —dijo Muriel, agitando la mano alegremente—, llámame por teléfono uno de estos días.

Richard Caramel se sonrojó por ella.

El deplorable fin del Chevalier O'Keefe

Era lunes y Anthony llevó a Geraldine Burke a almorzar al Beaux Arts; después subieron a su apartamento y el joven Patch sacó el carrito donde guardaba las bebidas alcohólicas, y escogió vermut, ginebra y ajeno para preparar el adecuado estimulante.

Geraldine Burke, la acomodadora de Keith's, le había servido de distracción durante varios meses. Geraldine pedía tan poco que Anthony estaba encantado con ella; y es que el joven Patch, desde que, a raíz de un lamentable flirteo con una chica de la buena sociedad el verano anterior, había descubierto que después de media docena de besos se consideraba de rigor una proposición matrimonial, se mostraba muy cauteloso con las chicas de su misma clase. No costaba ningún trabajo contemplar con ojo crítico sus imperfecciones: algún defecto en su apariencia física o una falta generalizada de delicadeza personal; pero a una acomodadora de Keith's era posible verla con una actitud diferente. Al propio criado se le pueden tolerar peculiaridades que serían imperdonables en un simple conocido de nuestra misma clase social.

Geraldine, acurrucada al pie del sofá, contemplaba a Anthony con ojos sesgados, apenas entreabiertos.

—Bebes todo el tiempo, ¿no es verdad? —dijo de repente.

—Bueno, supongo que sí —replicó Anthony, un tanto sorprendido—. ¿Tú no?

—Ni hablar. Voy a fiestas algunas veces, ya sabes, cosa de una vez a la semana, pero solo tomo dos o tres copas. Tú y tus amigos bebéis todo el tiempo. Juraría que te estás echando a perder la salud.

Anthony se sintió un tanto conmovido.

—Vaya, eres muy amable preocupándote por mí.

—Claro que me preocupo.

—No creas que bebo tanto —declaró él—. El mes pasado no probé ni una gota durante tres semanas. Solo me pongo realmente alegre una vez por semana, más o menos.

—Pero bebes todos los días y solo tienes veinticinco años. ¿Note queda ninguna ambición? ¿Has pensado en lo que serás a los cuarenta?

—Confío sinceramente en no vivir hasta entonces.

Geraldine chasqueó la lengua.

—¡Estás completamente loco! —dijo, mientras Anthony se preparaba otro cóctel; luego, añadió—: ¿Tienes algo que ver con Adam Patch?

—Sí, es mi abuelo.

—¿De verdad? —Estaba claramente emocionada.

—¡Pues claro!

—Eso tiene gracia. Mi padre trabajaba para él.

—Es un viejo muy raro.

—¿Es simpático? —preguntó ella.

—Bueno, en la vida privada casi nunca es innecesariamente desagradable.

—Cuéntame algo de él.

—Veamos —reflexionó Anthony—: Está completamente arrugado y le queda un resto de cabellos grises que, por alguna razón, siempre parecen arremolinados por el viento. Es una persona muy moral.

—Ha hecho mucho bien —dijo Geraldine con extraordinaria seriedad.

—¡Qué tontería! —se burló Anthony—. No es más que un necio pomposo con cabeza de chorlito.

La mente de Geraldine abandonó el tema y revoloteó en otra dirección.

—¿Por qué no vives con él?

—¿Por qué no me hospedo en una rectoría metodista?

—¡Estás completamente loco!

De nuevo Geraldine chasqueó suavemente la lengua para expresar su desaprobación. Anthony pensó en lo terriblemente moral que era aquella niñita perdida, y en lo moral que seguiría siendo después de que llegara la ola que inevitablemente la apartaría de las playas de la respetabilidad.

—¿Odias a tu abuelo?

—Es una pregunta que me hago a mí mismo. Nunca lo he querido. Nunca se quiere a las personas que hacen cosas por ti.

—¿Te odia él a ti?

—Mi querida Geraldine —protestó Anthony, frunciendo el entrecejo burlonamente—, haz el favor de tomarte otro cóctel. Le resulto molesto. Si fumo un cigarrillo, entra en la habitación arrugando la nariz. Es beato, pelma y algo hipócrita. Probablemente no te diría esto si no me hubiese bebido unas cuantas copas, pero no creo que tenga importancia.

El interés de Geraldine era muy tenaz. Sostenía la copa —que aún no había tocado— entre el índice y el pulgar mientras contemplaba a Anthony con ojos vagamente reverentes.

—¿Por qué lo llamas hipócrita?

—Bueno —dijo Anthony con tono impaciente—, quizá no lo sea. Pero no le gustan las cosas que a mí me gustan, y por lo tanto, en lo que a mí se refiere, es una persona sin interés.

—¡Hummm! —Su curiosidad parecía finalmente satisfecha. Geraldine se hundió en el sofá y bebió un sorbo del cóctel.

—Eres un tipo curioso —comentó con aire pensativo—. ¿Todas las chicas se quieren casar contigo porque tienes un abuelo rico?

—No, pero no se lo echaría en cara si lo hicieran. De todas formas, no tengo intención de casarme.

Geraldine se burló de aquello.

—Te enamorarás cualquier día. Claro que sí... estoy segura —dijo, moviendo la cabeza con profunda sabiduría.

—Sería estúpido tener demasiada confianza en uno mismo. Eso es lo que acabó con el Chevalier O'Keefe.

—¿Quién era ese?

—Un ser inventado por mí. El Caballero es la más auténtica de mis

creaciones.

—¡Loco de remate! —murmuró ella complacida, utilizando otra vez la tosca escala de cuerda con la que atravesaba todos los vacíos y se colocaba a la altura de sus superiores en inteligencia.

Subconscientemente, Geraldine sentía que así eliminaba distancias y ponía de nuevo a su alcance a la persona cuya imaginación se le escapaba.

—¡No! —protestó Anthony—, nada de eso, Geraldine. No tienes que jugar a ser la alienista del Caballero. Si no te sientes capaz de entenderlo, no lo traeré a tu presencia. Además, me sentiría un tanto incómodo debido a su lamentable reputación.

—Creo que estoy en condiciones de entender cualquier cosa que tenga sentido — contestó Geraldine, un tanto irritada.

—En ese caso, hay varios episodios en la vida del Caballero que pueden resultar entretenidos.

—¿Por ejemplo?

—Ha sido su prematura desaparición lo que me ha hecho pensar en él como tema adecuado para esta conversación. Me desagrada presentarlo por el final, pero parece inevitable que el Caballero entre de espaldas en tu vida.

—Bueno, ¿qué pasa con él? ¿Es que murió?

—¡Ya lo creo que sí! Y de esta manera: era irlandés, Geraldine, un irlandés seminovelesco: del tipo bravío con acento de persona bien nacida y pelirrojo. Marchó al exilio en los últimos tiempos de la caballería y, por supuesto, fue a parar a Francia. Ahora bien, Geraldine, el Chevalier O'Keefe tenía, al igual que yo, una debilidad. Le impresionaban profundamente las mujeres de toda clase y condición. Además de sentimental, era romántico, vanidoso, un hombre de pasiones desatadas, que no veía bien con un ojo y estaba casi completamente ciego del otro. Así que un varón vagabundeando por el mundo en estas condiciones está tan indefenso como un león sin dientes, y, lógicamente, el Caballero sufrió muchísimo durante veinte años a manos de una serie de mujeres que lo odiaron, lo utilizaron, lo aburrieron, lo irritaron, lo enfermaron, se gastaron su dinero y lo pusieron en ridículo: en resumen, y para utilizar la expresión mundana, lo amaron apasionadamente.

»Esto era un desastre, y como el Caballero, con la excepción de esta debilidad, de esta excesiva impresionabilidad, era un hombre con penetración, decidió librarse de una vez por todas de estas continuas sangrías a que se veía sometido. Con ese propósito se dirigió a un famosísimo monasterio de Champagne llamado... bueno, conocido, de manera anacrónica, con el nombre de San Voltaire. La regla de San Voltaire era que ningún monje descendiera

jamás al piso bajo del monasterio y que se dedicara al rezo y a la contemplación en una de sus cuatro torres, que llevaban los nombres de los cuatro mandamientos de la regla monástica: Pobreza, Castidad, Obediencia y Silencio.

»Cuando llegó el día que iba a presenciar la despedida del mundo del Caballero, mi héroe se sentía completamente feliz. Regaló todos sus libros en griego a su patrona, y envió su espada con funda de oro al rey de Francia; en cuanto a sus recuerdos de Irlanda, se los dio al joven hugonote que vendía pescado en la calle donde él se hospedaba.

»Luego cabalgó hasta San Voltaire, mató a su caballo a la puerta del monasterio y entregó el cuerpo al cocinero.

»Aquella noche a las cinco, el Caballero se sintió, por primera vez, libre del sexo para siempre. Ninguna mujer podía entrar en el monasterio, ni monje alguno bajar más allá del segundo piso. Así que mientras subía la escalera de caracol que lo llevaba a su celda en lo más alto de la Torre de la Castidad, se detuvo un momento junto a una ventana abierta, quince metros por encima del camino que se extendía a sus pies. Era todo tan hermoso, pensó el Caballero; aquel mundo que estaba a punto de abandonar, la lluvia dorada del sol sobre las mieses, la mancha de árboles a lo lejos, los viñedos, tranquilos y verdeantes, avivando el paisaje en muchas millas a la redonda... El Caballero apoyó los codos en el alféizar de la ventana y contempló el camino que serpenteaba a sus pies.

»Pero sucedió que en aquel momento, Thérèse, una campesina de dieciséis años de una aldea vecina, pasaba por el mismo camino a la altura del monasterio. Cinco minutos antes, el trozo de cinta que mantenía estirada una de sus medias se había gastado por completo, rompiéndose. Como era una muchacha extraordinariamente modesta, pensó en esperar hasta que llegara a su casa para reparar el desperfecto, pero le estaba resultando tan molesto que no pudo aguantarse por más tiempo. De manera que, cuando pasaba bajo la Torre de la Castidad, se detuvo y con un gesto gracioso se alzó la falda —lo menos posible, dicho sea en descargo suyo— para ajustarse la liga.

»En lo alto de la torre, el último llegado al antiguo monasterio de San Voltaire, como arrastrado hacia delante por una irresistible y gigantesca mano, se asomó a la ventana, y siguió asomándose cada vez más hasta que, repentinamente, uno de los sillares se aflojó bajo su peso, separándose de la argamasa con un sonido ahogado, y, primero la cabeza, luego patas arriba y finalmente en amplio y sobrecogedor remolino, el Chevalier O'Keefe se precipitó hacia la dura tierra y la condenación eterna.

»Thérèse quedó tan impresionada por lo ocurrido que no paró de correr hasta llegar a su casa, y por espacio de diez años dedicó una hora todos los

días en secreta plegaria por el monje cuyos votos y cuya cabeza habían quedado simultáneamente rotos en aquella desgraciada tarde de domingo.

»En cuanto al Chevalier O'Keefe, sospechoso de suicidio, no fue enterrado en tierra consagrada, sino arrojado en un campo de los alrededores, donde sin duda mejoró la fertilidad de la tierra por espacio de largos años. Tal fue el prematuro final de un caballero muy valiente y enamorado. ¿Qué te ha parecido, Geraldine?

Pero Geraldine, que se había perdido mucho antes, solo fue capaz de sonreír pícaramente, señalarle con el índice, y repetir su fórmula para salvar todas las distancias y explicar todas las dificultades.

—¡Estás loco! —dijo—, ¡completamente loco!

El enjuto rostro de Anthony era todo amabilidad, pensó la muchacha, y sus ojos estaban llenos de dulzura. Le gustaba porque era arrogante sin ser engreído, y porque, a diferencia de los hombres que conocía en el teatro, le horrorizaba resultar llamativo. ¡Qué historia tan extraña y sin sentido! Pero había disfrutado con la parte acerca de la media.

Después del quinto cóctel Anthony la besó, y entre risas, caricias en broma y una llamarada de pasión muerta casi antes de nacer, dejaron pasar una hora. A las cuatro y media Geraldine afirmó que tenía una cita y se retiró al cuarto de baño para peinarse. Después de renunciar a que Anthony llamara un taxi, se detuvo unos momentos en el umbral de la puerta.

—Acabarás casándote —insistió—; espera y verás.

Anthony estaba jugando con una vieja pelota de tenis, y la hizo botar varias veces cuidadosamente contra el suelo antes de responder con una pizca de acidez:

—Eres medio tonta, Geraldine.

Ella sonrió provocativamente.

—Así que soy medio tonta, ¿eh? ¿Te apuestas algo?

—También eso sería una tontería.

—Claro, por supuesto. Bueno, pues yo apuesto a que te casas antes de un año.

Anthony hizo botar la pelota de tenis con mucha fuerza. Era uno de los días en que estaba más guapo, pensó Geraldine; una especie de intensidad había reemplazado la melancolía presente de ordinario en sus ojos oscuros.

—Geraldine —dijo finalmente—, en primer lugar no hay nadie con quien quiera casarme; en segundo lugar no tengo dinero suficiente para mantener a

otra persona; en tercer lugar estoy totalmente en contra del matrimonio para personas como yo; y en cuarto lugar, incluso la consideración abstracta de ese tema me desagrada profundamente.

Pero Geraldine se limitó a cerrar mucho los ojos con aire suficiente, a chasquear la lengua del modo habitual y a decir que tenía que marcharse. Era tarde.

—Llámame pronto —le dijo mientras Anthony le daba un beso de despedida—: Me he pasado tres semanas sin saber nada de ti.

—Te llamaré —le prometió él con mucho calor.

Anthony cerró la puerta y al volver a la sala de estar se quedó por un momento perdido en sus meditaciones, todavía con la pelota de tenis en la mano. Se acercaba uno de sus ataques de soledad, una de aquellas ocasiones en que paseaba por las calles o se quedaba inmóvil ante su escritorio, sintiéndose deprimido y sin saber qué hacer, capaz tan solo de morder la contera del lápiz. Era ensimismamiento sin consuelo, exigencia de expresión sin desahogo, sensación de paso veloz del tiempo incesante e inútilmente, aliviada tan solo por la convicción de que nada se perdía, porque todos los esfuerzos y todos los logros carecían igualmente de valor.

Pensó en voz alta, con violencia, porque se sentía herido y lleno de confusión:

—¡No tengo la menor intención de casarme, maldita sea!

Y movido de un repentino impulso lanzó violentamente la pelota de tenis contra el otro extremo de la habitación, donde estuvo a punto de chocar con la lámpara y, después de rebotar aquí y allá por unos momentos, acabó inmovilizándose sobre el suelo.

Luz de neón y luz de luna

Gloria había reservado una mesa en el restaurante Cascades del hotel Biltmore para celebrar su cena, y cuando los hombres se reunieron en el vestíbulo poco después de las ocho, «el tal Bloeckman» fue blanco de tres pares de ojos masculinos. Se trataba de un judío de unos treinta y cinco años, rubicundo y algo corpulento, con una cara expresiva bajo suaves cabellos de un rubio deslucido y cuya personalidad, sin duda, hubiese sido considerada atractiva en casi todas las reuniones de negocios. Bloeckman se acercó a los tres jóvenes que fumaban juntos mientras esperaban a su anfitriona, y se presentó con un aplomo que tenía algo de forzado; sin embargo, es dudoso que llegara a captar la impresión buscada por los otros de irónica frialdad: nada en sus modales indicaba que pudiera captar tales matices.

—¿Está usted emparentado con Adam J. Patch? —le preguntó a Anthony,

mientras lanzaba dos finas columnas de humo por unas ventanas de nariz demasiado anchas.

Anthony lo admitió con la sombra de una sonrisa.

—Es un hombre excelente —anunció Bloeckman con gran reverencia—. Todo un americano.

—Sí —asintió Anthony—; no hay duda de que lo es.

«Detesto a estos hombres poco hechos —pensó fríamente— con aire de no haber cocido lo bastante. Habría que meterlos otra vez en el horno; un minuto más sería suficiente».

Bloeckman miró de soslayo su reloj.

—Ya tendrían que haber aparecido esas chicas.

Anthony esperó a que terminara la frase conteniendo el aliento.

—... pero por otra parte —su sonrisa fue haciéndose más amplia— ya se sabe cómo son las mujeres.

Los tres jóvenes asintieron; Bloeckman miró distraídamente a su alrededor, deteniendo la vista en el techo con aire crítico y continuando luego hacia abajo. Su expresión combinaba la de un granjero del Medio Oeste calculando la cosecha de trigo y la de un actor que se pregunta si lo estarán observando: la actitud pública de todo buen americano. Al terminar su inspección se volvió rápidamente hacia el silencioso trío, decidido a llegarles al corazón con un solo golpe.

—¿Son ustedes universitarios...? Harvard, ¿no es eso? He visto que los chicos de Princeton han ganado a los suyos en hockey.

Mala suerte. Había fallado de nuevo. Sus interlocutores llevaban ya tres años fuera de la universidad y solo se interesaban por los partidos de fútbol americano. Es problemático que después del fracaso de esta intervención Mr. Bloeckman hubiera llegado a advertir que se hallaba en una atmósfera poco propicia, porque...

Llegó Gloria. Y con ella Muriel, y también Rachel. Después de un rápido «¡Hola, chicos!» pronunciado por Gloria y del que las otras dos muchachas se hicieron eco, las tres desaparecieron a toda velocidad en el tocador.

Instantes después Muriel volvió a presentarse en un estado de elaborada semidesnudez, y avanzó tímidamente hacia los otros invitados. Se hallaba en su elemento: el pelo, muy negro, lo llevaba liso y recogido detrás de la cabeza; se había oscurecido artificialmente los ojos, y despedía un intensísimo olor a perfume. Había hecho todo lo que estaba a su alcance para acicalarse como una sirena —vamp en el lenguaje popular—: Una mujer capaz de capturar

hombres sin hacer el menor esfuerzo y de despedirlos con la misma facilidad; una persona sin escrúpulos y sin sentimientos que juega con el afecto de los demás. Había un algo tan exagerado en su caracterización, que Maury se dejó fascinar desde el primer momento: ¡una mujer de amplias caderas que fingía poseer la elasticidad de una pantera! Mientras esperaban otros tres minutos a Gloria y —hay que suponerlo cortésmente— a Rachel, Maury no pudo quitarle los ojos de encima. Muriel volvía la cabeza, parpadeaba con gran revuelo de pestañas, y se mordía el labio inferior en una asombrosa exhibición de timidez. También apoyaba las manos en las caderas y se balanceaba al compás de la música, diciendo:

—¿Han oído ustedes alguna vez un ragtime tan perfecto? No consigo que mis hombros se comporten correctamente cuando lo oigo.

Mr. Bloeckman aplaudió galantemente.

—Tendría usted que actuar en el teatro.

—¡Me encantaría! —exclamó Muriel—; ¿usted me ayudará?

—Con mucho gusto.

Con la apropiada modestia, Muriel cesó en sus movimientos y se volvió hacia Maury, preguntándole lo que había «visto» aquel año. Él lo interpretó como una referencia al mundo del teatro, y ambos se entregaron a un alegre y satisfactorio intercambio de títulos, de la manera que se indica a continuación.

MURIEL. ¿Peg o' My Hearth?

MAURY. No, no.

MURIEL. (Con vehemencia) ¡Es maravillosa! Tiene usted que verla.

MAURY. ¿Ha visto usted Omar, the Tentmaker?

MURIEL. No, pero he oído que está muy bien. Tengo muchas ganas de verla. ¿Ha visto usted Fair and Warmer?

MAURY. (Esperanzadamente) Sí.

MURIEL. No es nada buena en mi opinión. Una cosa muy superficial.

MAURY (Débilmente) Sí, eso es verdad.

MURIEL. Pero anoche fui a ver Within the Law y me pareció muy buena. ¿Ha visto The Little Café?...

Esto continuó hasta que se les acabaron las obras de teatro. Dick, por su parte, se volvió hacia Mr. Bloeckman, decidido a extraer todo el oro posible de aquel filón tan poco prometedor.

—He oído que el cine compra todas las novelas nuevas en cuanto se

publican.

—Es cierto. No hay duda de que lo más importante de una película es que la historia tenga fuerza.

—Sí, claro, supongo que sí.

—Hay demasiadas novelas llenas de diálogos y de psicología. Esas, por supuesto, no nos sirven. Es imposible conseguir que gran parte del material resulte interesante en la pantalla.

—Lo que ustedes necesitan, sobre todo, son argumentos —dijo Richard con aire de haber llegado a una importante conclusión.

—Sí, claro. El argumento es lo primero... —Bloeckman hizo una pausa, desviando la mirada. La pausa se fue ampliando e incluyendo a los demás con toda la autoridad de un dedo amonestador. Gloria, seguida de Rachel, estaba saliendo del tocador.

Durante la cena llegó a saberse entre otras cosas que Joseph Bloeckman no bailaba nunca, y que durante las intervenciones de la orquesta se dedicaba a contemplar a los demás con la aburrida tolerancia de una persona mayor rodeada de niños. Era un hombre de apariencia digna y muy satisfecho de sí mismo. Nacido en Múnich, había empezado su carrera en América vendiendo cacahuetes en un circo ambulante.

A los dieciocho años anunciaba un espectáculo de barraca de feria; después pasó a ser el gerente del espectáculo y, poco más tarde, el propietario de un teatro de vodevil de segunda categoría. Justo en la época en que el cinematógrafo había dejado de ser una curiosidad para convertirse en una prometedora industria, Bloeckman era un ambicioso joven de veintiséis años con algo de dinero para invertir, acusadas ambiciones financieras y un buen conocimiento práctico del negocio del espectáculo a nivel popular. De aquello hacía ya nueve años. La industria cinematográfica le había alzado con ella mientras se deshacía de docenas de hombres con más habilidad financiera, más imaginación e ideas más prácticas... y ahora estaba allí sentado y contemplaba a la inmortal Gloria, por quien el joven Stuart Holcome había ido de Nueva York a Pasadena... la contemplaba y sabía que al cabo de un momento dejaría de bailar y vendría a sentarse a su izquierda.

Confiaba en que se diera prisa. Las ostras llevaban varios minutos esperándolos.

Mientras tanto, Anthony, que había sido colocado a la izquierda de Gloria en la mesa, estaba bailando con ella, siempre en el mismo reducido segmento de la pista. Esto, en el caso de haberse tratado de un baile al que los hombres asisten sin compañera, hubiese sido un delicado homenaje a la muchacha, con

el significado de «¡No se te ocurra quitármela cuando estoy bailando con ella!». En cualquier caso era un gesto de intimidación muy consciente de su propio valor.

—Vaya —empezó él, bajando los ojos hacia su pareja—, esta noche estás más encantadora que nunca.

Gloria le devolvió la mirada desde el medio pie de distancia que los separaba.

—Gracias, Anthony.

—De hecho, estás incómodamente hermosa —añadió él, sin acompañar esta vez sus palabras con una sonrisa.

—Y tú muy atractivo.

—¿No es estupendo? —rió él—. Ambos nos aprobamos mutuamente.

—¿Es que de ordinario tú no lo haces?

—Gloria no estaba dispuesta a dejar pasar aquella observación, como sucedía siempre con cualquier comentario inexplicado sobre sí misma, por vago que fuera.

Anthony bajó la voz, y al hablar su tono de chanza apenas resultó perceptible.

—¿Acaso los sacerdotes tienen que aprobar al Papa?

—No lo sé... pero es probable que ese haya sido el piropo más dudoso que me han dedicado nunca.

—Quizá sea capaz de obsequiarte con unos cuantos más normales.

—Bueno, no me gustaría que tuvieras que violentarte. ¡Mira a Muriel! Aquí mismo, junto a nosotros.

Anthony miró por encima del hombro. Muriel apoyaba una brillante mejilla sobre la solapa del esmoquin de Maury Noble y su empolvado brazo izquierdo estaba al parecer enroscado alrededor de su cabeza. Uno se veía obligado a preguntarse por qué Muriel no conseguía sujetarle el cogote con la mano. Los ojos de la muchacha, vueltos hacia el techo, giraban arriba y abajo; sus caderas se balanceaban, y al bailar se acompañaba cantando ininterrumpidamente en voz baja. Al principio las palabras parecían ser la traducción de la letra a algún idioma extranjero, pero finalmente sus frases se revelaron como un intento de rellenar los compases de la canción con las únicas palabras que Muriel conocía, las palabras del título.

He's a rag-picker, A rag-picker A rag-time picking man, Rag picking, picking, pick, pick Rag pick, pick, pick.

... y así sucesivamente, derivando hacia frases cada vez más extrañas y bárbaras. Al advertir las burlonas miradas de Anthony y Gloria, Muriel se limitó a responder con una débil sonrisa, cerrando los ojos a medias como para indicar que la música, al apoderarse de su alma, la había llevado a aquel éxtasis tan extraordinariamente seductor.

Al terminar la música todos volvieron a la mesa, cuyo solitario pero digno ocupante se puso en pie y ofreció a todos unas sonrisas tan elogiosas que era como si les estuviera estrechando la mano y felicitándoles por su brillante actuación.

—¡Blockhead no baila nunca! Creo que tiene una pierna de palo —hizo saber Gloria a la mesa en general. Los tres jóvenes se sobresaltaron y el caballero aludido dio un perceptible respingo.

Aquella era precisamente la única aspereza en las relaciones de Bloeckman con Gloria. Miss Gilbert le gastaba bromas a costa de su nombre de manera implacable. Al principio había sido «Block-house», pasando últimamente al más ofensivo «Blockhead». Él le había pedido con un fuerte trasfondo de ironía que lo llamara por su nombre de pila, cosa que ella hacía obedientemente varias veces... para caer de nuevo, impotente y arrepentida pero incapaz de contener la risa, en «Blockhead».

Era una cosa muy triste y desconsiderada.

—Mucho me temo que Mr. Bloeckman nos considera una compañía muy frívola —suspiró Muriel, agitando hacia él una ostra en precario equilibrio.

—Esa es la impresión que da —murmuró Rachel. Anthony trató de recordar si había dicho alguna otra cosa antes. Llegó a la conclusión de que no. Aquella había sido su primera observación.

Mr. Bloeckman se aclaró repentinamente la garganta y dijo con voz potente y gran nitidez:

—Por el contrario. Cuando un hombre habla, no es más que mera tradición. Todo lo más, tiene unos cuantos miles de años a sus espaldas. Pero la mujer, en cambio, es el milagroso portavoz de la posteridad.

Durante la pausa que siguió a aquella asombrosa observación, Anthony se atragantó de repente con una ostra y se apresuró a taparse la cara con la servilleta. Rachel y Muriel rieron suavemente pero con cierta sorpresa, risas a las que Dick y Maury se unieron, ambos con el rostro encendido y manteniendo contra la franca hilaridad una enconada batalla, perfectamente visible.

«¡Dios mío! —pensó Anthony—. Es un subtítulo de una de sus películas. ¡Se lo ha aprendido de memoria!»

Gloria fue la única que no emitió ningún sonido. Se limitó a clavar en Mr. Bloeckman una mirada de silencioso reproche.

—¡Por el amor del cielo! ¿Dónde demonios ha encontrado usted eso?

Bloeckman la miró vacilante, dudando de sus intenciones. Pero enseguida recobró el aplomo y la imperturbable y tolerante sonrisa de un intelectual entre una juventud caprichosa e inexperta.

Al mismo tiempo que llegaba la sopa de la cocina regresó del bar el director de la orquesta, donde había absorbido el color tonal inherente a una jarra de cerveza. De manera que la sopa estuvo enfriándose durante la interpretación de una balada con el título de «Todo está en casa menos tu mujer».

Luego llegó el champán, con lo que la fiesta adquirió un aire más alegre. Los hombres, excepto Richard Caramel, bebieron copiosamente; Gloria y Muriel se tomaron una copa cada una; Rachel Jerryl no lo probó. En cuanto a la música, todos ignoraron los vales pero bailaron lo demás, con la excepción de Gloria, que pareció cansarse al cabo de un rato y prefirió quedarse en la mesa fumando, con ojos alternativamente indiferentes o animados según estuviera escuchando a Bloeckman o contemplando a alguna mujer bonita entre los bailarines. Anthony se preguntó varias veces qué le estaría diciendo Bloeckman. El magnate cinematográfico mordía el puro llevándose de un extremo a otro de la boca, y después de la cena había pasado a acompañar sus palabras de gestos violentos.

Gloria y Anthony estaban empezando un baile cuando dieron las diez. En cuanto la muchacha se aseguró de que ya no podían oírla desde la mesa, dijo en voz baja:

—Acércate bailando hacia la puerta. Quiero bajar al drugstore.

Obedientemente, Anthony fue guiando sus pasos a través de la multitud en la dirección pedida; en el vestíbulo, Gloria lo abandonó un momento para reaparecer enseguida con una capa bajo el brazo.

—Necesito pastillas de goma —dijo ella, disculpándose en broma—; pero esta vez no puedes imaginarte para qué. Todo el tiempo quiero morderme las uñas y no lo haré si consigo unas pastillas de goma. —Gloria lanzó un suspiro y siguió hablando cuando entraron en el ascensor vacío—: Me las he estado mordiendo todo el día. Es que estoy un poco nerviosa, ¿sabes? Perdóname el juego de palabras. No lo he hecho aposta. Han sido las palabras solas. Gloria Gilbert, la payasa.

Al llegar al piso bajo, evitaron ingenuamente la confitería del hotel, descendieron la amplia escalinata de la entrada, y andando por varios

corredores encontraron un drugstore en Grand Central Station. Después de un minucioso examen de las distintas variedades de pastillas, Gloria efectuó su compra. Luego, obedeciendo a algún tácito impulso mutuo, se alejaron, del brazo, no en la dirección por donde habían venido, sino hacia la calle Cuarenta y tres.

El deshielo en marcha dotaba a la noche de una vida peculiar; había en el aire algo tan parecido a la tibieza, que una brisa que se deslizaba a baja altura por la acera le trajo inesperadamente a Anthony la visión de una primavera de jacintos. Por encima, en el azul rectángulo del cielo, y a su alrededor en la caricia del aire, la esperanza de una nueva estación ayudaba a liberarse de la atmósfera demasiado cargada que habían dejado atrás, y, durante un momento de quietud los ruidos del tráfico y el murmullo del agua corriendo por las cunetas parecieron una engañosa y sutil prolongación de la música a cuyo ritmo acababan de bailar. Cuando Anthony habló lo hizo con la seguridad de que sus palabras procedían de un algo jadeante y lleno de deseos que la noche había engendrado en el corazón de los dos.

—¿Por qué no cogemos un taxi y damos una vuelta? —sugirió sin mirarla.

¡Gloria, Gloria!

La portezuela de un taxi bostezó junto a la acera. Mientras se alejaba como una nave sobre un océano laberíntico entre las imprecisas masas nocturnas de los grandes edificios, entre gritos y sonidos metálicos tan pronto silenciados como estridentes, Anthony la rodeó con el brazo, la atrajo hacia sí y le besó la boca húmeda e infantil.

Ella no dijo nada. Volvió el rostro hacia él, pálido bajo los jirones y manchas de luz que se filtraban en el interior del coche como luz de luna entre follaje. Sus ojos eran ondas brillantes en el lago blanco de la cara; la sombra de los cabellos le enmarcaba la frente con una oscuridad sugestiva y distante al mismo tiempo. Sin duda no había amor allí; no quedaba la huella de ningún amor. Su belleza era tan fría como aquella brisa húmeda, como la húmeda suavidad de sus labios.

—Esta luz te transforma en un cisne — murmuró él al cabo de un momento. Había silencios tan susurrantes como sonidos. Había pausas que parecían a punto de saltar hechas añicos y que eran devueltas al olvido por la tensión de sus brazos en torno al cuerpo de Gloria y el convencimiento de que ella descansaba allí como una pluma sutil que había llegado a la deriva desde la oscuridad exterior para dejarse apresar. Anthony rio, silenciosa y exultantemente alzando el rostro y apartándolo de ella, en parte desbordado por una incontenible sensación de triunfo, y también, en parte, para que al verlo, Gloria no malograra la espléndida inmovilidad de su expresión. Un beso así... era como una flor apretada contra su rostro, algo indescriptible,

difícilmente recordable; como si su belleza estuviese dando emanaciones de sí misma que se detenían de manera transitoria para disolverse enseguida sobre su corazón.

... Los edificios quedaron atrás confundidos con sus sombras; estaban ahora en el parque, y al cabo de mucho tiempo el gran fantasma blanco del Metropolitan Museum pasó majestuosamente a su lado, prestando un sonoro eco agigantado al ruido del taxi.

—¡Por qué, Gloria! ¡Por qué!

Sus ojos parecieron mirarlo desde una distancia de miles de años; todas las emociones que pudiera haber sentido, todas las palabras que pudiera haber pronunciado, hubiesen parecido inadecuadas junto a la perfección de su silencio, desprovisto de elocuencia frente a la elocuencia de su belleza... y de su cuerpo, pegado al suyo, esbelto y frío.

—Dile que dé la vuelta —murmuró ella—, y que conduzca muy deprisa.

En el comedor del Biltmore hacía calor. La mesa, sembrada de ceniceros y servilletas usadas, tenía un aire antiguo de comida atrasada. Gloria y Anthony entraron en un descanso entre dos bailes, y Muriel Kane les miró con una expresión extraordinariamente pícara.

—Vaya, ¿dónde habéis estado?

—Llamando a madre —contestó Gloria fríamente—. Se lo había prometido. ¿Nos hemos perdido algún baile?

Luego se produjo un incidente que, aunque insignificante en sí mismo, dio a Anthony motivo de reflexión por espacio de muchos años. Joseph Bloeckman, muy recostado en su silla, clavó en él una mirada peculiar, en la que diferentes emociones se hallaban curiosa e inseparablemente mezcladas. El magnate cinematográfico se limitó a alzarse de su asiento y saludar a Gloria, e inmediatamente reanudó con Richard Caramel una conversación sobre la influencia de la literatura en el cine.

Magia

El total e inesperado milagro de una noche se difumina con la lenta muerte de las últimas estrellas y el parto prematuro de los primeros vendedores de periódicos. La llama regresa a algún remoto y platónico fuego; el hierro no está ya al rojo blanco ni brillan las ascuas del carbón.

Por las estanterías de la biblioteca de Anthony, que llenaba toda una pared, avanzó cautelosamente un frío e insolente rayo de sol que fue tocando con desaprobadora frigidez a Thérèse de Francia y a Ann la Supermujer, Jenny del Ballet Oriental y Zuleika la Maga —y a Cora de Indiana—, para descender luego un estante y retroceder en años, descansando misericordiosamente sobre

las sombras, tantas veces invocadas, de Helena, Thaïs, Salomé y Cleopatra.

Anthony, bañado y afeitado, se sentó en el más cómodo de sus sillones y estuvo contemplándolo hasta que, con el progresivo alzarse del sol, el rayo brilló un momento sobre el extremo de la alfombra para desaparecer acto seguido.

Eran las diez de la mañana. El Sunday Times, esparcido alrededor de sus pies, proclamaba mediante rotograbado y comentarios editoriales, mediante revelaciones sociales y páginas deportivas que el mundo había estado terriblemente ocupado durante la semana anterior en la tarea de avanzar hacia alguna meta espléndida aunque un tanto imprecisa. Anthony, por su parte, había hecho una visita a su abuelo, dos a su agente de bolsa y tres al sastre; y en la última hora del último día de la semana había besado a la más hermosa y encantadora de las muchachas.

Al llegar a casa la noche anterior su imaginación rebosaba de sueños exaltados que nada tenían de familiar. Repentinamente habían desaparecido las preguntas y el eterno problema que reclamaba soluciones y resoluciones. Anthony había experimentado una emoción que no era mental ni física, ni una simple mezcla de las dos cosas, y el amor a la vida le tenía de momento completamente absorto, con exclusión de todo lo demás. Le satisfacía la idea de que el experimento siguiera siendo un hecho aislado y único. De manera casi impersonal estaba convencido de que ninguna de las mujeres que había conocido podía compararse con Gloria en ningún sentido. Gloria era profundamente ella misma; era inconmensurablemente sincera: de estas dos cosas estaba seguro. A su lado, las dos docenas de estudiantes y muchachas de la buena sociedad, casadas jóvenes y chicas sin hogar que él había conocido, eran otras tantas hembras, en el sentido más despectivo de la palabra, procreadoras y paridoras, que rezumaban aún esa atmósfera vagamente odorífera de la cueva y del cuarto de los niños.

Hasta donde a él se le alcanzaba, Gloria no se había sometido a ninguno de sus deseos ni había halagado su vanidad, excepto lo que pudiera haber de halago en el hecho de que a Gloria le gustase su compañía. En realidad Anthony carecía de razones para pensar que le hubiese dado algo que no diera también a otros. Y así era como tenía que ser. La idea de que la noche anterior creara algún tipo de vínculo parecía tan poco probable como compatible con los hechos. Y Gloria misma había negado y enterrado el incidente con una mentira decisiva. Ellos dos eran personas con la suficiente imaginación para distinguir el juego de la realidad, y que se proclamaban incólumes precisamente por la poca importancia que daban a sus encuentros y separaciones.

Una vez alcanzada esta conclusión, Anthony se llegó al teléfono y llamó al

hotel Plaza.

Gloria había salido. Mistress Gilbert ignoraba su paradero y tampoco estaba al corriente de cuándo regresaría.

Había un elemento de insensibilidad, casi de indecencia, en el hecho de que Gloria estuviese ausente de su casa. Anthony sospechó que había salido para colocarle en una situación de inferioridad. Al regresar, encontraría el recado con su nombre y sonreiría. ¡Qué discreción la suya! Él tendría que haber esperado unas cuantas horas para remachar la poca importancia que otorgaba al incidente. ¡Qué fallo más estúpido! Gloria pensaría que se consideraba especialmente favorecido. Pensaría que estaba adoptando una actitud inadecuadamente íntima ante un episodio absolutamente trivial.

Anthony recordó que el mes anterior su conserje, a quien había endilgado cierto día una disertación bastante confusa sobre la «fraternidad humana», se había presentado en su apartamento y, basándose en lo sucedido la noche anterior, se instaló en el asiento junto a la ventana para disfrutar de media hora de cordial intercambio de confidencias. Anthony se preguntó horrorizado si Gloria lo miraría como él había mirado a aquel hombre. A él... a Anthony Patch. ¡Horror!

Nunca se le ocurrió que él era tan solo una cosa pasiva, manejada por una influencia por encima y más allá de Gloria; que no era más que la placa sensible sobre la que se impresiona la fotografía. Algún fotógrafo gigantesco había enfocado a Gloria con la cámara y, ¡zas!, la pobre placa no podía hacer otra cosa que dejarse revelar, al estar limitada por su naturaleza, como todas las cosas.

Pero Anthony, tumbado en el sofá y contemplando la lámpara naranja, se pasaba incesantemente los dedos entre el pelo mientras inventaba nuevos símbolos para las diferentes horas. Gloria se hallaría en aquel momento en una tienda, moviéndose con gracia felina entre terciopelos y pieles, mientras, al andar, su propio vestido producía un airoso susurro en aquel mundo de susurros sedosos, tranquilas risas de soprano y perfumes de muchas flores asesinadas pero todavía vivas. Las Minnies, Pearls, Jewels y Jennies se reunirían a su alrededor como cortesanas, trayéndole livianas insignificancias de delicado crespón de seda, gasas sutiles que sirvieran de eco a sus mejillas con suaves colores al pastel, lechosos encajes que descansaran en pálido desorden sobre su cuello: en aquellos días el damasco solo se utilizaba para cubrir sacerdotes y divanes, y solo los poetas románticos recordaban los tejidos de Samarcanda.

Al cabo de un rato se iría a algún otro sitio, ladeando la cabeza de cien maneras distintas bajo cien sombreros, buscando en vano las cerezas artificiales que hicieran juego con sus labios, o plumas con tanto donaire como

su propio cuerpo flexible.

Llegarían las doce del mediodía —Gloria apresurada por la Quinta Avenida, Ganimedes nórdico, su abrigo de pieles balanceándose elegante al ritmo de sus pasos, las mejillas enrojecidas por un toque del pincel del viento, su aliento deliciosa neblina en el aire vigorizante—, las puertas del Ritz girarían sobre sí mismas, la multitud se dividiría, y cincuenta ojos masculinos se sobresaltarían y mirarían fijamente, mientras Gloria devolvía sus sueños olvidados a los esposos de muchas cómicas mujeres obesas.

La una en punto. Tenedor en mano, Gloria torturaría el corazón de una rendida alcachofa, mientras su acompañante se serviría las espesas y goteantes frases propias de todo hombre embelesado.

Las cuatro: sus piecitos moviéndose al compás de la melodía, su rostro, nítido entre la multitud, y su pareja tan feliz como un perrillo mimado y tan fuera de sí como un loco de atar... Luego... descendería la noche y quizá con ella la humedad. Los anuncios luminosos derramarían su resplandor sobre la calle. ¿Quién podría decirlo? No más prudentes que él, quizá trataran de volver a captar aquella imagen de crema y sombra que ellos habían visto la noche anterior sobre la avenida en silencio. Y quizá lo consiguieran... ¡quizá lo consiguieran! Un millar de taxis bostezaría en mil esquinas, y solo él había gastado y perdido aquel beso para siempre. Bajo mil disfraces distintos Thais llamaría a un taxi y alzaría el rostro para ser amada. Y su palidez sería virginal y llena de encanto, y su beso casto como la luna...

Anthony se puso en pie muy excitado. ¡Cuán impropio que Gloria hubiese salido! Por fin se había dado cuenta de lo que quería: besarla de nuevo, hallar descanso en su gran inmovilidad. Gloria era el fin de toda inquietud, de todo descontento.

Anthony se vistió, salió a la calle — cosa que tendría que haber hecho mucho antes— y se dirigió al alojamiento de Richard Caramel para escuchar la última revisión del último capítulo de El amante demoníaco. A Gloria no volvió a llamarla hasta las seis. No la encontró en casa hasta las ocho y —¡oh, culminación de todos los desengaños!— no pudieron concertar una cita hasta la tarde del martes. Un trozo de gutapercha rebotó contra el suelo cuando Anthony colgó el teléfono con gran violencia.

Magia negra

El martes el frío era intensísimo, y a las dos de la tarde, cuando Anthony se presentó en el Plaza, el mundo seguía teniendo el mismo aspecto sombrío. Mientras Gloria le daba la mano el joven Patch se preguntó desconcertado si la había besado alguna vez; era casi increíble... Anthony tuvo serias dudas de que ella lo recordara.

—Te llamé cuatro veces el domingo — le dijo.

—¿Sí?

Había sorpresa en su voz e interés en su expresión. Anthony se maldijo en silencio por habérselo dicho. Tendría que haber sabido que el orgullo de Gloria no se alimentaba con triunfos tan insignificantes. Ni siquiera entonces había adivinado la verdad: como nunca tenía que preocuparse por los hombres, Gloria usaba muy pocas veces los cautelosos subterfugios —el dar carrete para luego tirar otra vez del sedal— que constituían el repertorio habitual de sus hermanas las mujeres. Si le gustaba un hombre no necesitaba de ningún otro truco. Si creía que estaba enamorada de él... aquello significaba dar el último y definitivo tirón. Su mismo encanto se bastaba para protegerse indefinidamente a sí mismo.

—Tenía muchas ganas de verte —se limitó a decir—. Quería hablar contigo... quiero decir hablar de verdad, en algún sitio donde podamos estar solos. ¿Querrás?

—¿Qué quieres decir?

El pánico le hizo un nudo en la garganta. Anthony tuvo la impresión de que Gloria sabía lo que él quería.

—Me refiero a un sitio que no sea un salón de té —respondió.

—Bien, de acuerdo, pero hoy no. Quiero hacer algo de ejercicio. Vamos a dar un paseo.

El frío era realmente intenso. Todo el odio gratuito encerrado en el corazón de febrero estaba presente en el desolado y gélido viento que se abría camino a través de Central Park para recorrer luego la Quinta Avenida. Hablar era casi imposible, y el frío logró aturdir a Anthony de tal manera que cuando se volvió a la altura de la calle Sesenta y una, se dio cuenta de que Gloria no caminaba a su lado. Al mirar a su alrededor, la descubrió a cuarenta pies detrás de él, completamente inmóvil, el rostro oculto a medias por el cuello del abrigo de piel, e indignada o quizá divertida: Anthony no era capaz de decidir cuál de las dos cosas. El joven Patch volvió sobre sus pasos.

—¡No quisiera interrumpir tu paseo! — exclamó ella.

—Lo siento muchísimo —respondió él lleno de confusión—. ¿Iba demasiado deprisa?

—Tengo frío —murmuró Gloria—. Quiero volver a casa. Y es verdad que vas demasiado deprisa.

—Lo siento mucho.

Uno al lado del otro emprendieron el camino de vuelta hacia el Plaza. A

Anthony le hubiese gustado ver el rostro de Gloria.

—Normalmente los hombres no se ensimisman tanto cuando están conmigo.

—Lo siento.

—Resulta muy interesante.

—Hace demasiado frío para pasear — explicó él, hablando muy deprisa para ocultar su turbación.

Gloria no dijo nada, y Anthony se preguntó si lo despediría delante del hotel, pero entró sin pronunciar una palabra y solo al llegar al ascensor rompió brevemente su mutismo:

—Más vale que subas.

Anthony dudó durante una fracción de segundo.

—Quizá sea mejor que venga otro día.

—Como quieras. —Aquellas palabras no pasaban de ser un comentario marginal. La primera preocupación de Gloria en aquel momento era arreglarse ante el espejo del ascensor algún mechón de pelo salido de su sitio. Las mejillas le brillaban y le resplandecían los ojos: a Anthony nunca le había parecido tan encantadora, tan exquisitamente deseable.

Despreciándose a sí mismo, el joven Patch se encontró avanzando por el corredor del piso décimo a un respetuoso paso de distancia detrás de ella, y luego en la sala de estar, mientras Gloria desaparecía para deshacerse de las pieles. Algo había salido mal: ante sus propios ojos Anthony había perdido un jirón de dignidad; en un enfrentamiento no premeditado pero significativo, se había visto completamente derrotado.

Sin embargo, para cuando Gloria reapareció en la sala de estar, Anthony, recurriendo a la sofística, se había explicado a sí mismo satisfactoriamente su propia conducta. Después de todo, pensó, había dado una clara muestra de firmeza. Quería subir, y eso era lo que había hecho. Sin embargo, lo que sucedió a continuación aquella tarde hay que relacionarlo necesariamente con el sentimiento de indignidad que experimentara en el ascensor; la muchacha le estaba atormentando de forma tan intolerable que cuando salió, Anthony adoptó involuntariamente una actitud crítica.

—¿Quién es ese tal Bloeckman, Gloria?

—Un amigo de mi padre; han hecho negocios juntos.

—¡Un tipo extraño!

—Tampoco a él le gustas tú —dijo ella, con una repentina sonrisa.

Anthony se echó a reír.

—Me halaga que se haya fijado en mí. Evidentemente me considera un...
—Se interrumpió para añadir—. ¿Está enamorado de ti?

—No lo sé.

—No me digas que no lo sabes —insistió él—. Claro que lo está. Me acuerdo de la manera en que me miró cuando volvimos a la mesa la otra noche. Probablemente me hubiese hecho atacar discretamente por una delegación de rufianes de película si no hubieras inventado aquella llamada telefónica.

—No le importó. Le conté después lo que había sucedido realmente.

—¡Se lo contaste!

—Me lo preguntó.

—No me gusta nada todo eso —se quejó él.

Gloria volvió a reírse.

—No te gusta, ¿eh?

—¿Acaso es asunto suyo?

—En absoluto. Eso es lo que yo le dije.

Anthony, lleno de confusión, se mordió salvajemente el labio.

—¿Por qué tendría que mentir? —preguntó ella sin rodeos—. No me avergüenzo de nada de lo que hago. Sucedió que le interesaba saber si te había besado, y sucedió que yo estaba de buen humor, de manera que satisficé su curiosidad con un simple y preciso «sí». Como es un hombre más bien razonable, a su manera, no insistió en el asunto.

—Pero tuvo tiempo de decir que no le resulto simpático.

—¿Es que eso te preocupa? Bien, si quieres investigar este trascendental asunto en toda su profundidad, tendré que informarte de que no dijo nada acerca de ti. Lo único que sucede es que yo sé que es así.

—No me preo...

—¡Por favor, vamos a dejarlo! —exclamó ella con voz enérgica—. Es una cuestión que no me interesa en absoluto.

Con un tremendo esfuerzo Anthony manifestó su asentimiento cambiando de tema, y los dos se dejaron arrastrar a un viejo juego de preguntas y respuestas acerca de sus respectivos pasados, entusiasmándose gradualmente a medida que descubrían los antiquísimos, inmemoriales parecidos en gustos e

ideas. Ambos dijeron cosas que eran más reveladoras de lo que querían... pero los dos fingieron dar por buenas las palabras del otro.

Así es como se va forjando la intimidad. Uno entrega primero su mejor retrato, un producto resplandeciente y muy bien acabado, retocado con fanfarronadas, falsedades y sentido del humor. Luego se necesitan más detalles y entonces se pinta un segundo retrato, y luego un tercero... antes de que pase mucho tiempo los mejores rasgos han desaparecido, y finalmente se revela el secreto; los diferentes niveles de los sucesivos retratos se mezclan y nos delatan, y aunque seguimos pintando y pintando ya no conseguimos vender la mercancía. Tenemos que darnos por satisfechos con la esperanza de que nuestras mujeres, nuestros hijos y nuestros socios acepten como buenas esas fatuas descripciones que les hacemos de nosotros mismos.

—A mí me parece —estaba diciendo Anthony con mucha seriedad— que la situación de un hombre que carece de necesidades y de ambición es desafortunada. Dios sabe bien que, en mi caso, sería patético sentir compasión de mí mismo... y, sin embargo, a veces envidio a Dick. El silencio de Gloria le dio ánimos. Era lo más cerca que había estado nunca de presentarle un cebo intencionadamente.

—... solía haber ocupaciones dignas para un caballero con tiempo libre, cosas un poco más constructivas que llenar de humo el paisaje o hacer juegos malabares con el dinero de otro. Existe la ciencia, desde luego: a veces me gustaría tener una base más seria, haber ido, por ejemplo, al Instituto Tecnológico de Boston. Pero ahora eso significaría que tendría que sentarme y pasarme dos años peleándome con los fundamentos de la física y de la química.

Gloria bostezó.

—Ya te he dicho que no sé lo que nadie tendría que hacer —dijo de manera muy poco amable, y ante su indiferencia el rencor de Anthony nació de nuevo.

—¿Es que no te interesa nada a excepción de ti misma?

—No mucho.

Anthony la miró muy enojado; el creciente placer que había hallado en la conversación quedó hecho añicos. Gloria se había mostrado irritable y vengativa durante todo el día, y le pareció que bastaba aquel momento para hacerle odiar su inflexible egoísmo. Volviendo la vista se puso a contemplar el fuego de muy mal humor.

Entonces sucedió una cosa extraña. Ella se volvió hacia él y sonrió, y al ver su sonrisa todos los restos de enfado y de vanidad herida cayeron por

tierra, como si sus estados de ánimo no fueran más que las ondas superficiales de los de Gloria, como si las emociones no aparecieran ya en su pecho a no ser que ella considerara oportuno tirar de un hilo omnipotente que todo lo controlaba.

Anthony se acercó más y cogiéndole una mano la acercó hacia sí hasta que la muchacha quedó recostada a medias en su hombro. Gloria le sonrió mientras la besaba.

—Gloria —murmuró él muy suavemente. De nuevo se había servido de un encantamiento, tan sutil y penetrante como un perfume derramado, irresistible y dulcísimo.

Nunca después, ni al día siguiente ni al cabo de muchos años, pudo Anthony recordar las cosas importantes de aquella tarde. ¿Había manifestado Gloria alguna emoción? Estando en sus brazos, ¿había dicho ella algo... o nada en absoluto? ¿Hasta qué punto había disfrutado con sus besos? ¿Y había llegado en algún momento a olvidarse siquiera un poquito de sí misma?

En cuanto a él, no cabía la menor duda. Anthony se había levantado y paseado por la habitación completamente en éxtasis. Que existiese una chica así; que se quedara allí, acurrucada en una esquina del sofá como una golondrina recién posada después de un transparente vuelo rápido, mirándolo con ojos inescrutables. De cuando en cuando Anthony detenía sus pasos y siempre, un poco tímido al principio, la rodeaba con los brazos hasta encontrar su beso.

Era fascinante, le dijo Anthony. Nunca había encontrado antes una chica como ella. Le imploró con desenvoltura pero también seriamente que lo hiciera marcharse; no deseaba enamorarse. No vendría más a verla... ya había conseguido trastornar demasiado sus costumbres.

¡Qué deliciosa aventura romántica! La auténtica reacción de Anthony no fue ni de miedo ni de pesar: solo aquel gozo profundo de estar con ella que daba color a la banalidad de sus palabras, hacía que lo empalagoso resultara triste y que el fingimiento pareciese sabiduría. No le quedaría más remedio que volver... eternamente. ¡Tendría que haberlo sabido!

—Esto es todo. Ha sido una experiencia singular haberte conocido, algo muy extraño y maravilloso. Pero no puede ser... y si fuera no duraría. — Mientras hablaba, había en su corazón esa ansiedad que confundimos en nosotros mismos con la sinceridad.

Después Anthony recordó una respuesta de Gloria a algo que él había preguntado. Lo recordaba de la siguiente forma (aunque quizá él lo hubiera arreglado y redondeado inconscientemente):

—Una mujer debe ser capaz de besar a un hombre hermosa y románticamente sin experimentar por ello el menor deseo de ser su esposa o su amante.

Como siempre que estaba con ella, Gloria daba la impresión de ir envejeciendo gradualmente hasta que al final parecían haberse refugiado en sus ojos reflexiones demasiado profundas para expresarlas con palabras.

Transcurrió una hora, y el fuego se alzaba en pequeños éxtasis como si su vida ya en declive fuese una cosa muy dulce. Eran las cinco, y el reloj sobre la repisa de la chimenea encontró de nuevo la voz con que dar testimonio del paso del tiempo. Entonces, como si mediante aquellas campanadas tan mínimas, tan tenues, una sensibilidad más tosca presente en él recordara que iban cayendo los pétalos de aquella tarde florecida, Anthony obligó a Gloria a ponerse en pie y la estrechó indefensa y sin aliento en un beso que no era ni juego ni homenaje.

Gloria dejó caer los brazos. En un momento estaba libre.

—¡No lo hagas! —dijo tranquilamente—. Eso no lo quiero.

Se sentó en el lado más alejado del sofá mirando directamente hacia delante, fruncido el entrecejo. Anthony se dejó caer delante de ella y colocó sus manos sobre las de Gloria, encontrándolas sin vida.

—¡Gloria! ¿Qué sucede? —Anthony inició un movimiento como para rodearla con el brazo pero ella se apartó.

—Eso no lo quiero —repitió.

—Lo siento mucho —dijo él, con un dejo de impaciencia—. Ignoraba que hicieras unas distinciones tan sutiles.

Ella no respondió.

—¿No vas a besarme, Gloria?

—No quiero hacerlo. —A Anthony le pareció que llevaba horas sin moverse.

—Un cambio repentino, ¿no es cierto?

—Su voz manifestaba por momentos un creciente malhumor.

—¿De verdad? —Las palabras de Anthony no parecían interesarle. Era casi como si estuviera mirando a otra persona.

—Quizá sea mejor que me vaya.

Gloria no respondió. Anthony se puso en pie y la contempló enfadado, dubitativo. Luego volvió a sentarse.

—Gloria, ¿no vas a besarme?

—No. —Sus labios apenas se habían movido para pronunciar aquella negativa.

De nuevo Anthony se puso en pie, esta vez menos decidido, con menos confianza.

—En ese caso me iré.

Silencio.

—De acuerdo... Me voy.

Anthony era consciente de cierta irremediable falta de originalidad en sus observaciones. En realidad tenía la impresión de que la atmósfera se había vuelto tremendamente opresiva. Le hubiese gustado que ella hablara, que lo insultase, que se quejara de él, cualquier cosa antes que aquel silencio que era como un frío penetrante. Anthony se maldijo por su estúpida debilidad; quería conmoverla, herirla, lograr que se sobresaltara. Sin quererlo, pero sin fuerzas para hacer otra cosa, volvió a equivocarse.

—Si estás cansada de besarme, será mejor que me vaya.

Anthony vio que los labios de Gloria se curvaban ligeramente y sintió que lo abandonaba el último vestigio de dignidad. Finalmente ella habló:

—Creo que esa observación ya la has hecho varias veces.

Anthony miró a su alrededor inmediatamente, vio su sombrero y su abrigo en una silla... y los recogió a trompicones durante un momento interminablemente largo. Al mirar de nuevo hacia el sofá advirtió que ella no se había vuelto, que seguía inmóvil en el mismo sitio. Con un estremecido «Adiós», del que se arrepintió inmediatamente, Anthony abandonó la habitación de prisa pero sin dignidad.

Durante unos momentos Gloria no hizo el menor ruido. Sus labios seguían esbozando una sonrisa; miraba frente a sí con expresión orgullosa y distante al mismo tiempo. Luego sus ojos se enturbiaron un poco, y murmuró a media voz dos palabras dirigidas al fuego a punto ya de extinguirse:

—¡Adiós, estúpido!

Pánico

El joven Patch había recibido el golpe más duro de su vida. Por fin estaba seguro de lo que quería, pero descubrirlo había significado ponerlo para siempre fuera de su alcance. Llegó a su casa sintiéndose profundamente desgraciado, se dejó caer en un sillón sin quitarse siquiera el abrigo, y permaneció allí sentado durante más de una hora, mientras su mente recorría

una y otra vez las sendas del más lastimero e infructuoso de los ensimismamientos. ¡Gloria lo había despedido! Tal era el reiterado resumen de su desesperación. En lugar de apoderarse de la muchacha y de retenerla por la fuerza hasta que hubiese aceptado pasivamente sus deseos, en lugar de dominar la voluntad de Gloria con la fuerza de la suya, había cruzado la puerta del apartamento derrotado e impotente, con el rabo entre las piernas y con toda la energía que pudiera existir en su dolor y en su rabia oculta bajo una actitud de colegial vapuleado. Durante un momento Gloria se había sentido tremendamente atraída hacia él... casi lo había amado. Instantes después Anthony se había convertido en algo que le era completamente indiferente, en un hombre insolente y eficazmente humillado.

No tenía grandes reproches que hacerse a sí mismo... Algunos, desde luego, pero había otras cosas mucho más urgentes que ahora lo dominaban. No era tanto que estuviera enamorado de Gloria como furioso por conseguirla. A no ser que pudiera tenerla de nuevo junto a sí, besarla y abrazarla con su pleno consentimiento, todas las demás cosas de la vida no le interesaban en absoluto. Con tres minutos de total e inflexible indiferencia aquella muchacha se había elevado en la mente de Anthony desde una posición elevada pero algo fortuita hasta ocupar el puesto de preocupación absorbente. Por mucho que sus pensamientos más tumultuosos oscilaran entre un apasionado deseo de recuperar los besos de Gloria y un ansia igualmente apasionada de herirla y de hacerle daño, el resto de su mente anhelaba, con mayor delicadeza, poseer el alma triunfante que había brillado durante aquellos tres minutos. Gloria era hermosa, pero, sobre todo, no tenía compasión. Anthony tenía que poseer aquella fortaleza capaz de arrojarlo de su lado.

En el momento presente, el joven Patch no estaba en condiciones de llevar a cabo aquel análisis. Su lucidez mental, todos aquellos inagotables recursos que creía haber adquirido mediante la ironía, habían desaparecido. No solo durante aquella noche sino durante los días y semanas que siguieron, sus libros no fueron más que muebles y sus amigos tan solo personas que vivían y deambulaban por un nebuloso mundo exterior del que él trataba de escapar: un mundo frío, azotado por vientos cortantes, y en el que, durante un rato, Anthony había visto el interior de la casa donde ardía un fuego que caldeaba el ambiente.

A eso de la medianoche empezó a darse cuenta de que tenía hambre. Bajó a la calle Cincuenta y dos, donde hacía tanto frío que apenas podía ver; la humedad se le helaba en las pestañas y en las comisuras de los labios. La tristeza lo había invadido todo desde el norte, instalándose en la descarnada y melancólica calle, donde bultos negros, aún más negros contra el fondo de la noche, se movían dando tumbos por las aceras, a través de los gemidos del viento, deslizándose los pies hacia delante con tanta cautela como si caminaran

sobre esquís. Anthony torció en dirección a la Sexta Avenida, tan absorto en sus pensamientos que no advirtió cómo varios transeúntes se lo quedaban mirando. Llevaba el abrigo completamente abierto, y el viento penetraba en su carne, violento e inmisericorde.

... Al cabo de un rato una camarera le dirigió la palabra, una camarera gorda, con gafas de montura negra, de las que colgaba una larga cinta también negra.

—¡Haga el favor de decirme lo que quiere!

Su voz, pensó Anthony, resultaba innecesariamente alta. La miró con resentimiento.

—¿Va usted a pedir algo, sí o no?

—Claro que sí —protestó él.

—Pues ya se lo he preguntado tres veces. Esto no es una sala de espera.

Anthony descubrió, sobresaltado, que eran más de las dos en el voluminoso reloj de pared. Estaba en algún sitio por los alrededores de la calle Treinta y, al cabo de un momento, encontró y tradujo el CHILD'S en un semicírculo de letras blancas sobre la cristalera de la fachada. El local estaba muy escasamente habitado por tres o cuatro noctámbulos ateridos de frío.

—Tráigame huevos con jamón y café, haga el favor.

La camarera le lanzó una última mirada de desaprobación y, con el aspecto ridículamente intelectual que le daban sus gafas pendientes de una cinta, se alejó muy deprisa.

¡Cielos! Los besos de Gloria habían sido flores maravillosas. Anthony recordó, como si hubiesen transcurrido muchos años, la grave fresca de su voz, las hermosas líneas de su cuerpo que brillaban a través de la ropa, su rostro color de lirio bajo los faroles de la calle... bajo cualquier luz.

La aflicción lo dominó de nuevo, acumulando una especie de pánico sobre el dolor y la nostalgia. La había perdido. Era cierto... no cabía negarlo ni quitarle importancia. Y enseguida una nueva idea surcó su cielo... ¿y Bloeckman? ¿Qué pasaría ahora? Allí estaba aquel hombre adinerado, lo suficientemente mayor para mostrarse tolerante con una esposa muy bella, para atender sus caprichos y permitirle hacer locuras; para llevarla como quizá ella quería ser llevada: como una flor esplendorosa en el ojal de la solapa, a salvo de todas las cosas que Gloria temía. Anthony tuvo la sensación de que Gloria había estado jugando con la idea de casarse con Bloeckman, y de que era posible que su desengaño con Anthony la arrojara, por un repentino impulso, en los brazos de Bloeckman.

Aquella idea le sumió en un frenesí totalmente infantil. Quería matar a Bloeckman y hacerle sufrir por su odiosa presunción. Se dedicó a repetirse aquello una y otra vez con los dientes muy apretados, mientras sus ojos reflejaban también la orgía de miedo y odio a que estaba entregada su mente.

Pero la realidad más profunda por debajo de aquellos celos obscenos era que Anthony se había enamorado, que estaba profunda y verdaderamente enamorado, tal como se entiende esa expresión referida a un hombre y a una mujer.

El café que había pedido quedó depositado junto a su codo y durante cierto tiempo siguió humeando aunque de manera progresivamente más débil. El encargado del turno de noche, desde el mostrador, estuvo contemplando la figura inmóvil que se había quedado sola en la última mesa hasta que, lanzando un suspiro, se acercó a él en el momento preciso en que la manecilla de las horas cruzaba el número tres en el voluminoso reloj de pared.

Prudencia

Al cabo de otro día el torbellino fue calmándose y Anthony empezó a recuperar cierta capacidad razonadora. Estaba enamorado... se repetía apasionadamente a sí mismo. Las cosas que una semana antes hubieran parecido obstáculos insuperables, tales como sus limitados ingresos, su deseo de independencia y de no tener responsabilidades, se habían convertido durante aquellas cuarenta horas en simple paja desmenuzada, incapaz de ofrecer resistencia al viento de su amor. Si no se casaba con Gloria su vida se convertiría en una insulsa parodia de su propia adolescencia. Para ser capaz de enfrentarse con la gente y soportar el constante recuerdo de Gloria en que se había convertido toda su existencia, era necesario que él tuviera esperanza. De manera que, desesperada y tenazmente, Anthony se dedicó a construirse una esperanza con la materia de sus sueños, una esperanza muy endeble, desde luego, una esperanza que se agrietaba y evaporaba una docena de veces al día, una esperanza protegida por una actitud burlona, pero que también estaba destinada a ser el músculo y el nervio de su nueva dignidad.

De todo esto surgió una chispa de prudencia, una verdadera percepción de sí mismo extraída de un pasado en el que nunca había hecho el menor esfuerzo.

«Todo se olvida», pensó.

Y se olvida muy deprisa. En el momento crucial el presidente está en el estrado, y tiene ante sí a un delincuente en potencia que solo necesita un empujón para convertirse en malhechor, despreciado por las personas honestas en muchas leguas a la redonda. Déjesele en libertad... y al cabo de un año está todo olvidado. «Sí, es cierto que tuvo dificultades en cierta ocasión, un asunto

puramente legal, según creo». ¡Sí, todo se olvida muy deprisa!

Anthony había visto a Gloria una docena de veces aproximadamente, y digamos que por espacio de dos docenas de horas. Suponiendo que la dejara en paz durante un mes, que no intentara verla ni hablar con ella, y que evitara ir a todos los sitios donde cabía la posibilidad de que se presentara, ¿no era posible imaginar, sobre todo porque Gloria nunca lo había amado, que al final de aquellos treinta días, el sucederse de los acontecimientos hubiese borrado de su mente la personalidad de Anthony, y con la personalidad, la ofensa y la humillación? Gloria olvidaría, porque habría otros hombres. Anthony se estremeció. Las implicaciones se le aparecieron con toda su fuerza... Otros hombres. Dos meses... ¡Cielo santo! Mejor tres semanas, dos semanas...

Pensó en esto la segunda noche después de la catástrofe, cuando se estaba desnudando, y al ocurrírsele se arrojó sobre la cama y se quedó allí, temblando ligeramente y contemplando el dosel que cubría el lecho.

Dos semanas... eso era peor que nada. Al cabo de dos semanas se acercaría a ella de manera muy semejante a como lo haría en aquel momento, sin personalidad ni confianza... sin dejar de ser el hombre que había ido demasiado lejos y luego durante un período que no era más que un momento en el tiempo pero una eternidad de hecho, se había limitado a gemir. No, dos semanas eran muy poco. Cualquiera que fuese la intensidad que los acontecimientos de aquella tarde hubiesen tenido para Gloria, era necesario dejar pasar más tiempo para que el recuerdo se embotara. Anthony tenía que concederle un período para que el incidente se hiciera borroso, y luego otro nuevo período en el que ella empezara gradualmente a pensar en él —por muy débilmente que fuera— con una correcta perspectiva que incluyera sus cualidades positivas al mismo tiempo que su humillación.

Anthony fijó, finalmente, en unas seis semanas el intervalo de tiempo más adecuado para su propósito, y en un calendario de mesa fue tachando los días, hasta descubrir que terminaría el nueve de abril. Muy bien, al llegar ese día la llamaría por teléfono para preguntarle si podía ir a verla. Hasta entonces... silencio.

Después de su decisión empezó a ponerse de manifiesto una gradual mejoría. Por fin había dado un paso en la dirección a la que apuntaba la esperanza, y Anthony se dio cuenta de que cuanto menos cavilase acerca de Gloria más fácil le sería transmitir la impresión deseada cuando se vieran de nuevo.

Al cabo de una hora se sumió en un sueño muy profundo.

El intervalo

Sin embargo, aunque a medida que pasaban los días la gloria de sus

cabellos disminuía perceptiblemente en el recuerdo de Anthony y en un año de separación podría haber desaparecido por completo, las seis semanas incluyeron muchos días abominables. El joven Patch temía las reuniones con Dick y Maury —imaginando sin razón alguna que estaban al tanto de todo—, pero cuando los tres se vieron fue Richard Caramel y no Anthony quien se convirtió en el centro de atención; El amante demoníaco había sido aceptado para su inmediata publicación. Anthony sintió que a partir de aquel momento él quedaba convertido en un ser aparte. Ya no anhelaba el calor y la seguridad de la compañía de Maury, compañía que aún bastaba para infundirle ánimos en el mes de noviembre. Solo Gloria podía darle lo que él necesitaba y ninguna otra persona estaba en condiciones de hacerlo. De manera que el éxito de Dick solo le alegró de manera muy marginal y le preocupó en no pequeña medida. Aquello significaba que el mundo seguía adelante —escribiendo, leyendo y publicando— y también viviendo. Y él quería que el mundo esperara inmóvil y conteniendo el aliento por espacio de seis semanas... mientras Gloria olvidaba lo sucedido entre los dos.

Dos encuentros

Anthony encontraba las mayores satisfacciones en compañía de Geraldine. La llevó una vez a cenar y al teatro y pasaron varios ratos juntos en su apartamento. Cuando estaba con ella lo absorbía, no como lo había hecho Gloria, pero sí tranquilizando en él la sensibilidad erótica que tanto se preocupaba por Gloria. No tenía importancia cómo besara a Geraldine. Un beso era un beso... algo que había que disfrutar al máximo durante el breve momento que duraba. Para Geraldine las cosas estaban perfectamente clasificadas en sus correspondientes casillas: un beso era una cosa, todo lo que llegara más allá era algo completamente distinto; un beso estaba bien; las otras cosas eran «malas».

Cuando había transcurrido la mitad del intervalo se produjeron —en días sucesivos— dos incidentes que trastornaron su creciente calma, provocando una momentánea recaída. El primero fue... que vio a Gloria. El encuentro duró muy poco. Ambos hicieron una inclinación de cabeza. Ambos hablaron, pero ninguno de los dos oyó lo que decía el otro. Y cuando todo hubo terminado, Anthony leyó tres veces una columna de The Sun sin entender una sola frase.

¡Cómo cabía pensar que la Sexta Avenida no fuese una calle segura! Anthony había renunciado al barbero del hotel Plaza y una mañana fue a la vuelta de la esquina para que le afeitaran; mientras esperaba a que le llegara el turno se quitó la chaqueta y el chaleco, y con el cuello blando abierto se quedó de pie cerca de la entrada de la peluquería. Aquel día era un oasis en el frío desierto del mes de marzo, y la acera había adquirido animación con una multitud de adoradores del sol que salían a pasear. Una robusta mujer tapizada

de terciopelo, con unas mejillas colgantes que habían recibido demasiados masajes, pasó haciendo remolinos con su diminuto perro de aguas tirando de la cadena y produciendo el efecto de un remolcador que trae a puerto un transatlántico. Inmediatamente detrás de ella, un hombre con un traje azul a rayas, con polainas blancas sobre zapatos manchados de barro, sonrió al contemplar el espectáculo, y al captar la mirada de Anthony le hizo un guiño desde el otro lado del cristal. Anthony se echó a reír, inmediatamente identificado con esa actitud de ánimo en la que hombres y mujeres eran desgarbados y absurdos fantasmas grotescamente torcidos y redondeados en un mundo rectangular construido por ellos mismos, capaces de inspirar la misma sensación que esos extraños y monstruosos peces que habitan el esotérico mundo verde de los acuarios.

Su mirada se fijó casualmente en otros dos paseantes, un hombre y una muchacha; luego, en el breve espacio de un horroroso instante, la muchacha se transformó en Gloria. Anthony siguió allí, incapaz de hacer nada; los dos transeúntes se acercaron y Gloria, al mirar hacia el interior de la tienda, lo vio. Sus ojos se dilataron y le sonrió cortésmente. También sus labios se movieron. Se encontraba a menos de cinco pies de distancia.

—¿Qué tal? —murmuró Anthony estúpidamente.

¡Gloria feliz, hermosa, joven... con un hombre que él no había visto antes!

Fue entonces cuando se desocupó el sillón del barbero y Anthony leyó tres veces seguidas la misma columna del periódico.

El segundo incidente se produjo al día siguiente. Al entrar en el bar del hotel Manhattan tuvo que enfrentarse con Bloeckman. Dio la casualidad de que el local estaba casi vacío y antes del mutuo reconocimiento Anthony se había situado a menos de un pie de distancia del hombre de más edad y había pedido una bebida, de manera que inevitablemente tuvieron que entablar conversación.

—¿Qué tal, Mr. Patch? —dijo Bloeckman con tono bastante amable.

Anthony aceptó la mano que le ofreció e intercambió unas cuantas frases hechas sobre las fluctuaciones del mercurio.

—¿Viene usted mucho por aquí? —preguntó Bloeckman.

—No, casi nunca. —El joven Patch olvidó añadir que el bar del Plaza había sido su preferido hasta hacía muy poco.

—Un bar muy agradable. Uno de los mejores de toda la ciudad.

Anthony asintió con una inclinación de cabeza. Bloeckman apuró su copa y recogió el bastón. Iba vestido de esmoquin.

—Bueno, tengo que darme prisa. Voy a cenar con miss Gilbert.

Anthony sintió de pronto que la muerte lo miraba desde un par de ojos azules. Si Bloeckman hubiera anunciado ser su futuro asesino no habría logrado asestar al joven Patch un golpe más mortífero. El hombre más joven debió de enrojecer visiblemente, porque todos sus nervios estallaron en un clamor simultáneo. Con tremendo esfuerzo Anthony logró ofrecer a su interlocutor una rígida sonrisa —dolorosamente rígida—, y pronunciar una convencional frase de despedida. Pero aquella noche permaneció despierto en la cama hasta después de las cuatro, medio enloquecido de dolor y de miedo, y obsesionado por abominables imágenes que era incapaz de rechazar.

Debilidad

Y un día de la quinta semana le telefoneó. Anthony había estado en su apartamento tratando de leer *L'Éducation sentimentale*, y algo del libro había hecho que sus pensamientos se escaparan a toda velocidad en la dirección que tomaban siempre cuando se les dejaba en libertad, como caballos que corrieran hacia el establo. Con respiración súbitamente acelerada, el joven Patch se dirigió al teléfono. Cuando repitió el número de Gloria tuvo la impresión de que su voz vacilaba y se quebraba como la de un colegial. La telefonista oyó sin duda los violentos latidos de su corazón. El sonido del auricular al ser descolgado al otro extremo de la línea fue como si hubiese llegado el día del juicio Final, y la voz de mistress Gilbert, tan suave como jarabe de arce cayendo en un tarro de cristal, encerraba para Anthony un extraño componente de horror al contestarle con su habitual «¿Diga?».

—Miss Gloria no se encuentra bien. Está echada, durmiendo. ¿Quién tengo que decirle que ha llamado?

—¡Nadie! —gritó Anthony.

Presa del pánico colgó bruscamente el auricular; y luego se dejó caer en su sillón, empapado en el sudor frío de una intensísima sensación de alivio.

Serenata

La primera cosa que le dijo fue: «¡Vaya, te has dejado el pelo muy corto!», y ella contestó: «Sí, ¿no es estupendo?».

Aún faltaban cinco o seis años para que se pusiera de moda aquella manera de cortarse el pelo. Por entonces todavía se consideraba extraordinariamente atrevido.

—Fuera brilla un sol esplendoroso — dijo Anthony con mucha gravedad—. ¿No te apetece dar un paseo?

Gloria se puso un abrigo ligero y un sombrero azul pálido exquisitamente seductor, y juntos recorrieron la avenida y entraron en el zoo, donde admiraron

adecuadamente el tamaño del elefante y la longitud del cuello de la jirafa, pero no fueron a ver la jaula de los monos porque Gloria dijo que los monos olían muy mal.

Luego regresaron camino del Plaza, sin hablar de nada en particular, pero contentos de que la primavera cantase ya en el aire y agradecidos por el tibio bálsamo derramado sobre aquella ciudad que se había transformado repentinamente en dorada. A su derecha quedaba el parque, y, a su izquierda, una enorme masa de granito y mármol murmuraba monótonamente a quien quisiera escucharle el caótico mensaje de un millonario: algo parecido a «Trabajé y ahorré y fui más listo que todo el mundo y aquí estoy ahora, ¿qué les parece?».

Todos los modelos de automóviles más nuevos y más lujosos estaban en la Quinta Avenida, y ante ellos se alzaba el hotel Plaza, mucho más blanco y atractivo que de ordinario. Gloria, flexible e indolente, caminaba un poco por delante de Anthony dejando escapar comentarios inconexos que flotaban durante un momento en el aire cegador antes de llegar a sus oídos.

—¡Quiero ir al sur, a Hot Springs! — exclamó ella—. Quiero estar al aire libre y revolcarme en los nuevos brotes de hierba y olvidarme de que ha existido alguna vez el invierno.

—No se te ocurra hacerlo, ¿eh?

—Quiero oír a un millón de petirrojos haciendo un ruido insoportable. En cierta manera me gustan los pájaros.

—Todas las mujeres son pájaros —se aventuró a decir Anthony.

—¿De qué especie soy yo? —rápida e impaciente.

—Una golondrina, creo, y a veces un pájaro del paraíso. La mayoría de las chicas son gorriones, claro... ¿ves esa fila de niñas? Son gorriones... o ¿tal vez urracas? Y, por supuesto, seguro que conoces chicas-canario... y chicas-petirrojo.

—Y chicas-cisne y chicas-loro. Todas las mujeres maduras son halcones, me parece, o búhos.

—¿Qué soy yo... un buitre?

Gloria negó con la cabeza, riendo.

—No, no; tú no eres un pájaro, ¿no crees? Más bien un galgo ruso.

Anthony recordó que eran blancos y siempre parecían estar anormalmente hambrientos. Pero también se les solía fotografiar con duques y princesas, de manera que se sintió adecuadamente halagado.

—Dick es un fox-terrier, un fox— terrier que ha aprendido muchos trucos.

—Y Maury es un gato. —Simultáneamente a Anthony se le ocurrió que Bloeckman se parecía mucho a un corpulento y ofensivo cerdo. Pero guardó un discreto silencio.

Después, al despedirse, Anthony preguntó cuándo podía volver a verla.

—¿Nunca te comprometes para ratos más largos? —le suplicó—; aunque haya que esperar una semana entera, creo que sería muy divertido pasar todo el día juntos, mañana y tarde.

—No estaría mal, ¿verdad? —Se paró a pensar un momento—. Hagámoslo el domingo.

—De acuerdo. Prepararé un programa que no nos deje ni un minuto libre.

Así lo hizo. Calculó incluso hasta el último detalle lo que sucedería en las dos largas horas que pasarían en su apartamento con motivo del té; cómo el buen Bounds tendría las ventanas abiertas para que entrara aire fresco —pero también un fuego encendido en la chimenea para que la habitación no se enfriara demasiado—, y cómo por todas partes habría ramos de flores en grandes cuencos que Anthony compraría para aquella ocasión. Se sentarían en el sofá.

Y cuando llegó el día se sentaron en el sofá. Al cabo de un rato Anthony la besó porque se presentó la ocasión sin hacer ningún esfuerzo; el joven Patch descubrió que la dulzura seguía durmiendo en los labios de Gloria, y sintió que no había llegado a alejarse de ella. El fuego ardía alegremente y la brisa que suspiraba a través de los visillos traía consigo un mes de mayo húmedo y suave y la promesa de un universo en verano. Su alma vibró al compás de remotas armonías; oyó el rasguear de guitarras lejanas y el ruido de las olas que bañaban una cálida playa del Mediterráneo... porque en aquel entonces Anthony encarnaba la juventud como nunca volvería a hacerlo y era incluso capaz de triunfar sobre la muerte.

La quejumbrosa melodía del carillón de la iglesia de St. Anne anunció de improviso que ya eran las seis de la tarde. Gloria y Anthony, mientras el crepúsculo tomaba cuerpo, anduvieron camino de la avenida, donde la multitud, como un ejército de prisioneros puesto en libertad, avanzaba con pasos elásticos después del largo invierno, y donde las imperiales de los autobuses iban repletas de reyes bien humorados, y las tiendas estaban llenas de hermosas cosas suaves para el verano, el extraordinario verano, el alegre y prometedor verano que parecía significar para el amor lo mismo que el invierno para el dinero. ¡La vida cantaba a la vuelta de la esquina esperando la hora de cenar! ¡La vida repartía cócteles en la calle! ¡Había ancianas entre aquella multitud, convencidas de que podrían haber participado en una carrera

de cien yardas, ganándola!

Por la noche, ya en la cama y con las luces apagadas, la habitación inundada por la luz de la luna, Anthony tardó en dormirse, jugando con cada minuto del día como un niño que acaricia sucesivamente un montón de juguetes largamente deseados que le han traído los Reyes. El joven Patch le había dicho delicadamente a Gloria, casi a mitad de un beso, que la quería, y ella había sonreído, apretándose más contra él y murmurando «Me alegro», mientras lo miraba directamente a los ojos. Había habido un nuevo componente en su actitud, una mayor atracción física hacia él y una extraña tensión emocional, que bastaba para que Anthony apretara los puños y contuviera la respiración al recordarlo. Se había sentido más cerca de ella que nunca. Con una extraordinaria sensación de júbilo, le gritó a la habitación que la amaba.

Anthony telefoneó a la mañana siguiente: esta vez sin dudas, sin incertidumbres, consciente tan solo de un entusiasmo delirante que se duplicó y triplicó al escuchar la voz de Gloria:

—Buenos días.

—Buenos días.

—He llamado para decirte tan solo eso, querida.

—Me alegro de que lo hayas hecho.

—Me gustaría poder verte.

—Me verás mañana por la noche.

—Eso es mucho tiempo, ¿no te parece?

—Sí... —La voz de Gloria parecía indecisa. Anthony apretó con fuerza el auricular.

—¿No podría ir a verte esta noche? — El joven Patch se atrevía a cualquier cosa después de la gloria y la revelación que había supuesto aquel «Sí» casi susurrado.

—Tengo un compromiso.

—Ah.

—Pero quizá... quizá pueda decir que no voy.

Anthony dejó escapar una exclamación que no era más que puro éxtasis.

—¿Gloria?

—¿Sí?

—Te amo.

Otra pausa, y después:

—Me... me alegro.

La felicidad, explicó Maury Noble cierto día, es tan solo la primera hora después de la desaparición de algún sufrimiento especialmente intenso. Pero ¡cómo describir el rostro de Anthony mientras avanzaba por el corredor del décimo piso del hotel Plaza aquella noche! Le brillaban los ojos, y alrededor de la boca había unas líneas que resultaba placentero ver. En aquel momento era bien parecido aunque no lo hubiese sido nunca antes, destinado, como se hallaba, a uno de esos momentos inmortales tan llenos de irradiación que el recuerdo de su luz permite ver durante años.

Anthony llamó a la puerta y, al recibir contestación, entró. Gloria, con un vestido de color rosa muy almidonado, y tan fresca como una flor, se hallaba inmóvil, al otro extremo de la habitación, mirándolo con los ojos muy abiertos.

Al cerrar Anthony la puerta tras de sí, ella dejó escapar un débil grito y recorrió muy deprisa el espacio que los separaba, alzando los brazos en prematura caricia al llegar junto a él. Juntos aplastaron los rígidos pliegues de su vestido en un triunfante y duradero abrazo.